



LA ESPORA

JOAQUÍN PLANCHUELO **D.J.57**

LA ESPORA

JOAQUIN PLANCHUELO

Copyright © 2019 Joaquín Planchuelo Saínz

Todos los derechos reservados.

joaquin.planchuelo@gmail.com

EXORDIO

EL CRIMEN DE LA LOBA

Acababa de salir de una agitada guardia de puerta en el hospital de Villaquejigo.

Visitar cada día a don Fernando en su latifundio de La Loba se había convertido para mí en una rutina hacía ya algunos meses, desde que le diagnosticué un agresivo carcinoma de pulmón. El patricio soportaba aquel calvario con entereza y dignidad, aunque el imparable deterioro se manifestaba con crueldad, precisando cada vez más cuidados. Solo con ayuda podía levantarse de su cama.

Al llegar a La Loba pude ver que los alrededores de la casa estaban tomados por la Guardia Civil. Unos diez vehículos verdiblancos estaban estacionados en los confines del monte de La Bernagosa, donde se había delimitado, mediante cintas de plástico, un perímetro. En su interior ví a algunos hombres con monos blancos y guantes azules.

Me dio el alto un cabo:

—¿Dónde va usted? No se puede pasar.

—Venía a ver a don Fernando, soy su médico. ¿Qué ocurre?

—Ocurre que son órdenes: no se puede pasar.

Se aproximó un sargento:

—¿No ves que es el médico? Aparque usted ahí, bajo esa encina, y acompáñeme —dijo, con marcial corrección.

En una situación así, cuando resulta indudable que ronda alguna tragedia, las conjeturas se suceden en desorden, en busca de alguna explicación. Especulé con un accidente, pero también con un crimen, pues la primera hipótesis enseguida parece endeble ante la abrumadora presencia de la benemérita. La conjetura criminal necesariamente obliga a especular sobre la identidad de la víctima: quizá un desconocido que aparece muerto en el monte, tal vez algún empleado de la casa. Pocos candidatos para esta última categoría en un domingo.

El horror dificulta afrontar el peor supuesto.

—Soy amigo de la familia, de don Fernando y de su hijo —precisé al sargento, mientras caminábamos hacia el monte.

—Me consta, don Álvaro. Lamento mucho... Tiene usted un amigo menos.

Quedé paralizado ante la noticia que aquel servidor del orden me estaba proporcionando sin hacer uso de sutileza alguna. De los dos amigos que yo le había mencionado, uno de ellos estaba incapacitado para desplazarse por sí mismo hasta el monte. Apenas quedaba esperanza, pero lo pregunté:

—¿Eduardo?

—El hijo, sí. Estamos esperando que venga la “jueza” a levantar el cadáver con el forense. Al muerto, para no faltar a la verdad, no le hemos visto la cara todavía porque tiene puesta la máscara de colmenero y no se la podremos quitar hasta que llegue su señoría. Pero, vamos, fijo que es el hijo de don Fernando, porque nos ha dicho el pastor que no puede ser otro. Trajinando con las abejas, en ese hábito, que no aparece por la casa, ni en su cama...

—¿Y don Fernando?

—¡Huy, no se figura usted! Pobre hombre... ¡Tantos cuartos, para tener que ver a un hijo “asesinao”! No me cambiaba por él, que yo también tengo hijos.

—¿Asesinado?

Comencé a experimentar un estado crepuscular, irreal ante la magnitud de un escenario tan estremecedor; un estado que me impedía pensar con coherencia.

—¿Asesinado? ¿Eduardo?

—Véalo usted mismo —me dijo el sargento mientras levantaba la cinta para que yo pasase al otro lado de la misma—. Y el perro está muerto unos pasos más allá.

En el suelo, junto a las colmenas, estaba el cuerpo de un hombre. Debíó morir retorcido entre fuertes dolores abdominales producidos por un proyectil, un cuchillo, o lo que fuera que acabó con su vida. De su cuerpo había manado abundante cantidad de sangre que se apreciaba coagulada entre sus guantes, empapando el mono blanco de colmenero y tiñendo la tierra, que se la había tragado casi toda. Me fijé en el sombrero colmenero: estaba impoluto, ni siquiera intentó quitárselo. Me detuve en el calzado: eran las botas que Eduardo solía llevar. Las moscas estaban dándose un festín sobre la sangre.

Bendicò, su fiel gran danés, yacía a unos treinta o cuarenta pasos en dirección a lo más profundo del monte.

—¡Avisad al teniente, que ya viene la jueza! —ordenó el sargento.

Su señoría venía de mal humor. Quizá era un rasgo permanente de su temperamento bilioso. Los jueces de Villaquejigo, como los notarios, siempre están de paso, a la espera de que la antigüedad les depare mejores destinos. Doña Belén no era una excepción. Hasta aquel momento yo no había tenido todavía el

fastidio de conocerla. Venía acompañada de Sebastián, el secretario del juzgado que, a diferencia de los jueces, llevaba muchos años afianzado en la plaza, sin intenciones de trashumar por otros juzgados.

—¡Hay que joderse! —profirió su señoría—. ¿Pues no me dice el forense que está en Sevilla, en una boda, y que no puede estar aquí en menos de cuatro o cinco horas? Si se está de guardia, no hay boda que valga. “¿Cómo iba a saber yo que iba a cometerse un crimen, señoría?” —citó, con retintín—. ¡Hay que joderse!

Doña Belén venía de chándal. La actividad deportiva que hubiese planeado para aquella mañana, seguramente con la intención de combatir el excesivo calibre de sus muslos, se había venido abajo. Al ser yo el único que permanecía dentro del círculo de seguridad, sin uniforme ni mono de policía científica, se fijó en mí.

—¿Y este quién es? Que salga inmediatamente del perímetro.

—Doña Belén, este señor es don Álvaro Frías —aclaró Sebastián—, un amigo del finado y de su familia. Además, es médico en el hospital de Villaquejigo.

—Y asisto a don Fernando —añadí, señalando hacia la casa—, que padece una afección terminal.

—Eso no justifica que usted esté aquí; haga el favor de salir ahora mismo.

Doña Belén pertenece a la cofradía de los que consideran que autoridad y grosería están estrechamente vinculadas. Procedía yo a abandonar la escena del crimen cuando la bruja todavía tuvo algo que decir:

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—De guardia, como vueseñoría ahora, como el forense desde Sevilla. En el hospital. Tarde y noche, hasta que vine para acá.

Sebastián susurró algo a doña Belén y esta se dirigió a mí de nuevo, en ese insufrible tono imperativo de aquellos a los que el poder del que están investidos les queda demasiado holgado:

—¡Espere un momento! ¿Es usted médico?

—Si quiere ver mi carnet de colegiado, lo llevo en el coche.

—No hace falta. Me va usted a ayudar a levantar el cadáver.

Miré perplejo a Sebastián, a la juez y a los guardias civiles, quienes, a su vez, me miraban espantados.

—Señoría, Eduardo era mi amigo, como un hermano —le contesté, no dando crédito a tanta crueldad.

—Usted se limita a proceder con profesionalidad, como si fuera el cadáver

de un desconocido. —Doña Belén aún albergaba alguna esperanza para poder hacer algo de *jogging* aquella mañana—. Los médicos saben hacer eso ¿no?

No sé de qué modo la miré, pero debió de ser tan manifiesta mi rabia que el sargento, temiendo que me abalanzara sobre ella, se interpuso entre nosotros. Miré el cadáver de Eduardo, las moscas, su posición —tan indigna— tirado en el suelo, rodeado de policía científica haciendo fotos, midiendo, buscando pruebas con fría indiferencia alrededor de su cuerpo...

—Puede negarse, por supuesto, pero entonces me veré en la necesidad de advertirle que...

—¡Sin amenazas, señoría! —exclamé, recobrando a continuación una extraña serenidad—. Procedamos cuanto antes.

Sebastián, al que seguramente debía la idea —deslizada en el oído de doña Belén— de que fuese yo quien levantase el cadáver, sacó una cámara de vídeo, la encendió, se puso junto a mí y empezó a grabar. Consulté mi reloj.

—Siendo las diez horas y cuarenta minutos del veinticinco de junio de dos mil diecisiete, en el término municipal de Villaquejigo, en el paraje conocido como La Loba y en la parcela conocida como el monte de La Bernagosa, junto a unas colmenas de abejas, se encuentra el cadáver de un individuo, aparentemente del sexo masculino. —Yo mismo me sorprendía de la frialdad con la que estaba emitiendo ese informe. La juez parecía tener razón al afirmar que los médicos sabíamos tomar la distancia suficiente con los dramas personales a los que nos enfrentamos cotidianamente—. Se presenta el cadáver en decúbito lateral izquierdo, el tronco en posición hiperflexionada, las caderas flexionadas a su vez sobre éste y las rodillas, asimismo, en hiperflexión. Ambas manos...

—Don Álvaro, con las fotografías y el video no son necesarias tantas descripciones —dijo Sebastián.

—Ambas manos —elevé la voz, mostrando lo irritante que me resultaba la interrupción del mequetrefe que pretendía enseñarme como se lleva a cabo un acto médico— se encuentran recogidas sobre el abdomen, aparentemente sobre el lugar donde se produjo la perforación del mismo, probable origen de la abundante pérdida hemática que se aprecia sobre los guantes, la ropa que viste el individuo y el suelo de la zona circundante. El finado va vestido con un mono blanco, calza botas camperas de cuero marrón, lleva guantes protectores y su rostro permanece oculto tras la malla de un sombrero colmenero que le cubre la cabeza. Su indumentaria, en resumen, es la propia de los que se dedican a la apicultura mientras realizan operaciones sobre las colmenas.

Todos los presentes permanecían atentos a mis palabras. Su señoría, con

los brazos en jarras, el rostro decidido, satisfecho.

—Procedo, en primer lugar, a retirar el sombrero con rejilla, que cubre el rostro del cadáver.

Mediante gestos pedí unos guantes y ayuda a dos agentes de la unidad científica, para que me auxiliasen y poder hacerlo con cuidado. Nada más retirarla, los ojos apagados, inexpresivos, helados y opacificados de Eduardo se quedaron fijos en los míos.

—Se trata de un varón de raza blanca, de unos treinta y dos años de edad...

Tres acongojados suspiros me impidieron terminar la frase de un tirón.

—De treinta y dos años de edad —afirmé rotundamente; no encontré sentido a fingir que no conocía su edad—, cabello castaño claro, corto y limpio, bien rasurada la barba, sin signos de violencia aparente en cabeza ni rostro, a excepción de una antigua cicatriz que se aprecia en el cuello, delante de la glotis, de unos seis centímetros de longitud y trayectoria oblicua respecto al plano sagital. Ambos ojos aparecen desviados patéticamente hacia la derecha, lo que podría indicar que la muerte se produjo mientras se encontraba en la postura descrita, por una hipovolemia en la que la consecuente hipoxia afectó primero al hemisferio cerebral derecho. Signo de Stenon Louis en globos oculares.

Se hizo el silencio. Pude ver que me observaba, muy respetuoso, un guardia civil con galones de teniente. Detuve un momento mi descripción para tomar el aire suficiente que me impidiese romper a llorar cuando pronunciase la siguiente frase:

—El individuo es identificado por el facultativo que levanta el cadáver como don Eduardo Robledo Parra, soltero, vecino de este municipio, enólogo...

No pude continuar. Comencé a gemir con profundos suspiros. Uno, dos, tres, cuatro. Conseguí detenerlos. No así algunas lágrimas.

—A continuación, procedemos a poner el cadáver en posición de decúbito supino —continué, con la voz quebrada, mientras colocábamos a Eduardo sobre una lona, boca arriba, extendíamos sus piernas y apartábamos las manos del abdomen. Cerré sus párpados—. El individuo tiene una estatura de un metro y setenta y ocho centímetros. —Teníamos la misma talla—. Cuello en extensión...

Me costaba respirar, empecé a hiperventilar.

—Rigideces manifiestas al movilizar las extremidades y el tronco. Se aprecia sobre la región epigástrica, en el tejido del mono, un orificio de unos dos centímetros de diámetro, posible lugar por el que pudo penetrar el objeto que perforó la pared abdominal, con resultado de muerte.

¡Muerte! ¡Muerte! Hasta ese instante yo no había tenido plena conciencia de lo ocurrido. Tuve que pronuncié aquellas palabras, tan definitivas, tan irreversibles: *con resultado de muerte*.

Nuevos accesos de acongojados suspiros me acometieron. La juez pareció conmoverse y se acercó a mí:

—Perdón, perdóneme... yo no imaginaba...

Lo último que yo podía admitir en aquel momento eran muestras de conmiseración por parte de la misma arpía que me había situado en ese trance. Vino en mi auxilio Homero, recordando el llanto de Aquiles sobre el cadáver de Patroclo, una imagen que me rearmó con la suficiente entereza para continuar:

—Procedemos a retirar la ropa del cuerpo del finado —le quitamos botas, guantes, el mono, calcetines...—. Se trata de un individuo de complexión atlética, que no presenta deformidades, ni malformaciones; desprovisto de objeto alguno sobre su cuerpo, tal como pendientes, anillos, pulseras o reloj. —Eduardo no necesitaba reloj ni adorno alguno—. Tampoco se aprecian tatuajes. En la fosa iliaca derecha aparece una cicatriz quirúrgica, probablemente de apendicetomía. En región epigástrica presenta un orificio con abundante contenido hemático, que permite el paso del dedo índice del facultativo.

Uno de los de la científica me ofreció la sonda que se inserta en el hígado.

—Procedo a registrar la temperatura hepática: veintiocho grados y medio.

A esas alturas, yo ya era incapaz de emitir frases largas.

—Colocamos el cadáver en decúbito prono...

Pausa para intentar coger el aire que mis pulmones me negaban.

—No se aprecia orificio de salida...

Lloraba mientras pronunciaba estas palabras.

—No existe evidencia de pérdida de esfínteres...

Nueva pausa. Silencio absoluto.

—¡Ya es suficiente! —dictaminó la juez.

—Las livideces son evidentes, poco intensas, en zonas declives, se decoloran a la presión digital... ¡No he terminado, señoría!

—Creo que este señor debería culminar el magnífico trabajo que está realizando —intervino el teniente, silencioso y atento hasta entonces—. Dicho sea con todo el respeto a su señoría.

Su señoría asintió.

—El cadáver no ha sido desplazado del lugar del óbito... El fallecimiento se produjo entre las cero horas cuarenta y cinco minutos y las dos horas del día de hoy. Muerte violenta—concluí, rotundo e inapelable.

—El médico concluye su informe siendo las once horas y doce minutos — apuntó Sebastián para la cámara, y la apagó. Acto seguido se dirigió hacia mí—. Don Álvaro, tiene usted derecho a percibir por su trabajo...

Bastó una mirada de infinito desprecio para cortarlo en seco.

—Claro, claro... hay cosas que no se pueden pagar —balbuceó.

Doña Belén estaba abochornada. Aquella mañana no iba a recibir ninguna mirada amiga de aquellos guardias. Una agente lloraba, apoyada la espalda en un árbol.

Se hizo un respetuoso silencio mientras los presentes asistíamos a la introducción del cuerpo de Eduardo en una bolsa, cuya cremallera se cerró.

Rompió el solemne sigilo de aquel momento un agudo chillido de su señoría, seguido de un segundo y hasta un tercero:

—¡Ay! ¡las putas abejas!... ¡que me están picando! —gritaba, mientras salía corriendo a refugiarse en el coche, haciendo aspavientos con las manos para espantar a nuevas atacantes.

Los guardias se sonrieron. Yo lo tomé como una pequeña venganza de Eduardo, lanzándole sus mesnadas desde el Hades como represalia a la inhumana prueba a la que me había sometido.

—Adiós, amigo —dije, mientras pasaba su cadáver frente a mí para ser introducido en el furgón fúnebre— ¡Ciao, Tancredi!

PRIMERA PARTE

EL CÓCTEL DE LA LOBA

Todo comenzó, —resultaría inevitable volver una y otra vez a aquellos cuatro días— en el verano del año 2008, diez años antes del momento en el que escribo estas líneas, nueve desde el asesinato de Eduardo.

El caprichoso azar quiso que un día de aquel verano casi tropezase con Lena cuando esta abandonaba el local de su peluquero. Sobre la cabeza, un peinado de orden corintio.

De no haberse producido este encuentro fortuito, yo no habría tenido que pasar por el trance de tener que levantar un día el cadáver de alguien que no habría llegado a ser mi amigo, ni me hubiera visto implicado en los asuntos de su familia.

Lena inició la rutinaria, impersonal e insustancial conversación de un encuentro, cualquier verano, entre conocidos: ¿cuándo has venido, cuándo te vas, padres, hermanos, estudios...? Tiempo caluroso. En unos días nos iremos a Marbella.

Parecía concluir el tedioso formulario, cuando me propuso algo que resultaba insólito entre nosotros:

—Esta noche damos un cóctel en La Loba, ¿por qué no vienes? Presento a mi novio Gus y quiero que conozca a mis amigos de verano.

Notó mi desconcierto. Podíamos considerarnos amigos porque nuestros padres lo eran, se trataban. Nuestros abuelos lo fueron. Pero entre nosotros nunca se rebasaron saludos protocolarios como el descrito. Lena poseía algunos atractivos: era como un palacio de fachada neoclásica, armónico y equilibrado, aunque aparentemente vacío. Nunca despertó en mí interés alguno para explorar su interior. Ni diez minutos habían estado mis pensamientos detenidos en aquella persona, catalogada como una perfecta burguesa, la gris anfitriona.

—Trae a tu hermano y amigos —añadió, intentando vencer la inicial resistencia.

—¿Es tu cumpleaños, tengo que llevar algún regalo? ¿Corbata...?

—No, tonto. Será suficiente con la americana.

Gus, al parecer, era una conquista de un máster MBA, “una persona encantadora, muy emprendedora”. Había creado una startup en la que “papá” pensaba invertir.

—Os caerá muy bien —añadió, ignorante de mi aversión a esa subespecie humana.

Mis amigos declinaron ir a una fiesta de americanas. Convine que abreviaría cumplidos en lo posible, para luego reunirme con ellos. No se puede desairar a la que por entonces todos teníamos por la única hija de don Fernando, señor de diez mil fanegas. Viñedos, regadíos, monte perdicero...

Llegué tarde. No por elegancia, sino por acortar al inicio y así disimular mejor la precoz deserción que tenía prevista. Una vez tomé el camino que llegaba hasta La Loba me crucé con un convoy de vehículos en desbandada. Llegado al caserío tan solo quedaba el furgón del catering, recogiendo.

Algo imprevisto había pasado. Dramático, a juzgar por algunas expresiones.

—¡No sabes qué disgusto, hijo! —exclamó doña Dora, la madre de Lena, cuando detuve el coche para no atropellarla mientras maniobraba para marcharme—. Merche, una amiga de Lena, ha llamado para contarnos que ha visto a Gus en el club Puerta de Hierro con una pelandusca... y en “actitud inequívoca”. ¡Pensar que hoy mismo íbamos a recibirlo como a un hijo!

Salí del coche porque me pareció descortés permanecer sentado, con la ventanilla bajada, mientras era depositario de una noticia que a la señora se le antojaba descomunal. Entonces me tomó del brazo y, empleando conmigo un tono casi familiar, una cercanía inesperada e inédita, me miró con ojos suplicantes:

—Anda, ve a ver si puedes consolar a la niña; pocos caballeros quedan como tú en quien poder confiar.

Sentí que Dora sabía algo de mí que yo mismo ignoraba.

Lena sollozaba junto a la piscina. Muy apropiado.

La primera copa de vino la bebimos en silencio.

Con la segunda recurrí a temas frívolos, sabiendo que serían bien recibidos.

En el tercer cáliz se diluyó el fantasma de Gus, quedando abierto el portillo de aquel hermoso palacio neoclásico, aunque con acceso tan solo al zaguán, donde puede recibirse alguna confidencia. Resultó que gustaba de buenos libros, admiraba la pintura flamenca, se apasionaba con la música, lloraba con D'Annuzio y reía conmigo.

Se fueron apagando las antorchas y se encendió el riego. Tomó mi mano, conduciéndome al pabellón de bañistas.

Allí tuve paso franco al interior del palacio, a todas sus estancias, a los rincones más cálidos, a las hospitalarias buhardillas y a la gozosa cueva. Sin remilgos.

Sus cabellos recuperaron en la piscina el sereno orden jónico, renovándose ansias y efusiones.

No fue la alondra, sino el gallo, quien anunció la mañana.

No era resaca. Era el orgullo, que me injuriaba por haberme prestado a ser el ocasional instrumento de venganza de una mujer despechada.

Entonces Lena susurró algo que explicó la misteriosa actitud de doña Dora, que yo fuese el único invitado al que no se despidió y que contribuyó a redimir mi amor propio:

—Siempre has sido mi sueño de verano.

Abandoné La Loba y dormí en la casa de mis abuelos, hasta que la hora de comer me sacó de la cama. En la vieja casa solariega podía tolerarse todo, menos faltar a la comida familiar. No exigían explicaciones. Ni se hacían más reproches que aquellos que puedan expresarse con una mirada en la que constase que estaban puntualmente informados de mi llegada cuando el sol llevaba algún tiempo calentando el lomo de las lagartijas. Ya era un hombre; con eso bastaba.

Llamé a Lena tras meditar sobre lo ocurrido. Aquella misma tarde el asunto tenía que quedar resuelto.

Me esperaba a la entrada de un pinar próximo al caserío de La Loba. Vestía sin el menor asomo de la sofisticación con la que acostumbraba a ataviarse. Solamente sus alpargatas trenzadas sobre los tobillos denotaban haber tenido algún origen en tiendas de milla dorada. Admiré el brillante dórico de unos cabellos limpios y bien cepillados.

Tomó mi mano, me miró a los ojos y reprimió el beso en los labios que tenía intención de darme un segundo antes.

—¡Ya!

Fue todo lo que dijo. No le costó adivinar mis intenciones.

—Conviene aclarar esta situación antes de que resulte más enojosa —dije, tras una corta pausa en la que decidí que no admitiría sentirme culpable—. Detesto tópicos y lugares comunes; no esperes que recurra a ellos. Lo que ocurrió anoche no va a tener continuidad. No tendría sentido. Al menos para mí.

—¿Crees que lo de anoche fue tan solo una venganza que me tomé con el primero que se presentó?

—Eso no importa. Ayer por la mañana, cuando nos encontramos por casualidad, éramos casi dos desconocidos. Nunca antes nos habíamos acercado, aunque sean muchos los años que llevamos cruzándonos en el verano, o porque hemos coincidido en alguna boda, o por cosas de ese estilo. Compromisos entre nuestras familias y con muchas otras familias. Ayer tú ibas a presentar a un novio y yo a continuar con mi vida y amistades, algo diferentes a las tuyas. Tan solo determinadas circunstancias interfirieron durante unas horas en el discurrir de nuestras vidas. Yo no tengo la menor intención de permitir que eso condicione nada a partir de ahora.

—Entonces, ¿lo olvidamos y ya está?

—No padezco problemas de memoria y no voy a olvidar nada de lo sucedido; solamente estoy decidido a evitar que un rato agradable... muy agradable, altere mi preciada independencia. ¿Crees posible poder aceptarlo sin rencores?

—¡Pero ayer yo te lo di todo! —exclamó Lena, ensayando un sollozo.

—Yo nada te había pedido. No voy a fingir ahora el brote de un amor escondido, porque sería falso. Tampoco puedes acusarme de haberte seducido con engaños o promesas. Te ofrezco total discreción; es todo cuanto puedo prometer.

Con el tiempo supe que Lena tenía dotes innatas para la negociación, un talento que sabría aprovechar para culminar sustanciosas transacciones en su vida profesional. El hecho de que yo le hubiera planteado una oferta —mi silencio, no revelar a nadie el tórrido episodio acontecido con la hija de don Fernando, a cambio de borrar rencores entre nosotros— despertó en ella su instinto mercantilista. Cambió su actitud. Dejó de ser una mujer herida.

—Anda, acompáñame a dar un paseo por el pinar —dijo, empezando a caminar por el sendero que se internaba en lo más frondoso de la arboleda—. Si ello no compromete tu futuro inmediato, claro.

A los pocos pasos, mientras caminábamos pausadamente, acometió Lena su exposición:

—Esta mañana te he revelado algo que llevaba años queriendo decirte: que

has sido mi sueño de verano. No te he engañado. Desde que era poco más que una cría ya me fijé en ti; me gustabas a rabiar. Ese carácter tan independiente y seguro, esa solemne seriedad, irresistible, tan varonil... Todas mis amigas lo saben, también mis padres. Pero nunca me atreví a acercarme lo suficiente. Delante de ti me resultaba imposible comportarme con naturalidad y, sin poder evitarlo, cada vez que nos encontrábamos solamente se me ocurrían idioteces y representar el papel de la chica que yo pensaba que podría gustarte: modosa y convencional. No me pasa con los chicos que no me gustan, a los que abordo sin consideraciones si me interesa algo de ellos.

—Tu representación resultaba perfecta para no despertar en mí el menor interés.

—Y yo me desesperaba. Ayer, cuando te encontré al salir de la peluquería, me sentí más segura al poder decirte que tenía un novio, creyendo que así, quizá, se despertarían en ti algunos celos. Pensé como una adolescente y me lancé a invitarte. Estuve fantaseando el resto de la mañana con que Gus y tú os conocierais y hasta que os enfrentaríais por mí. ¡Qué ridícula! Hasta que recibí la llamada de Merche, cuando ya habían llegado muchos invitados... Entre los cuales, por cierto, yo solamente echaba a uno de menos.

—¿A Gus? —pregunté, haciéndome el ingenuo, aunque sabía que estaba haciendo una velada alusión a mi impuntualidad.

—A ese ya no le esperaba, pues Merche le organizó un espectáculo antológico en el club, de tal modo que él ya sabía que no iba a ser bien recibido si se presentaba en La Loba. Me puse a llorar de rabia, todos se enteraron de la causa y, muy educadamente, se marcharon.

—No tan educadamente, que me crucé con muchos de ellos y ninguno paró para advertirme que pasaba —añadí.

—Al parecer había no se que partido histórico y todos salieron con prisas para no perderselo, y eso que papá había preparado una pantalla gigante en la bodega para aquellos que durante el cóctel quisieran verlo. ¡Es tan cielo! Cuando mamá te vio llegar, sabiendo lo que me gustas, te dio el empujoncito que... ¡en fin! Ya sabes.

Una buena negociación consta de varias fases. Lena acababa de redondear la primera, halagándome con la revelación de unos secretos en los que mi vanidad quedaba bien cebada, un estado que facilita la introducción de la siguiente fase, a la que procedió inmediatamente con una orden categórica:

—Desmíentelo ahora mismo si lo que ocurre es que existe otra mujer, una novia, una amante o alguien a quien debas la suficiente lealtad como para que no

podamos nosotros mantener alguna relación, aunque sea solamente amistad.

—Desmentido, señorita —contesté, haciéndole notar que su tono enérgico no me parecía apropiado—. No existe ese problema pero, si existiera, así lo manifestaría ante este jurado. Es otra la cuestión, la que te he planteado con total franqueza.

—Entonces —prosiguió—, si tú y yo saliésemos no estaríamos ofendiendo ni dañando a nadie.

—A ninguno ajeno a nosotros dos.

—Sé que no me asiste derecho alguno para hacerlo, pero quiero pedirte algo. Muy poco.

La miré empezando a sospechar lo que me pediría. Debió percibir su instinto que la negociación todavía no estaba en el punto que ella esperaba.

—¡Un beso! Bésame como anoche.

—¡Lena! —exclamé, riendo—. Un beso no se pide... ¡se roba!

Aceptó la indicación y se lanzó sobre mi boca, profunda y generosamente.

Los dos acabamos sentados sobre la punzante pinocha, riendo. Era lo que le faltaba para emitir su contrapuesta:

—Ya ves que podemos ser amigos. Tú me has ofrecido discreción a cambio de que no existan rencores por mi parte. Yo nunca he dudado de que te portarías como un caballero y no irías alardeando de que... ¡ya sabes! Por tanto, tu parte del trato es gratis, porque en ningún caso sobrepasarías esa linde. Estoy segura.

—Tienes razón, no soy un bocazas. Es gratis.

—De manera que, para que seamos amigos, sin resentimientos, tienes que darme algo más. No te costará apenas esfuerzo. Creo que hasta podrá llegar a gustarte.

No dije nada. Sabía lo que me iba a pedir una mujer orgullosa, profundamente herida por el sofocón que le supuso ante sus amistades verse plantada la noche anterior por un hombre que la humillaba con infidelidades tan precoces, que parecía querer formalizar un noviazgo con una rica heredera tan solo por encontrar un inversor solvente para sus quimeras empresariales.

No me equivoqué.

—Podríamos fingir —dijo Lena, despacio, midiendo mucho sus palabras— que somos novios durante unos días.

Me miró sorprendida al ver que no me sorprendía su propuesta.

Reaccionó enseguida:

—Si esperabas que te fuera a pedir algo como esto es porque te has dado

cuenta de lo vejada que me siento. ¡Sí, estoy furiosa! ¡Maldito Gus!

Sus manos, crispadas en el aire, querían estrangular a un espectro. Entonces me di cuenta de los finos y largos dedos, de las cuidadas uñas, las delicadas muñecas adornadas con pulseras de plata y bolitas Pandora.

—¿Estás dispuesta a representar una farsa? —pregunté.

—Media farsa —afirmó Lena con entereza—. Para mí no lo será, porque lo que yo siento por tí no es mentira. La otra mitad queda a tu cargo, es asunto tuyo decidir cuánta mentira contiene. Si te resulto aborrecible te supondrá un gran esfuerzo representarla. Pero si encuentras en mí algo que te guste, no será para tanto. Serán pocos días. Hasta que nos vayamos a Marbella, a menos que quieras venir a pasar unos días de navegación.

Levanté la mano para detener su carrera, que estaba intentando precipitarme a lejanas singladuras.

—De acuerdo, solamente tres... cuatro días —Lena ajustaba mentalmente la cuenta con el calendario—. Luego quedarás liberado. A la vuelta de las vacaciones decimos que la cosa no funcionaba, que no terminábamos de encajar... eso resultará bastante factible, ¿no?

—Y tú volverás con Gustavo —añadí, resistiéndome a utilizar diminutivos cariñosos con un despreciable desconocido—. Son tormentas de verano.

—¡Jamás! Con ese...

—Emprendedor encantador que funda startups —completé la frase—. Con él sí que encajas, porque te fascina todo eso de las empresas, negocios, finanzas... Sí, sería bastante factible que no conectásemos más allá de unos pocos días. Permite que añada que a todo el mundo que nos conoce le resultará poco creíble que de la noche a la mañana tú y yo hayamos empezado un noviazgo. Lo mejor es que arregles con ese Gustavo las cosas cuanto antes. Piensa que ahora cuentas con la ventaja de saber que te será infiel a la menor ocasión y que tiene que hacerse perdonar. Todos los hombres acabamos siendo infieles alguna vez; cuanto antes lo asumas, menor será el disgusto. Eso sí, exígele discreción la próxima vez; que no se pavonee de sus conquistas en el club, a la vista de todos.

—No sabía que fueras un cínico.

—Es posible. Pero este cínico no se esperaba que para recuperar tu honor perdido no te importase sacrificar el mío —repliqué con severidad—. Todos tus amigos sabrán que recurres a mí para darle en las narices a Gustavo, que me habrás utilizado como instrumento para tu desquite. A la vuelta del verano perdonas al cabroncillo emprendedor y, abandonado sobre el tablero, queda el

peón sacrificado. No es un papel muy airoso el que me asignas en esta farsa que pretendes representar.

—No sé por qué le llamas Gustavo, ese no es su nombre.

—¿Entonces Gus es el diminutivo de gusano?

Le agradó mi gesto de complicidad, que celebró con una risa sincera.

—Augusto —aclaró—. El nombre del gusano cabroncillo es Augusto. Tienes razón, te estoy pidiendo que representes un papel del que saldría algo maltrecha tu dignidad. Tu has venido hoy de frente, a dar la cara, sin tapujos, con una honestidad que, aunque no me agrade ni convenga, te honra. No tengo derecho a pedirte nada, ya te lo he dicho. Confiaba en que serías una persona generosa y, puesto que nada quieres de mí, serías capaz de hacerme un favorcillo. Ya veo que te pedía demasiado.

Consiguió que me sintiese algo mezquino. Parecía haberse dado por vencida, aceptado que no conseguiría nada más, que el negocio estaba concluido y tendría que padecer algunos días humillantes. Realmente era un genio del arte chamarilero, como se puede comprobar por las palabras que pronuncié a continuación, mientras las enfatizaba con los dedos de mi mano derecha como si fuera Winston Churchill:

—Dos días. Durante dos días seremos amigos. Proscrita la palabra novios. Nos dejaremos ver delante de tus amistades, pero sin cogernos de la mano, ni arrumacos, ni gesto alguno que indique que no somos otra cosa que dos buenos amigos que salen por ahí y se divierten. Así podrán ver que el asunto del gusano cabroncillo no te ha dejado hundida y mi honra quedará a salvo, al ser simplemente un amigo que te presta apoyo cuando lo necesitas. ¿Será suficiente?

Se iluminó su cara, reflejando claramente que había conseguido la parte más sustancial de lo que se había propuesto.

—¿Has traído el bañador? —me preguntó—. Si no, seguro que te sirve alguno de los que hay en el pabellón de la piscina. Hoy no podemos bañarnos tan ligeritos como anoche, que además del jardinero estarán mis padres.

Lena no solo había nacido para los negocios, sino que a todos los aspectos de su vida les infundía un intenso espíritu empresarial. Con una asombrosa diligencia improvisó una apretada agenda para las próximas dos jornadas. Aquel mismo día, por supuesto, no contaba. Lo consideró gratis, un bonus por su gestión.

Tras el baño en compañía de sus padres y otros amigos de estos, que venían de Madrid de paso para la playa, nos acercamos al pueblo a picotear en el bar de Fermín —lugar de encuentro de su círculo—, donde charló animadamente

con todos los que coincidieron con nosotros. Su actitud alegre y feliz hizo que ninguno de ellos mencionase el incidente de Gus, mucho menos en mi presencia, a pesar de que algunos habían estado la noche anterior en La Loba. Y a los que no estuvieron se les mantenía al tanto de todo lo ocurrido, naturalmente. Cumplió su parte y no mostró signo alguno de noviazgo convencional, pero manifestaba hacia mí tantas atenciones y expresaba con amplias sonrisas su conformidad y vívido interés sobre cualquier cosa que yo pudiera decir que un observador imparcial podría haber emitido un diagnóstico casi de certeza. El caso es que allí apenas había observadores imparciales, pues todas sus amigas conocían las inclinaciones que, desde antiguo, Lena mantuvo hacia mí. Y para los no informados quedó subsanada esa falta con gran diligencia. Por consiguiente, todos se hicieron una composición de lugar en la que dieron por hecho, a falta del comunicado oficial, el esbozo de un noviazgo.

Para el día siguiente había conseguido Lena que su amiga Merche viniese hasta Villaquejigo. Fuimos ambos a recogerla a la estación por la mañana.

—¡Así que tú eres el famoso Álvaro!

Ese fue su saludo.

Piscina, comida con la familia de Lena y tarde de baño en las lagunas de Ruidera, donde alguna amistad daba por la noche una concurrida fiesta, que se prolongó fastidiosamente. Merche regresó a Madrid desde aquella misma fiesta, donde un galán se ofreció a llevarla a trueque de algunas transacciones a través de los tejidos mucosos. Su misión quedaba cumplida, pues en poco tiempo en el Puerta de Hierro dispondrían de una prolija descripción del famoso Álvaro y de lo feliz que hacía a Lena. Amaneciendo, la dejé en La Loba, cansado de parodias.

El último día pactado era domingo. Acepté acompañarla a misa de doce —yo, un ferviente agnóstico— tras una subnegociación en la que ella tuvo que aceptar que no nos hiciésemos una foto juntos para subirla a Tuenti, Facebook o a donde Belcebú tenga su granja de sapos, que por entonces ya me parecían detestables esos morbosos escaparates. Suponía yo, ingenuamente, que se trataba del último acto; por ello, transigí. Ella tampoco frecuentaba la asistencia a liturgias cristianas, salvo cuando estaba en Villaquejigo o se lo pedía su madre para no ir sola. Como las noticias del abortado cóctel de La Loba ya eran voz *pópuli*, que se nos viera juntos en el templo y luego a nuestras madres intercambiando cumplidos a la salida completó la obra maestra que había trazado para reparar su dañada reputación ante la opinión chismosa de aquel pueblo manchego. Mi madre, sabiendo que el día anterior yo había comido en La

Loba, no solo se sintió obligada, sino que invitó a comer a Lena muy entusiasmada. La consideraba una perfecta nuera y un inmejorable partido.

Lena aceptó encantada y sedujo a toda mi familia: abuelos, padres, hermanos y tío soltero. Conocía el halago perfecto para cada uno de ellos, sabía mostrar un inusitado interés por las cosas de sus interlocutores y era capaz de no cometer error alguno de protocolo, a pesar de algún aprieto en el que intentó ponerla Javier, mi hermano más afín. Que no se creía, con razón, que yo pudiera estar con alguien como Lena.

Con todo lo anterior, consideré cumplido mi compromiso y supuse que Lena se daría por satisfecha.

Aún intentó algo más, planteando una encerrona en la sobremesa, delante de la familia que ya la veneraba:

—Podrías enseñarme esta tarde vuestra finca de Malagana —propuso, en unas circunstancias en las que una negativa por mi parte me habría convertido en el más grosero de los hombres—. Me han dicho que es muy bonita.

—¡La más bonita de La Mancha! —afirmó mi abuela, su dueña.

Todas las miradas se posaron sobre mi persona, preguntándose a qué esperaba para acceder a lo solicitado, pues sabían que esa heredad, para mí, constituye el lugar predilecto entre todos los del mundo.

Acepté, aunque introduciendo un elemento que arruinaría el laborioso peinado en el que tuvo que trabajar su peluquero aquella misma mañana, con la esperanza de que eso la disuadiera:

—Naturalmente. Iremos en moto; espero que no sea un inconveniente.

—¡Bárbaro! Me vuelven loca las motos.

Lena se había dado por satisfecha en lo relativo a su rehabilitación ante la sociedad. El gusano llegaría a saber que podía ser sustituido con facilidad, sus amistades quedaron asombradas ante el escaso impacto que tuvo el arruinado cóctel en la moral de Lena y, en general, quedó la impresión de que un clavo había sacado a otro clavo. Borrón y cuenta nueva.

Pero lo que Lena pretendía entonces era ajeno a su restitución social. Quería que tuviéramos unas horas de intimidad, ella y yo solos, en un lugar tan apartado como una solitaria quintería manchega.

Paseamos por un pinar más que centenario que plantó mi bisabuelo. Exploramos las márgenes del río Záncara, donde le enseñé un lugar secreto, donde anidan los patos. Le mostré los viejos viñedos y los recientes majuelos, las ruinas de un castillo derrotado por el monte, el jardín, las tinadas del ganado y la casa de señores.

Todo pareció complacerla mucho, incluso el estado enmarañado de sus cabellos.

Aunque no hacía frío, encendí la chimenea, abrí una botella y conversamos sobre cosas y cosas. Palabras y palabras. Miradas y miradas. Se despertó el deseo que yo había puesto en cuarentena los dos días anteriores para que, con la castidad, la farsa alcanzase cierta coherencia. Y dejamos que fluyera con naturalidad lo que ambos deseábamos.

Muy de madrugada la dejé en La Loba. Al quitarse el casco me besó y tan solo dijo:

—Gracias por todo.

No supe de ella en mucho tiempo.

DON FERNANDO

Una noche de guardia, algo más de tres años después de aquel cóctel, se presentó en el servicio de urgencias del hospital de Villaquejigo don Fernando, el señor de las diez mil fanegas.

Me reconoció enseguida.

—¡Álvaro, qué bien que seas tú! Vengo apuradísimo. Acabábamos de llegar de Madrid cuando, nada más entrar en casa, Dora se ha desvanecido. Se ha quedado como muerta, aunque respira y tiene pulso. No me he atrevido a moverla y he venido inmediatamente a buscar ayuda.

—Vamos para allá —dije mientras cogía el maletín—. Adelántate, que nosotros salimos enseguida.

—¿Sabes dónde...?

—Supongo que ahora, en invierno, no estaréis en La Loba.

Negó con la cabeza.

—Conozco tu casa, no perdamos tiempo.

Dora había tenido una hemorragia cerebral. La estabilizamos y la trasladamos al hospital. Tras el TAC la cuestión quedó bastante clara.

—Se trata de una hemorragia intraventricular —informé a Fernando—. Una arteria se ha roto dentro de un ventrículo cerebral y la presión de la sangre está empujando a la masa encefálica contra el cráneo, aplastándola.

—¿Qué se puede hacer?

—Poco o nada. Siento haber sido yo quien haya intervenido en un asunto en el que tan escasamente puedo ayudar. Si lo prefieres, puedo arreglarlo para trasladarla al hospital de Madrid que me digas.

—¿Serviría de algo? —preguntó don Fernando, mirando sus manos y luego a mí.

Captó mi expresión escéptica

—Entonces que se muera aquí. Avisaré a Lena.

Cuando se cerró la puerta del panteón de los Robledo, los que habíamos acompañado al féretro desde la iglesia de San Blas —una multitud— quedamos en un incómodo silencio.

—Bueno, vamos a rezar un padrenuestro y una avemaría, si os parece —propuso Lena, tras sus enormes gafas ahumadas, el cabello recogido, enfundada en un elegantísimo luto.

El padre Alberto es el primo cura que tiene toda familia que se precie de cierto abolengo. Este tomó a su cargo las monótonas letanías. Tuve la impresión de que solamente el intenso frío evitó que se animase a rezarnos un rosario, tan bien acogido le pareció su solemne rezo.

Mientras abandonábamos el cementerio y se encendían los cigarrillos que, por respeto, habían sido pospuestos durante la oración y las tristes operaciones del descenso de doña Dora al pudridero del que ya no se regresa, Lena me cogió del brazo y caminamos algunos pasos en silencio, hasta que tomamos suficiente distancia con los demás.

—Quiero agradecerte lo bien que te portaste con mamá —dijo, para iniciar alguna conversación—. Papá me ha dicho que no pudiste actuar con mayor celeridad.

—Y yo lamento mucho no haber podido salvarla. Nadie, ni aquí ni en ninguna otra parte, podría haberlo hecho, si te consuela saberlo.

—Una fatalidad, sí —su voz pareció quebrarse—. Bueno, yo solamente quería decirte que papá me ha pedido que te ruegue que mañana, o cuando puedas, vayas a verlo. Creo que quiere decirte algo importante.

—¿Sabes de qué se trata?

—No ha querido decírmelo —respondió Lena, manifestando un cierto disgusto, que no pude calibrar bien al estar sus ojos tras unos absurdos cristales, casi opacos—. Espero que luego seas tú quien me lo digas.

—Deberías saber que los secretos, me los confíe quien me los confíe, están conmigo a buen recaudo. Pero si no se trata de una confidencia, cuenta con ello. ¿Te quedarás algunos días?

—El gusano me está esperando en la puerta del cementerio —fue capaz de esbozar una leve sonrisa al compartir conmigo una vieja complicidad—. Salimos ahora mismo para Madrid; hay asuntos que me acucian esta noche, sin posibilidad de aplazamiento. Papá se ha adelantado porque no soporta verme con Gus desde que pasó lo que tú ya conoces de sobra. Pero él sí se quedará aquí, se ha empeñado. Si quisiera venir a Madrid yo podría hacerle alguna compañía; tampoco mucha, la verdad.

—Descuida, mañana iré a ver a tu padre.

Con esta frase llegamos a la puerta del cementerio. Éramos los últimos en abandonarlo y el sepulturero esperaba tan solo que saliésemos nosotros para cerrar la verja.

Parece un tópico de las películas de terror, pero es cierto: todas las puertas de los cementerios chirrían siniestramente al ser abatidas.

No así la del Porsche Cayenne del que bajó un sujeto de tan previsible aspecto como podía esperarse del partenaire de Lena: Armani, Breguet Tourbillon en la muñeca, donde brillaban también unos gemelos Montblanc y, en los pies, unos zapatos un punto horterillas por la profusión de hebillitas, pero muy caros. Seguro.

—Álvaro, Gus —nos presentó Lena.

—Hola —dijo el gusano, mientras miraba con impaciencia a Lena y le hacía un gesto en el que sincronizaba un movimiento de cabeza hacia el coche con otro de su índice izquierdo señalando el Breguet. En la fosa nasal aún se apreciaba algo de polvillo blanco.

—Ya nos pondremos al día en otra ocasión —me dijo Lena, frotando mi hombro.

Se quitó las gafas para darme un beso en la mejilla y entonces pude ver sus ojos inundados de tristeza. Me conmovió.

Don Fernando me recibió en su caótica biblioteca.

—Perdona que no haya sido yo quien fuera a verte, puesto que soy yo quien tiene interés en hablar contigo —se disculpaba mientras estrechábamos las manos—, pero se trata de un asunto que, por ahora, prefiero mantener en la más estricta confidencialidad. He preferido citarte en mi casa porque aquí nadie nos importunará. ¿Brandy? No, tú eres más de vino, si no me equivoco. Haces bien.

Mientras un gran reserva de los que él criaba en su bodega era liberado de su corcho, comentaba don Fernando el poco prestigio que, injustamente, tienen los vinos manchegos:

—Los necios adoradores de los Riojas, de los advenedizos Riberas y de algún que otro Burdeos ignoran que una parte importante de lo que pasa por sus gargantas ha madurado en estos secarrales calizos. Mira este color —me decía, poniendo al trasluz la copa recién escanciada—, la cascada alcohólica que acompaña al cerco, el cuerpo... no tiene nada que envidiar a la mayoría de los vinos que se venden por diez veces más dinero. Los bodegueros de La Mancha tenemos por delante una empresa titánica si queremos quitarnos el sambenito de vinazo peleón.

—Se está trabajando mucho y bien en esa dirección, tengo entendido —apunté, por no permanecer callado.

—Lo siento, no es mi intención entretenerte con disquisiciones —se disculpó nuevamente cuando captó que el vino no sería un tema en el que su interlocutor fuese capaz de aportar mucho, pues yo era un humilde diletante

mientras que en él se reunían pasión y doctorado—. Aunque algo tiene que ver el vino con lo que quiero tratar contigo.

—No te apures, Fernando. Tengo toda la tarde a tu disposición. Siempre es un placer hablar contigo, aprender de un hombre sabio —le dije, proyectando mi mirada sobre los amplios anaqueles rebosantes de libros, sin criterio alguno que los ordenase.

—Es una pena que hayamos tenido tan pocas ocasiones de charlar, porque a mí siempre me has gustado. Eres inteligente, cultivado, buen conversador, sensato, de una familia excelente... ¡Excelente! —repitió don Fernando—. Sentí mucho que lo tuyo con Lena durase menos que un suspiro. Descuida, no voy a sacar ese tema. Vosotros sabréis qué pasó o dejó de pasar, porque mi hija parecía encantada contigo.

El butacón de cuero en el que me sentaba crujió cuando me removí buscando una postura defensiva. Me incomodaba el asunto.

—Verás, Álvaro, voy a pedirte algo —anunció, por fin, en tono solemne—. Pero antes tengo que ponerte en antecedentes, revelarte algo desconocido hasta ahora para el mundo, incluida Lena. No voy a decirte que confío en tu discreción porque sería ofenderte dudar de ella, más cuando conozcas el alcance del asunto.

Hizo una pausa mientras tomaba un profundo sorbo de su Shiraz. Yo lo imité.

—Lena no es mi única descendiente. Tengo otro hijo, un bastardo que quiero que deje de serlo, al que deseo reconocer con todas las de la ley, darle mi apellido, que sea también mi heredero y traerlo a vivir conmigo.

He de reconocer que rodear de tanto misterio algo tan común como tener un bastardo, moneda corriente en cualquier culebrón de sobremesa, no me pareció digno de don Fernando; más bien, algo vulgar. Otra cosa era considerar lo que le parecería a Lena, para quien aquello sí le resultaría un asunto enjundioso, al rebajar un cincuenta por cien su valoración —*rating*, creo que se dice— como rica heredera. Supuse que ella, cuando lo supiese, le aplicaría los criterios economicistas que utilizaba para ponderar todo en la vida. Una incidencia así era, en su caso, como para designar un administrador concursal.

—He decidido que ya no vuelvo a Madrid, me asquea esa ciudad sucia de humos y cacas de perro, maleducada y ruidosa. Tampoco viviré en esta casa; me trasladaré a La Loba con todos mis libros y con Eduardo.

—¿Eduardo? ¿Así se llama tu hijo?

—Como mi abuelo. Él está de acuerdo en vivir en La Loba, y ahí entras tú.

—Tú dirás —le dije a don Fernando, con la mejor disposición.

—Eduardo nació casi el mismo día que Lena, es decir, que tiene tu misma edad. A la mía solamente busco algo de paz de espíritu. Por ello quiero retirarme al campo, vivir cuidado por el matrimonio de caseros que hemos tenido toda la vida, rodeado de mis libros, mi música, mi colección de láminas de los antiguos pintores holandeses... y con mi hijo. Con Lena sé que no puedo contar.

Desde luego, con ella no se podía contar para un retiro rural.

—Eduardo es muy distinto —prosiguió don Fernando—. Dicen que los bastardos acaban pareciéndose a sus padres más que los legítimos. Tú mismo podrás comprobar si es así en nuestro caso. Yo habría vivido siempre aquí, en la villa de mis mayores. Pero ni Dora, primero, ni mi hija, después, me lo permitieron. Como tampoco me permitió Dora, a quien Dios tenga en su Gloria —esto último lo emitió utilizando un tono sarcástico—, que reconociese a Eduardo; tenía que verlo a escondidas, ¡a mi hijo! Eso sí, me ocupé de que ninguna carencia amargase su vida. No le han faltado cuidados, ni buenos colegios, ni viajes, ni caprichos, ni coche, dispone de una Visa... Solamente le he faltado yo, algo que me ha hecho sufrir a mí mucho más que a él. Entenderás que, desaparecido el principal obstáculo entre nosotros, me acucien las ganas de enmendar tanto tiempo de vileza y cobardía por mi parte.

—Entiendo.

—¡No! —exclamó, sabiendo que dejaba un cabo suelto—. Hay algo que no puedes entender y sobre lo que no me preguntarás, porque no me resulta posible explicarlo sin revelar viejas miserias, que nunca deberán salir a la luz. Permíteme que entre estas confidencias no incluya los motivos por los que me sometí al veto de Dora, es un secreto muy doloroso. Solamente puedo decirte que, como ya sabes, Lena y Eduardo nacieron en fechas muy próximas y que de esa coincidencia surgieron los principales motivos que me obligaron a pasar veinticinco años ocultando a mi adorado hijo.

Esta revelación me permitió conocer el origen genético de las dotes negociadoras de Lena. Sin duda, doña Dora había sido una implacable traficante de voluntades.

—Yo no necesito saber nada más —afirmé con rotundidad—. Me conformo con poder hacerte algún servicio en relación con Eduardo; lo que me pidas puedes darlo por ejecutado.

—Mi hijo vendrá de Sicilia en una semana. Es enólogo y allí está haciendo un curso sobre vinificación de uva criada en terreno volcánico; de ahí lo que te advertí: que lo que hoy trataríamos sí tendría alguna relación con el vino —don Fernando trasegó a su estómago otra ración de caldo, como ratificando esa

afirmación—. Aunque es un apasionado del campo y no le importará vivir en mitad de estas soledades, es joven y no quiero condenarlo al aislamiento social. No se me ocurre nadie mejor que tú, un Frías, para introducirlo entre buenas amistades. Me gustaría que cuando se conozca que don Fernando Robledo tiene un hijo secreto este aparezca junto a don Álvaro Frías, respetado médico, de reputada familia y buena fama.

—Será un honor y un placer, aunque me parece que sobrevaloras mi fama —respondí, sin fingida modestia—. En cuanto a mis amistades, supongo que sabes que no son las mismas que las del círculo de Lena. Esas sí pueden considerarse la *crème de la crème* de Villaquejigo.

—Si no sobrevalorásemos las cosas, todo sería mediocridad —sentenció don Fernando—. No creas que siento mucho aprecio por esos amigos pijines de Lena. No digo que sean malos muchachos; no, que son educados, guapos y supongo que decentes. Pero solamente les inquieta si el próximo modelo de BMW tendrá más válvulas o menos inyectores, si les llegará a tiempo de Estados Unidos el rifle que encargaron para la próxima cacería o si podrán conseguir entradas de barrera para la siguiente corrida de José Tomás. Sería imposible que Eduardo aguantase ni cinco minutos entre ellos. Tú tampoco.

—Alguno hay que podría ser indultado —alegué, pensando en dos o tres personas que parecían interesantes, menos afectadas por carencias racionales que la mayoría de aquellos “pijines”—. Tengo que darte la razón en que, como grupo, resultan insufriblemente superficiales. Exceptúo a tu hija, a la que juzgué con excesiva severidad antes de conocerla un poco, aunque no puede negarse que con ellos está como pez en el agua.

—Mi hija es mucho, muchísimo más de lo que aparenta. Como sabrás, la palabra persona proviene del griego *prósopon*, que significa máscara. Es una maestra en el arte de enmascararse, tanto que a veces me asusta. Oculta sus muchas virtudes ante su público, para poder manejarlos...

—Por favor, Fernando —interrumpí, pues aún me encontraba bajo los efectos del último instante en el que pude ver su mirada arrasada por la tristeza, y tuve que salir en su defensa—, prefiero que no me hables de Lena. Sobre todo, en términos que pudieran resultar hirientes para ella.

—Olvidaba que estaba en presencia de un caballero —ironizó don Fernando—. La quiero muchísimo, es el sol de mi vida; lo que no obstaculiza que vea en ella ciertas cualidades que aún me sorprenden. Volvamos a Eduardo.

Mi anfitrión sacó un habano del precioso estuche que descansaba sobre la mesilla que había junto a su butaca y me lo ofreció, sabiendo que lo rechazaría.

Hizo un gesto con el que me interrogó para saber si me importaba que lo prendiese, al que repliqué con ademán aprobatorio.

—Me gustaría conocer tu opinión sobre la mejor manera de materializar lo que te he comentado —una vez sometido a la justiciera guillotina, giraba el puro en una mano, mientras el fuego calentaba el extremo indultado—. Creo que el reconocimiento de un hijo es un trámite que se hace ante notario y estoy informado de que conoces al de Villaquejigo.

—Tengo a Diego por amigo. El señor escribano es uno de los absueltos en ese círculo de pijines. Su incorporación a esa élite es relativamente reciente, pero lo tengo por un tipo inteligente, sensato y cabal.

—¡Colosal! —la exclamación salió acompañada de una densa bocanada de humo—. Entonces podrás hablarle del asunto y solicitarle que me reciba discretamente, para ir preparando papeles y que podamos firmar cuando venga Eduardo.

—Por supuesto que puedo hacerlo, Fernando. Estoy seguro que no tendría inconveniente alguno en que, si te parece bien, podáis reuniros aquí mismo, tan reservadamente como estamos ahora tú y yo —hice una pausa y decidí que no existía obstáculo alguno para ampliar algo más la información sobre el señor escribano—. Creo, incluso, que le entusiasmaría la idea de reunirse contigo en esta casa. Pero antes tengo que prevenirte de algo sobre él que, seguramente, desbarataría tus planes de mantener esto en secreto.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que ese notario es un charlatán, incapaz de guardar un secreto de tipo profesional? Si acabas de manifestarme que es un hombre cabal. Me parece que decretas absoluciones muy a la ligera.

—Sí, Fernando, y lo mantengo —el juego empezó a parecerme divertido—. A Diego puedes confiarle cualquier secreto, especialmente de tipo profesional; es muy riguroso con todo lo referente a su carrera. Para otras cosas es una persona vitalista, desenfadada e ingeniosa. Pero para este concretísimo caso, solamente para este único y singular caso, yo te recomiendo que busques otro notario.

—Ya veo —don Fernando, en realidad, lo que estaba viendo era como la punta de su cigarro, que alentaba con un suave soplido, había conseguido una combustión perfecta—. Tu amigo, tal vez, tenga también un origen bastardo, traumas relacionados con el reconocimiento de su filiación, o algún tipo de escrúpulo con este tipo de cosas y prefiera no intervenir en esta clase de escrituras. Lo entiendo, buscaré otro. Aunque no estoy dispuesto a volver a Madrid; notarios hay como setas. ¡Que no se hubiera hecho fedatario si tiene

limitaciones psicológicas para aplicar el Código Civil!

—Es mucho más sencillo, Fernando. Lo que sucede es que Diego está fascinado con tu hija Lena. Enamorado y atormentado con la idea de no conseguir que sea su esposa. La considera el ideal de mujer para un notario. Nada le hace más feliz que conseguir que Lena acepte alguna de las invitaciones que le ofrece siempre que tiene ocasión.

Me complació haber conseguido que el rostro de don Fernando adoptase, aunque solo fuera unos segundos, la mímica estupefacta.

—¡No tenía ni idea! —fue lo que acertó a decir, mientras abandonaba el estado perplejo y el puro exhibía su viva brasa, estimulado por una intensa inhalación—. ¿Y ella? ¿Le corresponde?

—A su manera se deja querer, tampoco estoy muy bien informado. Creo que han salido un par de ocasiones: a la ópera, quizá alguna función de teatro, cena en el casino... no sé mucho más. Siempre en Madrid. Yo no pregunto, no deseo intervenir, pero se nota cuando ha estado con ella porque no hay hombre más ufano. Lena es para Diego un tema recurrente, una obsesión; aunque, por lo que dice, todavía le resulta una lejana fantasía. Si se ha unido al círculo pijín ha sido porque le proporciona ocasiones de encontrarse con ella. ¡Asómbrate!: ha iniciado un expediente en el Registro Civil para que sus apellidos, que son Ruiz y López, pasen a ser Ruiz de Sax y López de Alarcón; todo para no desmerecer ante Lena, para poder aproximarse en alcurnia a su altura. Aunque sea de manera tan postiza.

—Si los apellidos de mi hija son muy sencillitos: Robledo Arce.

—Pero él, desde su posición de notario, trata con los ricos del lugar, ha indagado entre ellos y sabe que la familia Robledo es... no ya excelente, sino excelsa, de antiguo linaje. Para entrar en esta casa hay que atravesar un dintel blasonado; eso también lo sabe Diego. Una tarjeta con los apellidos Ruiz de Sax y López de Alarcón estremece un poquito, no es de las que se tiran a la basura.

—¿Todavía la gente se anda con esas fútiles vanidades? —preguntó el patriarca de los Robledo, aún sabiendo que la respuesta es afirmativa—. Tengo que conocer a ese notario. No obstante, tienes mucha razón en lo tocante a Lena: si mi hija se entera de que su pretendiente ha tenido conocimiento de la existencia de un hermano antes que ella y que no le ha informado inmediatamente que tendrá que compartir su herencia... cualquier posibilidad de aproximación a Lena se le esfumaría.

—Lena acabaría sabiendo que Diego le ocultó un secreto tan trascendente para ella, si llega a formalizarse en su despacho —añadí—. Y Diego sabe que, si

le oculta semejantes secretos a la mujer de su vida, perderá a la mujer... y no sé yo si aún la vida.

Don Fernando celebró con una carcajada mi pequeña broma sobre el temperamento de su heredera. Su jovialidad podría haber sido mal interpretada en un hombre que acababa de enterrar a su esposa. El cigarro y la copa de vino no ayudaban a disipar ese mal efecto.

—De tal modo que el señor Ruiz de Sax no tardaría ni cinco minutos en irle con el cuento a Lena, aunque solo sea pensando en el futuro de los hijos que tenga proyectado haber en ella. Ahora entiendo las razones por las que tu amigo no parece el más indicado. Bien pensado.

La siguiente inhalación nicotínica contribuyó a ordenar sus pensamientos, entre los que comenzó a urdirse un plan que inmediatamente compartió conmigo:

—Estoy cavilando que de ninguna manera quiero perjudicar a tu amigo, sino todo lo contrario. Haré cuanto pueda para favorecer su relación con Lena, aunque solo sea para estorbar la que mantiene con ese despreciable Augusto. ¿Lo conoces?

—Lo saludé muy fugazmente a la salida del cementerio, no creo que llegase a reconocerlo si hoy me cruzase con él.

—Yo me he negado a conocerlo en persona desde que nos dio aquel sofocón, del que tu mismo fuiste testigo. ¿Qué se puede esperar de un sujeto que se magrea con una fulana, en público, el mismo día que...? En fin, dejémoslo, que no has traído tu maletín de galeno y podría ser que tuvieras que necesitarlo si seguimos con ese tema.

—Tal vez lo más adecuado sería que pospongas la formalización de esos testamentos y reconocimientos filiales hasta que Eduardo esté aquí —propuse, como aportación al plan de campaña—. Yo me encargaré de que conozcan a Eduardo, particularmente Diego, sin desvelar su verdadera identidad. Lo presentaré como mi viejo amigo Eduardo y le diremos al señor escribano que solicita sus servicios para que su padre biológico lo reconozca como legítimo y para que lo incluya en su testamento, sin revelar el dato más sustancioso, el nombre de su verdadero padre, hasta el mismo día de la firma. De esta manera Diego será el privilegiado portador de la noticia a Lena cuando ya esté formalizada en documentos públicos, sin remedio. No podrá reprocharle nada.

—Pero a ti sí —añadió don Fernando—. Sabrá que has sido mi cómplice, lo considerará una traición.

—Eso no debe preocuparte; entre Lena y yo no existe ninguna relación que

le permita considerarme un felón por algo así. Cuando me dejó el recado de que querías verme ya me pidió que le contase qué trataríamos. Me negué de antemano.

—Te llamará. Y te presionará hasta hacerte hablar. No sabes lo porfiada que puede llegar a ser cuando...

—Sí, lo se —interrumpí—. Puedes estar tranquilo.

TANCREDI

Algunos piensan que esa atribución de inmortalidad a determinados escritores es una figura retórica, hermosa, pero vana. No es así.

A Giuseppe Tomasi di Lampedusa, duque de Palma, le bastó con escribir un solo libro, *El Gatopardo*, para alcanzar la inmortalidad. Aunque dejó este mundo en 1957, él fue quien hizo las presentaciones entre Eduardo y yo en el caserón de los Robledo, donde yo había sido invitado a comer por don Fernando para la ocasión.

—Buenas noches, don Álvaro —saludó Eduvigis, la fiel criada—. El señorito le espera en el despacho.

Las viejas domésticas —por costumbre— continúan llamando *señorito* al señor, aunque este lleve muchos años convertido en un canoso patriarca, por lo que pensé que se refería a don Fernando.

Existía una amplia antesala —con una mesa de billar de apolillado tapiz— como paso previo a la biblioteca que Eduvigis llamaba *despacho*. Allí, en lugar de señorito alguno, me esperaba un soberbio ejemplar de gran danés, un enorme perro negro que fijó en mí su mirada, las orejas en alerta ante la presencia de un extraño, y que emitió un breve y grave gruñido, como pidiendo una explicación a mi presencia en aquel lugar, antes de decidir si debería atacar o no.

—Es Bendicò; nada temas de él si eres amigo —la voz grave de un hombre joven, que apareció tras la puerta, me tranquilizó.

—Entonces tú debes de ser el príncipe de Salina —respondí, recordando que ese era el nombre del perro de don Fabrizio en la novela gatopardesca.

—Tancredi —corrigió, al tiempo que juntaba marcialmente los talones, emitiendo un sonoro taconazo—. Aquí todo es de don Fabrizio. Supongo que me hallo en presencia del señor marqués de Malagana —dijo, ofreciendo su mano.

Al adjudicarme ese marquesado supe que don Fernando —don Fabrizio, en el juego que habíamos empezado— había hablado con una cierta extensión de mí a su hijo Eduardo, Tancredi, aunque este personaje era sobrino de aquel en la ficción, y no hijo; algo que podría parecer adecuado para un bastardo.

Para el correcto fluir de esta historia es conveniente realizar un inciso y explicar que al morir mis abuelos, un año hacía por entonces, sentí intensamente que llegó el momento de regresar a “casa”, una palabra que solamente significaba una cosa para mí: el lugar donde transcurrieron los veranos de mi infancia, el sitio donde había sentido plenamente la felicidad de pedalear libre

por el campo, donde quedar fascinado con el milagro de la leche saliendo de las ubres de las ovejas, el cuajado de los quesos, las mágicas tertulias de vendimiadores al amor de una hoguera. La tierra del cariño derrochado, la inexistencia del mal, sin sombra de amenaza alguna. Allí donde la protección de mis abuelos diluía cualquier inquietud, donde aprendí a montar a caballo, a disparar a liebres y perdices. Y a manejar la varita zahorí. En Malagana, la heredad recibida de generaciones durante dos siglos, se acumulaban los recuerdos más felices. Haber sido el escenario de la última vez que Lena y yo nos amamos también era uno de ellos.

Hubo que proceder a repartir las tierras de los abuelos. La parte correspondiente a mi madre se quedaría sin que la administrase alguien de confianza, una persona capaz de mantener en lo posible su esplendor. Mis padres, poco dados a nostalgias, no estaban dispuestos a dejar sus asuntos madrileños para ocuparse de unas tierras que consideraban únicamente una posible fuente de renta, un manantial poco caudaloso y de engorroso gobierno. Estaba planteado: vender y comprar con ese dinero algunos inmuebles en Madrid para alquilarlos.

Algo arcaico, muy profundo, perteneciente a la jurisdicción de mis genes, decidió que esa era mi guerra. Asumí convertirme en el administrador de aquellos bienes. No encontré oposición, mis padres se resignaban a que me dedicase a cualquier cosa antes que verme partir a Sudán con la Cruz Roja, hecho que estaba a punto de producirse. Hubieran preferido que desarrollase mi carrera en el Mount Sinaí de Nueva York, pero se conformaron con la plaza que conseguí en el servicio de urgencias de Villaquejigo, una labor a base de guardias que me permitía gozar de tres días libres tras uno de trabajo, un tiempo que poder dedicar a mis proyectos agrícolas, a los que se incorporó poco después mi hermano Javier.

Don Fernando conocía mi devoción por Malagana y la aplaudía.

Volviendo a la mañana en la que conocí a mi mejor amigo, respondí a su gentil presentación imitando su taconeo al tiempo que continuaba con el juego:

—A tu servicio. Aunque he de advertirte que no cuentes conmigo si pretendes que me una a los garibaldinos, que yo soy borbónico irredento.

—Respetaré tus convicciones si considero que son las de un hombre íntegro.

Estrechamos nuestras manos mientras Bendicò meneaba el rabo, indicio de que había entendido que el extraño era un amigo.

No pudimos tener mejor introductor de embajadores que Lampedusa,

quien nos acompañó todavía algún rato durante la comida, ya que *El Gatopardo* ocupó toda la sopa y casi llegó a los postres, participando en el debate literario don Fernando, también admirador del libro, devoto espectador de la película que Visconti hizo del mismo y adorador de las prendas con las que la Claudia Cardinale de entonces embobó a una generación. Por si fuera poco, se daba la circunstancia de que Eduardo acababa de llegar de Sicilia. Parecía que también había traído en la maleta al duque de Palma.

—Aunque la excusa del viaje ha sido un curso de enología que ha resultado muy interesante, ya te contaré, Fernando —Eduardo nunca llamaba papá o padre a su progenitor. Tampoco llegó a hacerlo una vez legitimado—, el verdadero motivo ha sido ir a visitar los lugares relacionados con la novela y con su autor.

—Eduardo se define a sí mismo como “peregrino literario” —apuntó don Fernando.

—Cuando descubro alguna de esas catedrales literarias que, por fortuna, nos ha ido legando generosamente la humanidad, siento la necesidad de visitar el sitio donde se desarrolló la trama y, si es posible, la vivienda en la que el autor la escribió. En Sicilia se reúne casi todo lo lampedusiano. Pocas cosas me producen más placer que vibrar con la lectura de un pasaje en el escenario donde el autor la imaginó. Una excentricidad —reconoció Eduardo.

Como resultaba que, sin saberlo, yo también practicaba —siempre que podía— eso que él definía como peregrinaje literario, estuvimos repasando nuestro catálogo de libros y lugares, coincidiendo con algunas lecturas comunes, aunque no con sus correspondientes romerías, pues Eduardo había tenido más oportunidades para viajar por Europa, mientras yo había ceñido a España mis excursiones eruditas.

Cuando don Fernando encendió su habano, propuse a Eduardo enseñarle mi marquesado.

—Muéstrale también mi principado —solicitó don Fabrizio.

Hasta ese mismo día Eduardo nunca había pisado Villaquejigo ni La Loba. Invité a don Fernando a que nos acompañase con su cigarro, porque de la Loba yo apenas conocía su caserío y alguna suerte de tierra, ignorando por completo los linderos de una finca tan extensa. Declinó el convite, considerando que aún no convenía que le vieran en compañía de su bastardo.

—*Donnafugata* puede esperar —resolvió Eduardo, retomando la travesura con la que nos habíamos conocido.

Pasamos toda la tarde recorriendo Malagana en compañía de Bendicò,

deteniéndonos en los viñedos, especulando sobre posibles variedades que adaptar a esas tierras, de cultivos alternativos a los tradicionales, de proyectos, de caballos, ovejas, riegos, reforestaciones, subvenciones...

—¿No tenéis colmenas? —me preguntó, cuando caía la tarde y nos disponíamos a regresar a Villaquejigo.

—Las tuvimos. Se encargaba de ellas mi hermano Javier, pero tras algunas picaduras desarrolló alergia a su veneno, sin saberlo. Una tarde que me encontraba de guardia se presentó con tal edema facial que me costó reconocerlo. Se encontraba en el límite de un colapso anafiláctico y allí se acabaron las abejas en Malagana.

—Una lástima —se lamentó—. Uno de los libros que más impresión me ha causado de cuantos he leído lo escribió un premio Nobel de medicina.

—¿Un tratado sobre el shock anafiláctico? —pregunté extrañado—. No me digas que también lees literatura médica.

—Karl von Frisch fue un médico vienés que recibió el Nobel por sus trabajos de fisiología, pero del mismo modo que tu eres médico y agricultor, y yo soy enólogo y filósofo —en efecto, Eduardo colgaba dos títulos en la pared de su cuarto—, él también era zoólogo y publicó un tratado maravilloso titulado “*La vida de las abejas*”, a las que estudió aplicando el método científico sacando conclusiones sorprendentes. Tras su lectura estoy obsesionado con tener algunas colmenas para estudiarlas, como hizo el vienés, y para experimentar una idea que tengo donde se unen vino y abejas.

—No lo he leído, pero ese libro fue el que indujo a mi hermano a hacerse apicultor... y casi le cuesta la vida.

—La inteligencia es una actividad de riesgo —sentenció.

Tal y como había predicho su padre, Lena me había llamado tres días antes para saber qué se traía don Fernando conmigo.

—Júrame que vas a ser totalmente sincero, Álvaro —el tono impositivo era uno de sus favoritos—. Si papá está enfermo, si le pasa algo y lo ha consultado contigo, tengo derecho a saberlo. Soy lo único que le queda y no puedes ocultármelo.

—Lena, si tu padre tuviese alguna enfermedad y me hubiera impuesto el secreto profesional yo no podría decirte nada por muy hija suya que seas. Es un delito.

—Déjate de delitos, que me estás poniendo muy nerviosa.

—Acabo de utilizar el modo condicional del verbo: “si tuviese”. Tu padre,

que yo sepa, no padece enfermedad alguna, si exceptuamos el tabaquismo, que debería corregirlo. Por lo demás, te podría jurar, si así lo deseas, que no me llamó para hablar de enfermedades.

—Otra vez con condicionales —replicó Lena—: “te podría jurar”.

—Te lo juro. Mejor aún, porque soy agnóstico: te lo prometo, tienes mi palabra.

—¡Ay, qué alivio! Gracias. Perdona, por favor, he estado un poco grosera contigo. Estaba muy preocupada —hizo una pausa en la que pude escuchar como su respiración se sosegaba—. Es una pena que nos veamos tan poco.

—Ni siquiera coincidimos los veranos, a la salida de la peluquería.

—Si, lo echo de menos. No sabes la vida que llevo.

—Supongo que la que tú quieres llevar —no le dije esto para molestarla, sino como un consejo.

—¡Qué va! Te enredas en un proyecto empresarial que te obliga a liarle en otro, luego se complica uno, después los dos y cuando quieres darte cuenta llega la crisis...

Lena cortó en seco estas disquisiciones para retomar el principal motivo de su llamada:

—Bueno, entonces, ¿de qué hablaste con papá?

—Tu padre me ha impuesto secreto absoluto y yo tengo que cumplirlo.

—¡Ay, que se ha arruinado! Dime que no estamos en la calle. Si ya le decía yo que eso de ampliar la bodega, que no eran tiempos...

—Lena —interrumpí—, no voy a decirte nada más de lo que ya te he dicho. Cuando él lo considere oportuno te dirá cuál es el asunto. Creo que muy pronto lo sabrás.

—Pero dame una pista.

—Imposible.

—Eres cruel conmigo.

—En todo caso, cruel es tu padre al impedirme que te cuente nuestras conversaciones —alegué en mi descargo.

—¿Conversaciones? ¿Es que ahora habéis montado una tertulia? ¿Os veis a diario?

—Es suficiente, Lena.

Estaba dispuesto a colgarle si persistía en sus inquisiciones, pero la siguiente afirmación que hizo me dejó sorprendido y creo que ella lo notó:

—Es por el asunto de Eduardo.

—Adiós, Lena.

Cuando comuniqué a don Fernando esta conversación dedujo que Lena, a lo largo de sus veinticinco años, habría escuchado en casa alguna trifulca de las frecuentes que tuvieron él y Dora en las que pudo salir, como un objeto arrojado más, el nombre de Eduardo, mezclado con palabras gruesas. Don Fernando tenía casi la certeza de que su hija no conocía la existencia de un hermano secreto, pero parecía que ahora estaba sobre la pista. Convenimos no demorar trámites.

Eso fue lo que hizo que aquella tarde lampedusiana llevase a Eduardo al “Círculo mercantil e industrial” de Villaquejigo, un establecimiento de cierta pomposidad —casi perdida, para evitar su decadencia— conocido simplemente como “El Círculo” o “El Casino”, pues de un casino provinciano se trataba. Un lugar reservado a socios, sus familiares e invitados, al que yo podía entrar porque mi padre tenía domiciliada su cuota en el banco. Cuando expliqué a Eduardo dónde íbamos y por qué, se extasió. Estaba disfrutando con las peripecias novelescas que estaba viviendo en primera persona como bastardo redimido, pero la existencia de este tipo de establecimiento, donde pretendíamos establecer un contacto aparentemente casual con el notario de la localidad, sobrepasaba todas sus expectativas.

—El “*Circolo Bellini*” de Palermo —dijo, mientras atravesábamos su entrada.

Me explicó que Lampedusa mantenía una estrecha amistad con sus primos, que estaba publicada la correspondencia que mantenían entre ellos cuando el duque viajaba y que en esas cartas hay continuas referencias al Circolo Bellini, el casino donde se reunía toda la aristocracia palermitana; un mentidero muy gozoso para ellos, al contenerse entre sus paredes todos los chismorreos de la ciudad.

Diego, el notario, nada más tomar posesión en Villaquejigo se apuntó como socio. No le costó encontrar los padrinos necesarios, uno de ellos mi padre, al que se lo pedí porque el escribano y yo establecimos amistad enseguida. Sin embargo, a mí no me gustaba frecuentar ese casino y lo hacía en escasas ocasiones. Diego lo utilizaba para mantener relaciones con la élite local, diplomacia que desplegaba para cosechar clientes. En aquellos momentos se encontraba sentado con algunos corredores de vino y un tratante de cereales. Al detectar nuestra presencia se disculpó y vino a saludar.

—Siéntate un rato con nosotros, Diego, que quiero presentarte a un amigo. Aceptó inmediatamente, porque estaba incómodo con el grupo de maduros

mercaderes.

—Ya estaban hablando de irse de putas esta noche y yo no sabía cómo zafarme —nos informó, tras lo cual él mismo se presentó ofreciendo su mano a Eduardo—. Diego Ruiz, notario.

Temí que Eduardo se presentase como Tancredi o, peor aún, como el hijo de don Fernando. Parece que cuando tu interlocutor se presenta con su apellido y profesión te obliga a hacerlo de la misma forma, pero resolvió el asunto de manera airosa, mientras se estrechaban las manos:

—Eduardo, bastardo.

Aunque pudiera parecer una provocación, la presentación la hizo con tal sonrisa y encanto que Diego soltó una carcajada que llamó la atención de los presentes. Inmediatamente un flujo de simpatía se estableció entre ellos.

—Eduardo es enólogo y ha venido a trabajar a Villaquejigo —no mentí cuando así intervine—. Necesita hacer un par de trámites notariales y lo de bastardo tiene que ver con eso. ¿Te importa si dedicamos unos minutos a recibir tu siempre docto y sabio consejo?

—Claro, claro. Encantado.

En ningún momento sospeché Diego que aquel hombre al que acababa de conocer era el medio hermano de la mujer a la que deseaba convertir en compañera de su vida. Sin duda eso habría condicionado la conversación que tuvimos en la cual —siempre en abstracto— el notario hizo gala de sus conocimientos, quedando Eduardo perfectamente informado de la documentación que debería aportar a la notaría y los trámites posteriores para que su todavía anónimo padre lo reconociese con todas las de la ley. Resultó también un avezado experto en la descripción de todos los obstáculos a los que debe enfrentarse quien inicia un expediente en el Registro Civil para cambiar de apellidos, pues él mismo los estaba padeciendo.

—En cuanto al testamento que quiere hacer tu padre, es lo más sencillo —concluía Diego—. Normalmente los preparamos sobre la marcha, ya que todos suelen ser rutinarios. Salvo que se trate de algún ricachón estableciendo legados, fundaciones, usufructos, albaceas, fideicomisos... En esos casos nos suelen enviar una minuta redactada por sus abogados y nos ceñimos a eso.

Don Fernando tenía preparada esa minuta desde hacía mucho tiempo.

—¿Cuándo podríamos pasarnos mi padre y yo a formalizar en tu notaría esas escrituras, ya que tengo todos esos documentos que dices?

Diego sacó su iPhone, consultó su agenda y respondió:

—Mañana tengo un día muy flojo, así que si avisas a tu padre para que

venga a Villaquejigo y pudiera estar sobre la una, lo dejamos resuelto. Al llegar al despacho le diré a Lourdes, mi oficial, que te reserve esa hora y que vaya preparando los borradores. Vuestros datos se los aportáis a ella cuando lleguéis.

—¡Perfecto! —zanjé, cuando vi lo bien encaminada que estaba la encomienda que me confió don Fernando—. Ahora vámonos de putas.

Jamás he solicitado los servicios de una meretriz, era una broma que Diego captó enseguida. Donde sí nos dirigimos los tres fue a otro tipo de locales, más desenfadados, donde poder encontrarnos —como así sucedió— con mi hermano Javier y con amistades más gratas. Tampoco son muy de mi gusto los tugurios en los que la música te impide hablar, pero en esta ocasión se prestaban a las mil maravillas para que conocieran a Eduardo sin que este fuese sometido a intensos interrogatorios que pudieran desbaratar nuestros planes. No estábamos ya en los tiempos en que las matronas manchegas te paraban por la calle para preguntarte descaradamente: “*pos* tú, ¿de quién eres?”. Pero Eduardo era una persona que inmediatamente despertaba interés —particularmente entre las mujeres, pues era apuesto, de ademanes elegantes y sonrisa franca; podría parecer el verdadero Tancredi—. Nuestras amigas lo abordaron por turnos para testar las posibilidades que podrían llegar a existir de intimar con mi nuevo amigo.

Nos divertimos. Cuando nos despedimos aquella noche ya éramos dos viejos camaradas. Continuaríamos siéndolo los años que le quedaron de vida.

Al tumbarme en la cama y repasar acontecimientos caí en la cuenta de que había estado representando una farsa con el hijo de don Fernando, una parodia que guardaba muchas similitudes con la ofrecida tres años atrás para la hija del mismo señor. Esperaba que al día siguiente todo quedase concluido y no tener que repetir pantomimas de tal naturaleza. Ni con esa familia.

A las doce y media del día siguiente acompañé a don Fernando y a su hijo a la notaría. Mi presencia no era necesaria, pero asistir a hechos tan históricos en primera fila fue una tentación en la que caí sin remordimientos. Además, don Fernando me pidió que tras la firma invitase a comer con nosotros tres a Diego en el caserón solariego de los Robledo, con la intención de conocerlo mejor, disculparse por la encerrona, exculparme de la parte que me cabía y mostrar la mejor disposición para que su hija y él evolucionasen favorablemente en sus relaciones. Con tan poderoso padrino, Diego habría de perdonarlo todo.

—¿Cómo usted por aquí, don Fernando? —saludó la eficiente Lourdes quien, por supuesto, no conocía a Eduardo—. Si puedo ayudarle en alguna cosa estoy a su disposición. Tengo una cita a la una, pero pueden esperar si usted

precisa de nuestros servicios. ¡Ah! Y le acompaño en el sentimiento por lo de doña Dora, todo el pueblo ha notado mucho la pérdida de esa gran señora.

A la sazón yo ignoraba si Lourdes me conocía. Disipó inmediatamente cualquier duda:

—Don Álvaro —saludó con la sonrisa fingida de los covachuelistas, mientras consultaba su reloj—, creo que la visita de la una es de un amigo suyo. Como todavía falta un poco, ¿les importa esperar mientras atiendo a don Fernando?

—Yo soy la visita de la una —aclaró don Fernando—. Y este es mi hijo Eduardo, al que voy a reconocer como tal si usted es tan amable de atendernos.

Atropelladas disculpas, que si el notario no me había advertido, palidez facial extrema alternada con rubicundez, tartamudeos, bote de bolígrafos por el suelo...

—Voy a avisar a don Diego —acertó a decir, mientras superaba el súbito síndrome confusional.

—No es necesario, mi estimada Lourdes —cortó don Fernando—, que estará con alguna firma y podríamos importunarle. Tome esta carpeta de papeles y vamos preparando las escrituras. En este pendrive tiene usted las cláusulas que quiero incluir en mi nuevo testamento, solamente tiene que copiar y pegar.

Lourdes llevaba muchos años como oficial de la notaría de Villaquejigo. Había estado a las órdenes de muchos notarios —y algún notario lo estuvo a las suyas, decían las malas lenguas—, siempre de paso, a la espera de escalar en el escalafón de la antigüedad para optar a plazas mejores. Por consiguiente, conocía en el lugar quién era cada cual, teniendo en su cabeza un perfecto esquema de las jerarquías sociales y familiares de la población, ocupando los Robledo la cima de esa pirámide. En la diminuta república de una ciudad manchega de unos veinticinco mil habitantes, la novedad en la que ella iba a participar se presentaba ante sus ojos como una enormidad. Había que estar a la altura. Se enfrascó en la redacción de la escritura y en menos de quince minutos don Fernando dispuso de un borrador, que leyó mientras Lourdes preparaba el testamento.

A la una en punto apareció Diego. No conocía personalmente a don Fernando ni Lourdes había podido advertirle. La pobre oficial supuso que su jefe no estaría desadvertido, por lo que tampoco se esforzó en intentarlo. Tras un sobrio saludo, pero correcto, se sentó en la cabecera de la mesa de la sala de firmas donde nos habían dejado. Cotejó las fotografías de los documentos de identidad que tenía sobre la mesa con los rostros que tenía enfrente y, a

continuación, pasó a comprobar que los números y nombres de los mismos habían sido reflejados correctamente por su oficial sobre el papel timbrado en el que estaba impresa la escritura. Siendo esta liturgia una rutina del quehacer del notario, y siendo Robledo un apellido relativamente común, se centró en la lectura de la escritura sin tener la menor consciencia de que estaba ante el padre de Lena.

—Ahora, si son tan amables, firmen aquí —solicitó, concluyendo el trámite del reconocimiento filial.

Asistir a la lectura de esa escritura me reveló que la madre de Eduardo murió a los pocos días de su nacimiento. Me propuse no sacarle el tema jamás.

A continuación, procedió Diego a la lectura del testamento de don Fernando, que comenzó con el habitual tono rutinario de escribano, tan similar al de los sacerdotes en misa. Cuando descubrió que estas últimas voluntades, a diferencia de las corrientes que se despachan en dos o tres folios, estaban redactadas sobre nueve o diez, detuvo la lectura y retornó a la primera página, esa en la que consta la identidad del compareciente. Su rostro, por sudores y color, parecía recién salido de media hora de sauna. Me miró y yo le confirmé, asintiendo y levantando una ceja, que estaba en lo cierto, que lo que acababa de descubrir no era una errata.

—¿Usted... usted es el padre de Lena? —balbuceó ridículamente, en una situación muy distinta a la que él habría imaginado como primer encuentro con el que deseaba que llegase a ser su suegro.

En ese momento me arrepentí de haber colaborado en la urdimbre de esta encerrona al pobre Diego. No era acreedor de una humillación como esta. Reconsiderado el asunto, tampoco hubiera tenido tanta importancia que Lena hubiera averiguado las intenciones de su padre con alguna antelación o, simplemente, que se hubiera recurrido a otro notario.

Sin embargo, lo que supuso para Diego cruzar el umbral blasonado de los Robledo un poco después, comer en el refectorio de don Fernando, fumarse uno de sus habanos saboreando una copa de calvados y recibir unas palmaditas en la región deltoidea, mientras era despedido en el umbral por tan señalado patricio, hizo que rebose en manifestaciones de gratitud hacia mí, por la parte que tuve en acercarle a la familia de su quimérico amor. Diego era una persona muy inteligente, pero es sabido desde antiguo —aunque la ciencia no se haya pronunciado todavía— que el estado amoroso rebaja el umbral del intelecto para que los razonamientos se adapten a los deseos reproductivos y no interfieran en su natural discurrir. Si no, léase el elogio a la estulticia que escribió el gran

Erasmus.

EL NOTARIO

A don Fernando le salió carísimo conseguir que Lena concurriese a la cena de Nochebuena de aquel año dos mil once. No solo tuvo que entregarle todas las joyas de doña Dora —lo cual, en cierto modo, era de ley— sino que le donó el apartamento de Marbella y le prometió que haría lo mismo con el chalet de la urbanización Puerta de Hierro de Madrid cuando formalizasen la herencia de la finada. El yate se puso a la venta y del producto de la misma Lena recibiría la mitad.

Toda esa generosidad, no obstante, no habría sido suficiente para apaciguar a Lena sin que se hubiese cumplido una exigencia más, que impuso como condición *sine qua non* para reconciliarse con su padre: someter a Eduardo a una prueba de ADN que demostrase que verdaderamente existía lo que había quedado reflejado en una escritura. Este término del armisticio implicaba a Eduardo, quien me consultó al respecto porque no le gustaban las imposiciones. Le aconsejé que aceptase, pero condicionado a que en la prueba no se confrontasen los perfiles genéticos de él y don Fernando, sino que fuera Lena la que se sometiera a la prueba para que en esta se demostrase que eran hermanos, hijos del mismo padre. Así su aceptación sería más honrosa, sin humillaciones, pues quien imponía el test debería pasar por él también, a un mismo nivel. Le hice ver otra posible ventaja: podría ocurrir que, viéndolo certificado en un documento, Lena empezase a mirarlo como a un hermano, facilitando un acercamiento entre ellos que se antojaba difícil en aquellas circunstancias. A Eduardo no le importaba demasiado ganarse su afecto, pero sabía que si lo conseguía su padre se sentiría mucho mejor en este mundo.

Las pruebas resultaron inequívocas y los esfuerzos de Eduardo para que Lena no lo viera como un simple usurpador dieron algún fruto.

Yo no asistí a esa cena en el caserón solariego de los Robledo porque mi populosa familia no me hubiera perdonado esa falta un día así. Eduardo me invitó porque quería que la primera Nochebuena en la que la ausencia de doña Dora sería más ruidosa que cualquier otra presencia resultase lo más concurrida posible, con la intención de amortiguar ese estrépito todo lo posible. También sería la primera ocasión en la que Eduardo asistía a una Navidad en una familia distinta a la que hasta entonces había considerado como la suya, aunque desde muy niño supo quien era su verdadero padre. El primo sacerdote, un amigo viudo de don Fernando y unos parientes de no sé qué grado que vinieron desde

Argentina para la ocasión, con alguna otra persona más, hicieron que la cena resultase concurrida, animada y sirviese de coartada para solemnizar la incorporación de Eduardo a la familia Robledo.

Capítulo aparte merece la asistencia a tan memorable velada del señor escribano, don Diego Ruiz de Sax y López de Alarcón —su expediente civil se había resuelto reciente y favorablemente—. No le faltaba familia al notario, pero esta se mostró muy comprensiva, disculpando su ausencia por conocer sus fervientes anhelos y tomando por indicio cierto de próxima boda que se le hubiera invitado a compartir con la familia de Lena la noche más familiar del año.

Lo que no reveló a los suyos, para no deslucir su aparente triunfo, fue que no era el invitado de Lena, sino del usurpador. Por supuesto, la usurpada vetó la asistencia de más extraños.

Cuando volví a encontrarme con Diego, estaba exultante. Los sonoros apellidos recién estrenados —me ofreció su nueva tarjeta, cosa nunca vista entre amigos—, la intimidad conseguida con esa familia, lo grata que resultó la Nochebuena, las bromas de don Fernando...

—Y me ha dicho que las operaciones particionales, la aceptación de la herencia de doña Dora y las donaciones que le hará a su hija quiere formalizarlas conmigo —me relataba, como complemento a los muchos detalles que ya me había proporcionado—. Naturalmente, las condonaré; una cosa así no la voy a cobrar —tampoco lo había hecho con el testamento ni el reconocimiento filial.

—¿Cómo resultó el encuentro entre los nuevos hermanos? —pregunté, pues aún no había visto a Eduardo en lo que llevaba corrida la Navidad para que me refiriese incidencias y ocurrencias.

—Ya sabes lo encantadora que es Lena, no hay ninguna mujer que sepa estar y comportarse como ella. Ni un solo gesto feo hacia Eduardo, ¡qué va! Hubo un momento, durante la noche, en el que hicimos corrillo aparte los tres con Alberto, el cura, y me pareció que entre ellos no existe... acidez. Tampoco puede decirse que fluya una sintonía excesiva, que tampoco tendría por qué existir entre dos personas que se acaban de conocer. Dos personas correctas, sí. Creo que acabarán llevándose bien. A Eduardo se le veía relajado, simpático, ingenioso, como es él. Se notaba que intentaba agradar a Lena, aunque para él eso es muy fácil: gusta a todo el mundo.

Así es. Desde sus ojos claros, sin esforzarse, Tancredi —Eduardo— seducía a quien le conociese.

—Te parecerá un detalle tonto —añadió Diego—, pero a mí me pareció un

gesto indirecto, muy positivo, que Lena prodigase mimos a Benito en varias ocasiones, muy cariñosa. Y él le correspondió muy efusivamente.

—Perdona... me he extraviado en tu crónica —dije, algo perplejo ante la aparición de un personaje no solo desconocido, sino que provocaba manifestaciones impúdicas en público—. ¿Quién es ese Benito?

—Ese perrazo de Eduardo.

—Bendicò —puntualicé riendo—. Por lo que dices, fue una noche perfecta.

—Casi... Casi... ¡Sería injusto que me quejase!

—Le declaraste a Lena tu amor —afirmé en tono de burla.

—De eso hace mucho tiempo. No pocas han sido ya las ocasiones en las que he manifestado fehacientemente mis sentimientos a esa diosa —a Diego le resultaba difícil, a veces, desprenderse del estilo jurista—: Múltiples requerimientos para que se allane y acepte la formalización de un compromiso conducente...

—Eso ya lo sabe todo el mundo.

—Bueno, pues en Nochebuena escalé un peldaño más.

—El bendito Alberto se ofreció para santificar vuestra unión —aventuré como hipótesis.

—Menos guasa. Lena ya no me rechaza, me ofrece serias esperanzas.

—Quien la sigue, la consigue —lo felicité.

—Me ha dicho que tenga paciencia, que ahora está muy centrada en su carrera como empresaria, pero que cuando cumpla los treinta o los treinta y cinco pensará en formar una familia y que yo... ¡yo! Bueno, ¡que soy el candidato mejor situado! Si me hubiera dado un sí definitivo, rotundo, inminente... entonces sí habría sido una noche perfecta pero, como ves, no es poco lo obtenido.

Me quedé en silencio.

—¡Ojo! Que esto es un secreto —continuó, entusiasmado—. Literalmente me ha dicho: “proscrita la palabra *novios*”. No quiere que se lo digamos a nadie. Si te lo he contado ha sido... ¡ha sido porque, si no, reviento! Y porque sé que se te puede confiar cualquier cosa.

Persistí en mi mutismo. Había un engranaje en lo que Diego me contaba chirriando como un motor sin aceite. Intenté lubricarlo con alguna explicación. Por otra parte, no dejó de halagarme el plagio que Lena hizo de la prohibición que yo mismo le hice cuatro veranos atrás. Indicaba que esa frase permanecía clavada, como una espina, en algún lugar.

—Reconozco que tiene razón, entiendo que me pida paciencia. Después de todo ahora solo soy un notario de pueblo. Pero en algunos años puede llegarme Madrid. Ahora no es como antes, que necesitabas tener más antigüedad que Matusalén para acceder a la capital del reino. También voy a preparar oposiciones entre notarios, para ascender más rápido en el escalafón, por si acaso. Fíjate que he compartido con ella mis proyectos y creo que hasta se ha ilusionado. Me dice que buscaríamos algún local en la calle Serrano, en Velázquez o, en fin, alguna calle del barrio de Salamanca; el cogollito, ya sabes. Que ya se encargaría ella de decorarlo con clase y de buscarme buenos clientes...

—¿Has oído hablar de un tal Augusto? —interrumpí sus delirios porque necesitaba tener una coherente visión de conjunto—. Creo que le llaman “Gus”.

—Claro que sí. No hace mucho tiempo estuvimos cenando con él y su novia en un restaurante que han abierto...

—¿Su novia?

—Sí, muy guapa. No creo que Gus sea gay —respondió Diego, algo escamado—. Y, si lo fuera, pues habríamos cenado con su novio; yo no tengo problemas con esas cosas. Es socio de Lena y se llevan bien. No creas, es muy común que los socios acaben a la greña, pero no parece el caso. ¿Por qué me preguntas ahora por Gus?

Era evidente que el microescándalo del cóctel de La Loba permanecía oculto para el notario de Villaquejigo. Llevaba algo menos de dos años en la plaza y para cuando se instaló ya era noticia vieja, marchita. *Prescrita*, habría dicho Diego. Parecía que también lo estaba mi corto affaire con Lena, pues jamás me había hecho referencia alguna. Pero que desconociese que el gusano había sido su novio parecía excesiva oscuridad para afrontar una relación que pretendiera ser permanente, estable, mínimamente honesta. En la entrevista que mantuve unas semanas atrás con don Fernando, este me había hecho creer —quizá porque él mismo así lo creyera— que Gus continuaba arrimado a la vida de su hija más de lo que a él le gustaba, mostrándome sin tapujos que haría cualquier cosa por separarlos.

—No sé —respondí, porque no encontré otras palabras que contuvieran menos falsedad para evitarle a mi amigo que esos rincones oscuros se iluminasen en exceso, algo que se me presentaba como indigno—. No importa. Habrá sido por lo de buscar buenos clientes, lo habré asociado a ese Gus porque lo conocí en una ocasión y me pareció un buen cliente.

De prostíbulos, pensé para mí.

LA ORDEN DE LOS CABALLEROS DE MALAGANA

Don Fernando y su hijo quedaron instalados definitivamente en La Loba cuando la flor de los almendros anunció la primavera. La principal reforma consistió en habilitar un palomar medio abandonado como biblioteca a la que trasladar todos los libros de la casa de Villaquejigo, los del chalet madrileño — Lena no se opuso— y los de Eduardo. Tal era el caos que se contrató a Mara, una biblioteconomista, para poner orden entre tanta sabiduría desperdigada. Mara creó una metódica base de datos en una aplicación informática al efecto, un trabajo que le llevó unos tres intensos meses. Concluido el mismo era posible encontrar rápidamente cualquier libro por título, autor, materia, editorial...

—Trece mil seiscientos catorce, por ahora —Eduardo nos resumía el inventario de los libros mientras, orgulloso, nos mostraba la amplia biblioteca a mi hermano Javier y a mí, ya repleta y ordenada. Aunque sería más preciso definirla como “elevada biblioteca”, no tanto por lo sublime de su contenido como porque era más alta que ancha—. Sin contar los libros electrónicos que tengo aquí —palmoteaba su Kindle Paperwhite—. No sabéis cómo deseaba tener un lugar así, mi torreón.

Desde su aparición en Villaquejigo Eduardo no había perdido el tiempo. Primero como enólogo, pasando horas, días enteros, recorriendo todos los rincones de la bodega con su padre y Julián, el enólogo que hasta entonces tenían, preguntando cómo se llevaba a cabo tal proceso o por qué no se hacía de este otro modo, si tenía cuáles ventajas. Indagaba sobre tiempos y temperaturas de fermentación, sobre monitorización de parámetros de los mostos, criterios seguidos en separaciones y mezclas, filtros, barricas... El enólogo fue despedido al quedar de manifiesto lo zote que era.

Por entonces Eduardo ya tenía varios amigos, que compartíamos. Adquirió su primer enemigo con el despido de Julián.

Cuando supervisó la poda de los viñedos sucedió algo parecido con el capataz de la cuadrilla, demasiado acostumbrado a que le llevasen el botijo y a no dar explicaciones. Segundo enemigo. Algo mejor le fue al administrador encargado de la gestión del resto de la finca, aunque tuvo que mostrarse muy sumiso cuando el advenedizo hijo de don Fernando le enmendó algunas rutinas, desaconsejables, en el uso de abonos, fitosanitarios, labores, control de riegos, contratos... Conservó el trabajo, pero su corazón quedó envenenado por el rencor.

Ramón, el mayoral del ganado, pudo sufrir parecida suerte, pero en este caso Eduardo no se mostró tan estricto al señalar algunos defectos. Las novelas pastoriles habían hecho que anidase en su alma un reverencial respeto por la figura de los conductores de ganado. Que algunos héroes de *La Ilíada* fueran tratados como “pastores de hombres” tuvo también su influencia, de tal manera que Ramón y Eduardo entablaron una respetuosa cordialidad.

Don Fernando disfrutaba observando el empuje de su hijo, la determinación con la que afrontaba las tareas que asumía, sus dotes de mando y capacidad organizativa, que buena falta hacían para poner al día una explotación que hasta entonces había estado administrada con la desidia y distancia de un propietario abstencionista. Delegó totalmente.

Eduardo también tenía vocación ganadera —microganadera, para ser más precisos—. No tardó en adquirir veinte colmenas en las que aplicar los conocimientos transmitidos por Karl von Frisch en su fascinante libro. Las instaló en un monte cercano al palomar-biblioteca, pero las trasladaba con frecuencia si le interesaba favorecer la polinización de los almendros, manzanos, girasoles... Aunque ni la obtención de simple miel ni las virtudes polinizadoras de los himenópteros eran los aspectos que más le interesaban de las abejas.

—¿Conocéis, aparte de los frutos secos, algún alimento que pueda almacenarse sin que le afecte el tiempo? —nos preguntó a Javier y a mí, mientras nos instruía sobre su proyecto—. A pesar de su gran contenido en azúcares, en nutrientes muy apetecibles para las golosas bacterias o los insaciables hongos, la miel permanece inmutable sin necesidad de procesos artificiales. Creo que no soy yo el primero al que se le ha ocurrido la idea de añadir miel al vino, pero si alguno ha tenido éxito mejorando sus caldos, cosa que sospecho, ha callado su secreto. Eso mismo espero de vosotros: juramento de silencio para lo que ahora os será revelado.

Juramos. En los próximos años Eduardo reservaría una parte de la uva, que vendimiaría sin madurar, para producir un vino al que no añadiría producto químico alguno para estabilizarlo. Eso le habría impedido crear reservas o grandes reservas. Había estado planeando, mientras leía enología, apicultura y filosofía, que transmitir las propiedades de la miel al mosto, antes de que fermentase, produciría un gran vino. Así —pensaba él— le estaba aportando los azúcares que se transformarían en alcohol y la estabilidad se la proporcionaría los misteriosos elementos de la miel.

—¿Y la filosofía? —preguntó Javier, algo escéptico.

—La miel que utilizaré será la que habrán elaborado las abejas con los

azúcares que yo les proporcionaré al dejar delante de las colmenas uva madura a medio triturar. Miel de uva para hacer vino —susurró, como la clave de su secreto—. Es la ley de la afinidad de todos los conceptos, de Kant, llevada a la práctica. El paso continuo de una especie a otra por medio del aumento gradual de su diferencia...

—Tendrás ya un nombre para ese néctar —interrumpí, por la escasa disposición que en aquella tesitura yo tenía para escuchar una sesuda conferencia.

—Capítulo XXXI —anunció, orgulloso y enigmático.

—“...arrojaré el mojicón que derribe una peña”—evoqué.

—¡Bravo! —exclamó Eduardo con entusiasmo—. Jamás pensé que encontraría a nadie capaz de asociar la marca de mi vino con ese quijotesco capítulo, ¡y tú lo has conseguido a la primera!

Javier solicitó explicaciones.

—Se trata del capítulo XXXI del Quijote, en el que Sancho, que va a pelearse—ilustró Eduardo—, afirma que, si prepara la contienda espetándose, entre otras cosas, media docena de tragos del “*tinto de Villaquejigo*”, arrojará ese mojicón que le hará invencible, como si hubiera libado de la marmita de Asterix.

—¡Ténganse sus mercedes! —replicó Javier, adoptando el castellano antiguo—. Que, si sus personas son muy leídas, el que pregunta no debe ser tenido por lerdo. Capaz fui de leerme de corrido la imperecedera obra de Cervantes, donde no hallé pasaje alguno que mencionase esta muy noble y leal villa. Y juro que no hubo descuido por mi parte, que ni sílaba se perdió por requerir a mozas de partido ni por otros pasatiempos más honestos.

—¿Cervantes? Os referís a ese “*tan mal contentadizo que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos. No nos canse*” —repliqué, siguiendo el juego.

—Percibo, hermano, que aqúeste es lance de encrucijada —continuó Javier, mostrándose ofendido y bravo—; que habré de tomar las armas y requeríos satisfacción al haber agraviado al farol que alumbró la literatura toda, al que tengo por pariente.

—Sosiégúense sus mercedes —intervino Eduardo, recurriendo también al viejo castellano— y no haya pleito por tan poco, que ese Sancho es tan bastardo, a lo menos, como yo; que no lo trajo al mundo don Miguel, sino algún bellaco que se encubrió bajo el falso título de licenciado y el no menos engañoso apellido de Avellaneda. Mas, justo es reconocer, que, si la péñola del genio de Alcalá se olvidó de esta villa, el Quijote apócrifo dejó bien sentado que siempre

hubo buenos vinos sobre este solar.

—O, a lo menos, con virtudes de marmitas encantadas —añadí—. A vos corresponde, ahora, ganarles fama con el conjuro de vuestras abejas.

Tanto nos gustaban los clásicos castellanos y tan divertido nos resultaba hacer quiebros con la expresividad antigua que a partir de entonces recurriamos con frecuencia a esas travesuras, sin otro pecado que acabar riendo. Alguno de nuestros amigos resultó también buen componedor de frases viejas, uniéndose a los disparatados diálogos que, solamente por jovialidad, despachábamos en largas veladas a la luz de una hoguera en el claro de algún bosque, en lo más despejado de una abandonada era o entre las ruinas de un desamortizado convento.

A todos nos superó Ricardo, otro de nuestros amigos, pues a su habilidad para encontrar términos antiguos se sumó su talento de poeta.

Cuando no se habían cumplido ni siete meses desde la llegada de Eduardo a Villaquejigo se había formado a su alrededor un grupo de personas que nos reuníamos con cierta frecuencia, casi siempre en el campo, en alguna de las fincas familiares, aunque preferentemente en Malagana. Bebíamos, comíamos, comentábamos lecturas, películas, viajes, música... reíamos y gozábamos de la amistad cuanto puede hacerse. Excepcionalmente podía encontrárenos en los locales de la población. Nunca en sus discotecas. Jamás en un estadio. Alguna vez en fiestas. Siempre en las mágicas noches de su carnaval.

Quiso Eduardo, contagiado por mi pasión, tener también un caballo. Un día nos fuimos al hipódromo de la Zarzuela y allí compramos un precioso alazán, pura sangre inglés, un animal desechado porque no había demostrado sobre la arena poder vencer a sus congéneres en competición pero que superaba en salud, velocidad y fortaleza a cualquier otro de razas no corredoras, con la ventaja de poder adquirirse a precio de carne. Los de Malagana tenían el mismo origen.

Siempre buscando una relación literaria en todos los aspectos de su vida, lo bautizó como *Almanzor* —le importó bien poco, como a don Alonso Quijano, que otro nombre pudo tener en su pasado como atleta—. Así se llamaba la montura de una seductora dama francesa, un personaje de una novela titulada “*El Usufructo*”, que le fascinó.

Una mañana cabalgábamos los dos —entre Malagana y La Loba no hay más de quince minutos de galopada—cuando me propuso uno de sus juegos:

—Deberíamos fundar una orden de caballería. De caballería andante y, por

supuesto, secreta. Ya que formamos un conjunto humano —se refería a las amistades que compartíamos— con afinidades extrañas para los bellacos, triviales, soeces, iletrados, superficiales y manipulados tiempos que nos ha tocado vivir, imitemos a los antiguos y distingámonos de la multitud bajo el amparo de una hermandad donde queden establecidos valores que nos identifiquen.

Verdaderamente, cuando corría el año dos mil doce, el nuestro era un círculo extravagante. Aunque todos disponíamos de un maravilloso smartphone, no estábamos al servicio de él. No se había dado entre nosotros la morbosa adicción a las redes sociales, la impúdica exhibición de fotografías con el plato que nos íbamos a comer, ni el detalle de las actividades que realizábamos; ni como grupo, ni individualmente. Ignorábamos qué equipo ganaba la liga, qué noviazgo había iniciado tal pedorra salida de un reality con cuál fornido cantante, ni si tal ciudad había caído “rendida” ante el recital que dio en ella una diva de pop y silicona. Tampoco estábamos al tanto de quién lideraba las manoseadas encuestas políticas, ni se nos daba un ardite, pues tal era el desprecio que sentíamos hacia la política-marketing que pretendía invadir nuestras vidas, que ya eran incontables los plantones que les habíamos dado a las urnas cuando éramos convocados para dar nuestro plácet a quienes codiciaban apacentarnos. Visitábamos la televisión tan solo cuando en algunas series —hermanas del cine, primas del teatro y, con frecuencia, hijas de libros— se reunían los ingredientes suficientes. Ni noticiarios, debates, concursos o magazines distraían nuestra atención de libros, viajes, exposiciones o tiempo dedicado a meditaciones y fantasías al arrullo de la música.

También se daba la circunstancia de ser todos célibes, que no es lo mismo que castos.

Éramos unos raros. Algún mago encantador nos había reunido en aquel tiempo y en aquel lugar en mitad de La Mancha. Eduardo quería que quedásemos agrupados bajo un nombre, un estandarte. Nada más apropiado que imitar a las antiguas órdenes de caballería que antaño se enseñorearon de aquella inmensa llanura bajo las cruces de Santiago, Calatrava o San Juan. Templarios también, pero éstos tuvieron un papel bastante deslucido en los manchegos campos.

—Que me place —le contesté, abrazando su envite con entregada conformidad—. Menester será, como primera diligencia, que nombremos un maestro al que jurar obediencia.

—Ese es asunto ya resuelto, que ninguno reúne en su persona mayores ni

mejores méritos que vos, señor marqués de Malagana. Ahorradme, por ser asunto prolijo, que enumere las virtudes que os hacen merecedor de ostentar nuestro liderazgo.

—Muy honrado quedo —agradecí sinceramente que, aunque aquello no era más que una travesura, me distinguiese con la más alta dignidad—. Decidme, pues, qué nombre tenéis pensado para esta singular orden, cuál habrá de ser la cruz bajo la que combatamos, dónde y cómo reuniremos los capítulos, quién habrá de ser su clavero. Pues adivino que en vuestro caletre ya tenéis formado cabal dibujo de como han de ordenarse estas cosas.

—Señor maestro: pues no existe otro lugar que a todos nos sea más grato, ni en el que se estimule mejor nuestro ingenio, yo os ruego que a esta singular orden le permitáis llevar el nombre que adorna vuestro señorío y que nos honremos al poder llamarnos caballeros de la Orden de Malagana —Eduardo solemnizaba admirablemente, con su voz grave, estas proposiciones—. En Malagana, y no en otro lugar, habrán de reunirse los capítulos. La forma que haya de tener la cruz que nos guíe confiémosla al arte de los pinceles de Raquel, la dama de vuestro hermano, a quien desde ahora llamaremos señora de la Casa de la Piedra.

—Permitidme, señor, que os proponga como clavero o encomendero mayor —repliqué—. Y decidme con que título habré de trataos, pues siendo vos Tancredi es sabido que estáis emparentado con la más alta nobleza, no solo de Sicilia, sino hasta con la Grandeza Española, que fueron muchos y gloriosos los siglos que ese reino estuvo sometido a nuestra corona y allí quedó la semilla de su mejor aristocracia.

—Meditado tengo que conde de la Bernagosa se acomoda a mi linaje, pues en los extensos señoríos de mi noble padre un paraje se conoce con ese sonoro nombre y en tal lugar es donde invernan mis abejas merinas —en efecto, por ese nombre se conocía el monte próximo al caserío de La Loba—. Mas permitid, maestro, que la dignidad que ostente en nuestra orden sea la de *trece*, el caballero que usa hábito negro.

—Compláceme concedéoslo —asentí, mientras Almanzor cabeceaba ratificando mis palabras—. Mas lo de conde se me antoja escaso, pues yo os tenía por duque.

—Duque es mi padre, y no he de consentir que mi dignidad se empareje a la suya mientras viva.

—Conde, pues. Y *trece*.

Nuestros amigos acogieron la idea con arrebatados aplausos. En la primera

reunión que tuvimos —a la que ya podríamos denominar capítulo— para transmitirles la idea de Eduardo, todos afilaron su ingenio para encontrar el título con el que ser nombrados caballeros o damas, ceremonia que solemnizamos días después en una fiesta memorable —con disfraces al efecto— en la que recibieron, arrodillados, el correspondiente espaldarazo de mi mano y con mi espada.

—Yo os nombro conde de Gálvez —ese fue el título que recibió Javier, tal era el nombre de la dehesa de Malagana—. Jurad ahora obediencia a la sagrada Orden de Malagana, lealtad a sus caballeros, vuestros hermanos, y que habréis de mantener el secreto de su existencia.

—Juro.

La liturgia se fue repitiendo, caballero tras caballero, dama tras dama —hicimos cuantas transgresiones a la ortodoxia nos pareció, por aquello de no discriminar por sexos—. Aquel inolvidable día nacieron al mundo el caballero de la Lumbre —Ricardo—, la dama del Cuco, el barón de la Torre de Vejezate, la señora del Cuarto Carrascas, el marqués de Macatela, la señora de la Casa de la Piedra, la dama de La Loma del Castillo, el conde de Gangueras, el señor de Las Zorreras y la marquesa de Moharras. Trece en total, lo que encajó perfectamente con la dignidad que se le asignó a Eduardo dentro de la orden. Esos nombres respondían a parajes o fincas que de un modo u otro se relacionaban con su titular. Ricardo prefirió adoptar un título asociado al fuego, pues ardiente era su temperamento.

A pesar de haber sido emplazado, su señoría don Diego Ruiz de Sax no compareció al no poder compatibilizar su presencia con unas oposiciones entre notarios a las que se presentaba. Ello no impidió que le reservásemos un lugar en nuestra hermandad y le asignásemos un título acorde a su oficio: el caballero de la Péñola. Para hermanos y algún que otro amigo que también faltó a esa ceremonia también decidimos no escatimar honores parejos, al considerarlos dignos de ellos o, simplemente, por prolongar la calaverada que tanto nos solazaba.

—Bien parece —proponía el conde de Gálvez— que sean tenidos por gente hidalga los parientes más próximos a tantos duques, marqueses y condes. Convendrá este capítulo que es de justicia que el padre del conde de la Bernagosa sea tenido como el señor duque de La Loba.

Aplausos.

—Señor conde de la Bernagosa, estaréis con nos en que vuestra hermana

también habrá de recibir dignidad acorde a su estirpe —propuse, acordándome de Lena y de la noche que pasamos en aquel mismo lugar.

—*Principessa* del Cerro Encantado —planteó Eduardo, aplicándole el nombre de un lugar dentro de los linderos de La Loba, famoso por correr leyendas sobre la aparición de una “*encantá*” las noches de san Juan—. Mi hermana no aceptará título inferior al de princesa.

Percibí algún sarcasmo en esta última afirmación.

Así quedó establecida esta anacrónica y singular aristocracia en Villaquejigo.

—¿Solamente caballero? ¿Y de La Péñola? —preguntó Diego, cuando Javier y yo le referimos, minuciosamente, la crónica de la feliz ceremonia de nombramiento de freires—. ¿Qué coño es “*La Péñola*”?

—Péñola es un sinónimo de pluma, preferiblemente de ganso —lo ilustré—. Particularmente se denomina así cuando está afilada y se aprovecha su cañón para almacenar la tinta con la que tantos portentos escribieron los clásicos, hasta que la estilográfica y luego el vulgar bolígrafo la relegaron al olvido. Un instrumento muy anexo a vuestro oficio, señor escribano.

Pareció algo más conforme con esta explicación. Pero venía de una dura batalla intelectual con otros notarios —de la que retornaba vencedor— y seguía escociéndole que no le hubiésemos dado una dignidad de mayor rango. Conde, al menos.

—Así que Lena es nada menos que *Principessa* y yo, que aspiro a su amor, un simple *cabalieri*. Eso tenéis que subsanarlo a la mayor brevedad.

Arreglar este asunto no requería otra diligencia que decirle que eligiese el título y dignidad que más le gustase, como hicimos todos; que a partir de entonces así quedaría asentado en los Libros de la Orden que teníamos pensado elaborar para dejar constancia de nuestras inocentes insensateces. Así se lo iba a transmitir cuando Javier, pensando que era una puerilidad merecedora de burla discutir algo así por parte de Diego, intervino:

—No es tan sencillo, Diego. A un simple hidalgo le está perdonada la pobreza llevada con decoro, pero si aspiras a la alta nobleza en tu expediente deberá quedar acreditado que posees solar conocido. Es decir, tierras. ¿Posee tu familia alguna heredad en Sax? ¿Tal vez en Alarcón, fortaleza famosa, refugio de infantes de Castilla?

Diego negó y yo, siguiendo la broma iniciada por mi hermano, continué:

—Pues la subsanación requiere que adquieras algunas tierras. Aunque yo

tampoco me inquietaría mucho por eso, si lo que te hace cosquillas es aparecer menguado ante la *Principessa*. Bien se ve que no has leído suficientes libros de caballerías, en los que aparecen infinitos ejemplos de simples caballeros que acudían al rescate de princesas, ganando el amor de estas con la fuerza de su brazo o con la galanura de sus palabras. Recuerdo ahora a Belianís de Grecia, o a Felixmarte de Hircania...

—¿Cuánta tierra? —preguntó Diego, que claramente optaba por lo primero.

—Hombre... Yo diría que con cincuenta hectáreas bien contadas—Javier interpretaba el papel de erudito heraldista— podrías aspirar a una baronía. A partir del doble, con cien hectáreas, mejor alguna de más que de menos, un condado podría concederse. Si ya nos ponemos a hablar de ducados...

—Suficiente con un condado —cortó Diego—. Más que suficiente y muy al pelo. Precisamente, comiendo hoy con Sebastián, el secretario del juzgado, me ha contado que se va a subastar una finca en este término, con casa y corrales. Son ciento veintisiete hectáreas. Pujaré y me la quedará.

Miré a mi hermano pensando que estábamos llevando la broma demasiado lejos, algo que captó al vuelo. No por ello desistió, pues siendo tan evidente la burla se afianzó en que el burlado se la había ganado al no percatarse de la guasa:

—No me digas que ahora vas a hacerte agricultor. ¿Qué sabes tú de campo? ¿Qué tipo de tierra es: seco, viñas, regadío?

—Eso me tiene sin cuidado. Bienes raíces son bienes raíces, una inversión.

Lo primero que decidió Diego, incluso antes de ir a ver la finca en cuestión, fue cambiar su coche —un turismo todavía muy nuevo— por un todoterreno que fuera imprimiéndole a su persona aires de terrateniente. Un flamante Range Rover “*full equip*” ocupó su plaza de garaje. Unos botos camperos, encargados a unos artesanos de Montoro, pasaron a ser su calzado habitual mientras estaba en Villaquejigo y fuera de su despacho.

Eduardo, Javier y yo lo acompañamos a visitar por primera vez aquellas tierras antes de que se celebrase la subasta. Estaban al sur del término, en las agrestes estribaciones del Campo de Montiel, siendo un terreno casi exclusivamente de monte bajo, bueno solamente para criar alguna caza, aunque demasiado pequeño para ser un coto digno de tal nombre. Además, a Diego no le gustaba cazar. La casa necesitaba bastantes arreglos, pero era bonita, bien ubicada, con un par de torreones. Ni agua, ni fluido eléctrico. ¿Quién pujaría por una tierra así?

—Lo peor de todo —me comentó Eduardo, divertido— es el nombre. Yo no quiero ser cuñado de “El conde de El Paparrocho”.

Nada de esto desanimó a Diego.

Sin embargo, aunque yo tardaría todavía algún tiempo en conocer la verdadera causa, finalmente Diego no participó en la subasta. No quiso que se hablase más del tema, conformándose con ser el caballero de La Péñola.

LA CABALGADA

Primero escuché el atropellado sonido de los cascos retumbando sobre la tierra. Luego vi la sombra de un caballo a galope tendido entre los pinos, como una visión estroboscópica que se cruzaba delante de mí, obstaculizada por los troncos del pinar del Cuarto Carrascas mientras yo paseaba solitario a lomos de Ulises, mi caballo, al que dije antes de lanzarlo tras aquel insolente intruso:

—¡Aventura tenemos, amigo!

Cuando salimos de la arboleda a campo despejado pude ver cómo el jinete del otro caballo lo introducía por un camino distinto en el mismo pinar del que yo acababa de salir. Conocía esa senda y sabía cómo cortarle el paso, por lo que un par de minutos después lo esperé, con sereno continente, en un claro por el que debería pasar.

Al detectar mi presencia el jinete frenó su caballo, poniéndolo al trote y enseguida al paso. Inmediatamente reconocí a Almanzor.

Su jinete resultó ser amazona.

—Señor marqués de Malagana, qué honor y qué placer encontrarme con vos en lugar tan apartado —saludó mientras palmeaba con su guante el sudoroso cuello del palafrén, que resoplaba por el esfuerzo al que había sido sometido.

—*Principessa* —dije, cortés, mientras desmontaba—. No existe lugar apartado si las apariciones que en él acontecen son tan gratas como la vuestra.

Eduardo nunca me hablaba de Lena, ni yo preguntaba. Que le hubiera prestado a Almanzor me sorprendió, no porque le faltase generosidad a mi amigo —que le sobra—, sino porque indicaba que entre ellos se había establecido algún tipo de entente cordial, tal y como diagnosticó Diego. Eduardo obvió con su hermana un aforismo muy gastado entre caballistas: *“la mujer y el caballo, que no te los monte nadie”*

Si, como se colegía por el título con el que Lena se había dirigido a mí, Eduardo también la había introducido en los secretos de nuestra orden, era claro indicio de que los hermanos se estaban aproximando, colmando así los deseos de don Fernando.

Aunque de nuestra hermandad también pudo haberla informado Diego.

Lena desmontó también y me dio un tierno beso en la mejilla. Comenzamos a caminar con nuestros caballos cogidos por las riendas.

—Ignoraba que supieses montar —dije, para introducir la plática—; mucho menos que fueras tan decidida amazona, que Almanzor no es caballo

para cualquier jinete. Tuve que darle algunas clases de hípica a Eduardo antes de que se atreviera a salir a campo abierto con él.

—Ya sé que sois grandes amigos —me decía Lena mientras yo observaba cómo se daba golpecitos con la fusta en las botas, de lo que se dio cuenta enseguida—. ¡Ah! Descuida, que no he tenido que utilizarla con este maravilloso animal; llevo la fusta solamente para presumir, por coquetería.

Con qué encantadora facilidad se colocaba Lena en el terreno de lo frívolo.

—Antes tenía un árabe precioso, en Puerta de Hierro, por eso monto sin miedo —continuó—. Salía con Omar casi a diario, pero después me quedé sin tiempo para hacerlo y lo tuve que vender. Una lástima.

—Podrías haberlo traído a La Loba, Ramón te lo habría cuidado tan bien como lo hace con Almanzor.

—Entonces sí que se habrían pasado años y años sin montarlo. ¿Sabes el tiempo que llevaba sin aparecer por aquí? —me preguntó—. Sí, lo sabes. Solamente vengo las Nochebuenas, y por papá. Créeme, no tengo tiempo. Viajo a Suiza unas veinte o treinta veces al año, paso más tiempo allí que en España.

Habían pasado casi seis años desde nuestro encuentro a la salida de su peluquería. Lena había padecido una profunda metamorfosis, apreciable a simple vista. Ya no era una jovencita de pandilla pija de los veraneos, sino toda una mujer con la expresión en el rostro de un curtido marinero que ha tenido que afrontar mil tempestades. No por ello había menguado su belleza, sino que estaba acentuada por una extraña y altiva serenidad, que solamente podrían haber plasmado en un lienzo el divino Rafael o el maestro Da Vinci. A pesar de ello, no renunciaba todavía a la superficialidad, aunque creo que por entonces era un artificio más de esas mascaradas en las que, según don Fernando, era consumada maestra.

—¿Cómo ahora te dejas caer por acá? —pregunté a Lena.

—Porque tenía ciertos asuntos que resolver. Te haré un inventario: primero con mi padre, al que le pedí que me regalase un cuadro que debe de tener bastante valor. Como es un cielo, que nada me niega... ¡Bueno! Tampoco es que me lo vaya a dar sin condiciones. Quiere que lo llevemos primero a tasar a Sotheby's y que le firme un recibo, para que su valor se colacione luego como adelanto de mi herencia —levantó sus ojos al cielo, como quien hace un supremo ejercicio de paciencia—. Se trata de un Jan van der Heyden, unas vistas de calles y canales del Ámsterdam del siglo XVII. Lo heredó mi padre de su abuelo quien, a su vez, lo recibió de un alemán que estuvo por aquí tras la Segunda Guerra Mundial, y no me preguntes más. ¿No lo has visto?

Lo conocía, porque don Fernando lo mostraba a amigos de confianza. Era una maravilla, la mejor pieza de su colección; le dolería desprenderse de ella al señor duque de La Loba.

—Ha ocurrido una cosa muy extraña con esa pintura —continuó—. La estábamos empaquetando, para que fuera protegida en el viaje a Madrid, cuando al moverla hemos escuchado que había algo suelto en su interior. Hemos desmontado el complicado bastidor y ¡sorpresa! ¿Qué había tras el cuadro?

—Una carta para retar a duelo a un rival amoroso —aventuré.

—No, tonto. ¡Un cuchillo! Pero no un cuchillo antiguo y rumiento... sí, algo sucio sí estaba. Un cuchillo de cocina como los de ahora, como el que puedas comprar en cualquier supermercado, de lo más normal y corriente, aunque, eso sí, cuidadosamente envuelto en una bolsa de plástico.

—¿Qué explicación le ha dado tu padre a un hallazgo tan extravagante?

—Primero se ha puesto muy serio —Lena ponía morritos y mirar grave—, pero luego se ha puesto a reír como loco y no me ha dado ninguna explicación —mímica perpleja—. Bueno, fin del cuadro. La segunda causa por la que he venido es porque... ¡me moría de ganas de montar el caballo de Eduardo! De galoparlo por estos caminos abiertos. Me lo ofreció el otro día cuando hablamos por teléfono y aquí estoy. Me ha contado que lo asesoraste cuando lo compró. Has acertado de pleno, ¡qué bestia!

—Es un caballo soberbio.

—También me ha contado el juegucito ese que os traéis de caballeros andantes; por cierto, gracias por admitirme, señor maestro. Sé que fuiste mi abogado.

—Pensaba yo que de esos asuntos te habría hablado Diego —introduce así el tema que me interesaba—. Me consta que os veis con frecuencia y supuse que se habría pavoneado contigo de su título, rango y demás incidencias que tuvo su incorporación a nuestra hermandad.

—¿Diego? —preguntó extrañada—. ¡No me digas que el señor notario anda acometiendo molinos de viento en vuestra compañía! Nunca lo habría imaginado... ¡Tan serio! Precisamente hoy como con él, y este es el tercer motivo que me ha traído a Villaquejigo: unas escrituras que me urgen mucho y él se ha prestado a resolverme el problema con su proverbial eficacia. ¿Por qué no te apuntas a comer con nosotros?

Decliné la invitación contando con la sólida y verdadera excusa de entrar de guardia antes de que pudiéramos comer, pero en realidad no quería interferir el encuentro ni hacer de carabina. Sin embargo, no me resistí a referirle el modo

con el que Javier le indujo a que se comprase unas tierras para sentirse digno de ella.

—¡Ese es mi Diego! —exclamó entre risas—. ¡Es tan cielo!

—Por lo que él me cuenta, está muy ilusionado contigo.

—He aquí el cuarto motivo —dijo muy seria—. Tenía que hablar contigo y aclararte algunas cosas que, por lo que Diego me ha contado, de conversaciones o no sé qué confidencias que os traéis, hayan podido crear en ti una mala impresión sobre mí.

—Lena, yo tengo de ti la mejor de las impresiones. Una insuperable opinión. No pensarás que yo le haya ido a Diego con cuento alguno sobre nosotros. Creo que no sabe nada de lo que pasó hace algunos años y, si alguna cosa ha escuchado, será bien poco, que a nadie le he contado jamás lo que pudiera suceder en aquellos breves días.

—Yo tampoco —afirmó rotunda, aunque noté que enseguida flaqueó esa firmeza—. En realidad, sí. Mamá lo sabía, pero con ella ya sabes que nuestro secreto está bajo llave, demasiado bien guardado. Descuida, nunca he recelado de tu integridad ni de tu silencio. Se trata de lo que tú puedas pensar de mí: que estoy jugando con Diego y con Gus... Con Gus y con Diego, porque me dijo que en una de esas conversaciones sacaste a colación a Gus, sin venir mucho a cuento, sin poderle explicar luego qué tenía que ver Gus...

—Es cierto, así fue. Lo lamento si eso te ha causado algún inconveniente.

—Ninguno, no. Lo que quiero es explicarte lo que realmente sucedió hace seis años. Hace mucho tiempo que lo siento como una deuda y ahora es el momento oportuno.

—Pues si crees que tienes algún débito conmigo, adelante —le dije—. Paga.

Se detuvo y, colocándose frente a mí, tomo aire y lo soltó:

—Gus nunca ha sido mi novio. Ni antes del cóctel, ni después. Ya está.

—¿Ya está?

—¡No, hombre! Ya está lo principal, deja que te explique el resto.

Realizó una pausa, en la que acarició la frente de Almanzor, y prosiguió:

—Gus y yo habíamos constituido unas sociedades, teníamos un desmesurado proyecto para el que necesitábamos inversores. Se me ocurrió que uno de ellos podría ser mi padre, pero también que entre los padres de mis amigos de Villaquejigo y los de Marbella encontraríamos quien aportase dinero. Para darle una apariencia de mayor solidez al proyecto y tener una excusa para reunirlos, le propuse a Gus que lo planteásemos como la presentación de mi

novio en Villaquejigo. Otro tanto haríamos en Marbella.

—Una mentira.

—En el mundo empresarial se llama marketing —replicó algo molesta—. El caso es que tuvo que meterse por medio la tonta de Menchu que pilló a Gus con su novia, que llamó a casa, que lo cogió mi madre que puso el grito en el cielo... Cuando me encontraste llorando en el jardín estaba dominada por la rabia, queriendo ahogar a Menchu en aquella piscina, furiosa. Pero no por cornuda, sino porque el proyecto, en el que ya teníamos comprometidos muchos gastos, posibles clientes, préstamos... se nos escapaba por la alcantarilla. Tuvimos que endeudarnos más, aceptar nuevos socios... ¡ay, nuevos socios! Todavía continúa la pesadilla. Menos mal que apareciste tú y durante cuatro días pude olvidarme de aquello, mi caballero andante.

—Con nuevas mentiras —apunté.

—Minimizando daños, decimos en el mundo empresarial.

Noté que mi última frase le había hecho daño. Se quedó silenciosa, reprimiendo el llanto, hasta que explotó:

—¡No, por favor, por favor! —comenzó a suplicarme—. No creas que en lo que a ti concierne hubo alguna mentira por mi parte. Son los días más felices que recuerdo y, desde entonces, tanto esfuerzo... Bueno, perdona, perdóname; no quiero montarte escenitas, ¡qué va a pensar Almanzor!

Se echó en mis brazos entre risas y llantos, soltando la rienda de su caballo, que no se marchó para su cuadra porque el instinto gregario lo mantuvo junto a Ulises.

—Vale, bien, no tienes que preocuparte —intentaba consolarla acariciándole el pelo—. Yo nada te reprocho, de verdad. Cuenta conmigo siempre. Más ahora, que eres princesa de nuestra sagrada orden. Se que fuiste sincera en lo más importante que sucedió aquellos días; no lo he puesto en cuarentena nunca. Yo también lo fui. Solamente digo que algunas mentirijillas hubo, ¿no?

—Gracias, Álvaro. No te imaginas la importancia que tienen para mí esas palabras que acabas de pronunciar —decía, mientras se recomponía, sonreía y retomaba la rienda de Almanzor—. Ahora me siento infinitamente mejor.

—¿Cumplido el cuarto objetivo de tu viaje?

Sonrió maravillosamente y entonces emitió el enigma que me mantendría intrigado algunos años:

—Falta el quinto: la espora. Tenía que venir a ver como evolucionaba mi espora, pero eso ya está hecho.

—¿Una espora?

—Cosas mías. Tengo que irme —dijo, tan contenta que el súbito cambio de humor parecía corresponderse con el de una loca.

—¿Permite su alteza que este pobre caballero la escolte hasta sus estados?

—Marqués, si no os avergüenza que vuestro caballo quede humillado por los bríos del mío, os concedo la merced.

Le sujeté el estribo para que trepase a la silla y salimos a todo galope hacia La Loba. Ambos montábamos como los jockeys de carreras: silla inglesa, de pie sobre los estribos, cogidas las riendas con ambas manos, apoyadas estas sobre el cuello de nuestros caballos, inclinado el tronco hacia delante.

Al principio dejé que tomase la delantera, no solo por el deleite de ir admirando su buena escuela, sino por reservar a Ulises para el ataque final; no en vano, aquello era un desafío.

Cuando quedaba una legua corta para La Loba, solté la rienda de mi caballo y lo animé con voces para que rebasase el de Lena, algo que venía deseando Ulises toda la carrera. No le costó nada hacerlo, como yo bien sabía, de manera que llegamos al monte de La Bernagosa guiando yo la cabalgada. Cuando tomé determinado camino escuché a mi espalda los gritos de Lena:

—¡No, Álvaro, por ahí no! ¡Para, por favor, para!

Detuve a Ulises y esperé a que llegase Lena.

Me contó que, cuando era una niña, mientras pedaleaba por ese monte se cayó con la bicicleta en un pozo que acababan de perforar. Tuvo la suerte de poder agarrarse al borde del brocal, pero estuvo un tiempo angustioso sin que se escuchasen sus gritos de auxilio, creyendo que le flaquearían las fuerzas y moriría ahogada en el fondo de aquel tétrico agujero. Afortunadamente, uno de los zagales pudo escucharla y la sacó de aquel infierno. Don Fernando mandó condenar el pozo con una férrea tapa candada y Lena nunca más pudo acercarse por aquel monte, detenida por la ansiedad que le produjo aquella experiencia.

—Me ha hecho muy feliz volver a verte —me dijo, tras haber devuelto a su cuadra al noble Almanzor—. Mucho.

Me abrazó, apoyando su cara sobre mi hombro mientras me daba en el pecho dos golpecitos, como quien llama a una puerta. Luego me miró a los ojos y depositó un dulce beso en mis labios.

—Los besos se roban —dijo entre risas.

—Y la palabra novios queda proscrita.

—¡Pero bueno! ¡Qué malo eres! —exclamó, divertida, mientras me daba con la fusta en el muslo—. No me digas que Diego te cuenta ciertas cosas.

—Y tú no vayas diciendo por ahí que la fusta es solamente coquetería. Alguno podría malinterpretarlo, pensar que tienes ciertas aficiones... ¡Dejémoslo, que tengo que irme!

Mientras regresaba a Malagana, durante la guardia y los días siguientes, noté que, en las conexiones interneuronales de mi cerebro, tal vez en la recaptación de neurotransmisores en las sinapsis, quizá en el hipotálamo, o quien sabe si en lo más profundo de la hipófisis, se estaba produciendo algún desconocido tipo de alboroto.

EL GUSANO

—Te agradecería mucho que vinieses a ver a Fernando en La Loba — Eduardo me llamó cuando yo estaba a punto de tomar un vuelo nocturno de regreso a España desde Turín—. Se niega a que lo lleve a consulta, pero a ti si te recibirá. Y te hará caso. ¿Qué tal el congreso?

—Siempre se aprende algo. Y más en ciudades como ésta. Descuida, mañana temprano estoy allí.

Tos, dolor torácico, pérdida de peso y una hemoptisis en un fumador pueden ser muchas cosas, pero hay que empezar por descartar lo peor. Don Fernando no se negó a que aquella misma mañana le hiciésemos una radiografía de tórax en mi hospital. Una imagen en el ápex del pulmón derecho no permitió descartar lo que más me temía.

—Fernando, te gustan demasiado los habanos. Parece mentira, siendo algo que viene de un país comunista —le dije, evitando ser condescendiente—. Esta sombra de aquí no me gusta nada; no te voy a engañar, ni me andaré con medias tintas.

—¿Cáncer?

—Si me equivoco, seré el primero en alegrarme.

Don Fernando se quedó en silencio, el rostro congelado.

—¿Qué se hace a partir de ahora? —preguntó Eduardo.

—No perder tiempo y prepararse para luchar. Los combates se pierden o se ganan; si no se pelea solamente puede esperarse la derrota.

Les indiqué los hospitales que, según mi criterio, eran los más adecuados para que se pusiese en las manos más eficaces.

Me despedía de ellos en el aparcamiento del hospital, cuando pregunté:

—¿Quién se lo dice a Lena?

Don Fernando emitió un gemido que indicaba que, si seguía hablando, rompería a llorar. Se introdujo en el coche.

—Si queréis la llamo yo —ofrecí—. Este tipo de noticias forma parte del trabajo médico. Precisamente en Turín una ponencia trataba sobre técnicas para soltar bofetones que parezcan caricias. En cualquier caso, Lena me llamaría en cuanto lo supiese.

Don Fernando asintió con la cabeza.

—Álvaro, qué sorpresa, ¡caramba! —la voz de Lena sonaba jovial al otro lado

del espacio radioeléctrico—. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que galopamos juntos?

—Casi dos años.

—Hay que reconocer que estamos mejorando mucho —dijo Lena, que estaba de buen humor—. Nuestros anteriores encuentros estaban separados por periodos de tres años y ahora empiezo a tener la sensación de que nos estamos precipitando.

—No quisiera que pensases que te estoy acosando —le respondí, dando réplica a su ingeniosa ironía—. ¿Tienes un momento?

—Claro, claro. Para ti, todo el del mundo. Estoy en Berna, en Suiza, pero ahora mismo estoy deliciosamente ociosa.

—Me estaba acordando de esa galopada y he caído en la cuenta de que hubo algo que me hubiera gustado decirte entonces —yo intentaba aparentar un tono trivial, como el de dos amigos que hablan con frecuencia y tienen una conversación más.

—Te escucho, dime.

—No me disculpé por haberte ocultado el asunto de Eduardo cuando me llamaste tras el entierro de tu madre. He estado pensando hacerlo algunas veces, saber si te sentó muy mal, ofrecerte explicaciones. No me gustan los asuntos pendientes...

—Era un secreto que te confió mi padre y tú cumpliste —cortó Lena, sin sospechar todavía por qué tortuoso sendero la hacía caminar—. Lo que me habría preocupado, decepcionado, es que hubieses violado ese secreto. Me sentó muy mal cuando lo supe, pero no por ti. No tienes que disculparte.

—Me quedo mucho más sosegado, gracias.

—¿De verdad que me has llamado por eso? —Lena no era tonta.

—Te llamo porque hoy ha surgido algo que me ha recordado aquella conversación. He solicitado permiso para poder ser yo quien te lo transmita y a tu padre le ha parecido bien —hice una pausa—. Lo cierto es que él no quería que te dijese nada, pero lo he convencido porque, después de todo, es posible que no sea para tanto. Sin embargo, yo he pensado que si no te ponía al corriente sí que tendrías motivos para recriminármelo. Si no fuera por esto, habría estado de acuerdo con él en que es demasiado prematuro hablar del asunto.

—¿Qué asunto?

—Una mancha.

Le expuse todo el proceso llevado a cabo con don Fernando aquella mañana.

—Ahora él y Eduardo están camino de Madrid —terminé de explicarle—. Un compañero de carrera trabaja en ese hospital, he hablado con él y empezarán a hacerle todo tipo de pruebas diagnósticas inmediatamente, esta misma mañana. Pero, por ahora, solamente es una mancha en una radiografía.

—¿Crees que debo tomar el primer avión? —me sorprendió su serenidad, Lena había madurado mucho.

—Creo que debes hablar con él y tranquilizarlo; se ha asustado un poco. Si puedes arreglarlo por teléfono, no creo necesario que vengas. Aunque, desde luego, él siempre agradecerá tu compañía. Pero sin precipitaciones, ya sabes, que aprenda de nosotros.

Esta última humorada le hizo reír.

—Iré en cuanto me sea posible —contestó—. Bueno, primero hablaré con él y según lo encuentre... Infinitas gracias. Prefiero que hayas sido tú el mensajero, no lo hay mejor.

Algunos talleres de los que se imparten en los congresos médicos —“congrasas”, los llama un colega que asiste a todos los que puede, por la buena y abundante comida que suele servirse en ellos— resultan muy útiles.

—¿Tú sabes lo que significa “microcítico”? —Eduardo me llamaba, dos días después, mientras leía el informe de anatomía patológica.

—Que, de las dos posibles opciones, ha sido la menos afortunada. Lo siento. No es el final, pero sí el peor enemigo. ¿Está Lena con vosotros?

—Vino enseguida —Eduardo parecía agradecer la presencia de su hermana—. Mientras llegábamos a Madrid llamó a Fernando y mi padre se puso a llorar. Está muy asustado.

—Ahora sí tiene motivos. Intenta transmitirle ánimos al señor duque.

—La *Principessa* lo hace admirablemente.

Tras una intensa semana afinando sobre la extensión y agresividad con la que las malvadas células mutantes invadían, sin contemplaciones, los tejidos de don Fernando, se decidió no intervenir con el bisturí. Sería sustituido su filo por el menos sutil de las radiaciones y por tsunamis químicos, que no discriminan entre buenos y malos mientras arrasan la vitalidad del organismo en el que penetran. Una media de veinte meses de esperanza de vida, aunque con ciertos márgenes a uno y otro lado en la curva de supervivencia.

Don Fernando no estaba dispuesto a pasar ese tiempo entre las paredes de un hospital. Aunque debería ir a las sesiones de radioterapia periódicamente, tampoco quería quedarse en el apartamento de Lena en Madrid —el chalet de

Puerta de Hierro hacía ya bastante tiempo que Lena lo vendió— y, confiando en que yo supervisaría los ciclos de quimioterapia en Villaquejigo, regresó a La Loba.

Al principio me costó convencer a la enfermería de atención primaria para que se desplazasen hasta La Loba con la frecuencia necesaria: a quitar y poner goteros, hacer curas o cambiar sondajes. Una vez más, el encanto de Tancredi prevaleció sobre rígidos derechos sindicales y absurdos reglamentos de personal, existiendo poco después entre las enfermeras más jóvenes una lista de espera para asistir cariñosamente a don Fernando.

—Están adorando el santo por la peana —me comentaba don Fernando, quien había asimilado su situación y la afrontaba con gallardía—. No tomarás en serio a este moribundo, pero puedo asegurarte que ahora estoy más feliz que en toda mi vida. Aunque Lena puede venir muy poco, las veces que lo hace tengo aquí a mis dos hijos, en armonía, entre mis libros y grabados —pasaba casi todo el día en la biblioteca-palomar—, sabiendo que voy a legarles un patrimonio muy importante, sin cargas y muy bien dirigido... ¡excelentemente dirigido! Además, estas pastillas no solo me quitan los dolores, sino que producen un bienestar muy agradable. Aunque muero, por primera vez me siento en paz con la vida. ¡Y me fumo los puros que me da la gana, que más daño no me van a hacer!

Yo estaba en La Loba asiduamente. Eduardo no se separaba de su padre más allá del tiempo necesario para atender la administración de la explotación, o la de sus abejas. Esto último casi siempre lo hacía de noche y nunca lo confiaba a nadie. Charlábamos los tres durante interminables horas, pues don Fernando era un hombre cultivadísimo, muy viajado —ninguna pinacoteca de Europa y alguna de América tenía rincón que no conociese—, lector de raros tratados sobre temas singulares —pues su conocimiento sobre los comunes ya estaba repleto— y poseedor del pródigo anecdotario de quien ha conocido y tratado a muchos de los protagonistas de su época. Un humanista con el que era un placer departir y del que uno se despedía cada día con alguna enseñanza en el morral.

En ciertas ocasiones coincidí con las fugaces visitas de Lena, quien se sumaba a nuestros cenáculos añadiéndoles esa chispa de frivolidad que aligeraba las sesudas conversaciones; tanto, que hasta parecía que se disipaba la densa niebla producida por los puros de don Fernando. Lena jamás reprendía a su padre por seguir practicando actividades tóxicas, ni adoptó en ningún momento el papel de hija protectora que toma el mando porque su padre esté enfermo, grotesca actitud a la que yo asistía ordinariamente durante las consultas del

hospital. Incluso participó en una de las catas que hicimos con una botella de Capítulo XXXI, de la primera cosecha. En años anteriores ya habíamos ido comprobando las virtudes de un originalísimo y delicioso vino, pero en aquella ocasión nos resultó deslumbrante. Lena aportó los adjetivos más entusiastas, pero Eduardo dictaminó que aún le faltaba algún año para ser presentado en sociedad, aunque premió sus elogios con un par de botellas de regalo. Me resultó evidente que los hermanos sintonizaban, al menos en mi presencia. Como dos amigos.

Las visitas de Lena duraban de tres a cinco horas. Algunas veces comía con su padre, pero nunca se quedó a dormir, siempre apremiada por compromisos que yo suponía profesionales. Eduardo y yo la despedíamos mientras se ponía al volante. En una ocasión solamente la acompañé yo hasta el coche, situación que aproveché para robarme un beso con uno de los suyos; aunque más justo sería calificar aquel robo como hurto pues no medió violencia, amenaza, ni fuerza. Decidí absolverla del delito, ya que como eximente debo reconocer que yo lo deseaba tanto como ella.

En la última de aquellas visitas —la más breve— en las que estuvimos juntos los cuatro, cuando Lena nos comunicó que tenía que marcharse, le pidió expresamente a Eduardo que la acompañase hasta el coche. Cuando salimos vi que, en lugar del Mercedes en el que solía venir, había un Jaguar F-PACE. Apoyado sobre una de sus aletas, un pie descansando sobre la rueda, gafas de chico Martini, fumando un cigarrillo como si fuera el modelo chulángano de un antiguo anuncio de coches —los modelos publicitarios hace mucho tiempo que no fuman—, estaba el gusano.

—Eduardo, quería presentarte a Augusto; ha insistido mucho para conocerte desde que probó tu vino.

El gusano se incorporó con aires de suficiencia, caminando con la mano y el brazo extendidos en ampuloso arco hacia Eduardo, mientras tiraba su colilla al suelo como si alguien estuviera obligado a ir luego a recoger sus desechos. A mí, simplemente, me ignoró. No sé si Armani tiene en sus catálogos ropa de tipo sport adecuada para ir al campo, pero, si no era de esa marca, era de alguna otra muy cara la que vestía aquel rufián repijo. Los zapatos ya no eran del tipo superhebillado pero, en cualquier caso, inadecuados para el campo. Su charol aparecía impregnado de polvo, indicio claro de que había estado merodeando por los alrededores mientras esperaba a Lena.

Suelo fijarme en los zapatos; dicen mucho de quien los calza.

—¡Encantadísimo de conocerte, tío! —su voz, como de bóveda, sonaba impostada y falsa—. Quería conocer al hermano de Lena desde hace mucho tiempo, pero desde que pasó por mi boca ese vino de puta madre que haces... ¡pero de putísima madre, tío! Le dije a Lena que ya no podíamos esperar más. Y aquí estoy. Tenemos que hablar de ese vino tan cojonudo; va a ser la hostia cuando se presente en alguna feria del sector y prueben algo así... ¡de La Mancha, tío! Lo van a flipar. ¿Tienes ya pensado algo? Yo conozco al presidente de IFEMA y te puedo conseguir un stand de la hostia, el mejor, tío.

Eduardo también se había fijado en la colilla que había tirado en la puerta de su casa, en la grosería de ignorar a una persona presente y en los zapatos sucios.

—¿No habrás estado paseando por ese monte? —le preguntó, señalando hacia los confines de La Bernagosa.

—Sí, buscando la sombra y para no tragarme la plasta de la espera en el buga, tío. Que ya vale con los kilómetros que hoy me haré dentro del bólido.

—¿No te habrás acercado por unas colmenas de abejas?

—Las he visto y ¿qué quieres, tío?, me entretuve un rato viendo a los bichos entrando y saliendo por la rendija.

—¿Y no te han picado? —Eduardo puso cara entre sorpresa y alarma.

—¡Qué cojones! No, no me han hecho nada.

—¡Menos mal! —exclamó Eduardo—. Se lo tengo advertido a todo el mundo, pero, claro, no sabía que vendría un extraño. Te has librado de una buena y, por fortuna, hoy tenemos aquí a un gran médico que podría haberte salvado en el peor de los casos —señaló donde yo estaba, haciéndome visible para ese grandísimo cretino—. Son abejas del Kurdistán, las más agresivas que existen y las de veneno más letal.

El gusano abandonó cualquier talante autocomplaciente del catálogo que pudiera exhibir habitualmente.

—Conviene no acercarse sin el equipo adecuado a menos de cincuenta metros —aporté yo, para sustentar la burla—. Y aún así no vale cualquier equipo, que sus agujones son como puñales, tío.

—Y siempre de noche, tío —concluyó Eduardo.

Eduardo le había enseñado a Lena las colmenas mientras las tenía en los almendros —ya sabemos que jamás se internaba en La Bernagosa— y le mostró como las abejas se le subían por la mano cuando la ponía en la piquera —la “rendija”, para el gusano—, sin hacerle el menor daño. Eran la común *Apis mellifera* de toda la vida, compradas a un colmenero de La Alcarria. Lena captó

que estábamos empezando a sobrepasar los límites de la guasa y que a partir de ese momento solamente podía continuar un decidido escarnio del intruso, desigual embate llevado a cabo por dos contra uno. Por eso me musitó, entre dientes:

—Es que tengo el coche en el taller. No tenía otra.

A continuación, decidió poner fin a aquello:

—Gus, ya hablaréis de vino otro día, que se nos hace tarde.

—Tenemos que vernos, tío —dijo Gus, mientras sus dedos índice y corazón señalaban alternativamente sus propios ojos y los de Eduardo—. Tengo algunas propuestas.

—Nos damos un toque, tío —contestó Eduardo, imitando el hablar pijo, mientras con pulgar y meñique hacía el ademán de hablar por teléfono.

Luego añadió, para sí:

—¡Gilipollas!

—¡Gilipollas! —repetí yo.

SEGUNDA PARTE

EL TENIENTE CLAVIJO

Todo lo narrado anteriormente fue lo que me condujo hasta aquella mañana de un domingo en la que tuve que levantar el cadáver de mi amigo.

—Llevo ya treinta años de guardia civil y he tenido que ver muchos levantamientos de cadáver. Hoy he asistido por vez primera a una lección magistral, y no sólo de patología jurídica. ¿Ha sido usted forense?

El teniente me hacía esa pregunta mientras Sebastián, el secretario del juzgado que en cierta ocasión informó a Diego sobre la subasta de El Paparrocho, se llevaba a la juez arpía tras los pasos del cadáver de Eduardo.

—Soy alguien que piensa que las cosas deben hacerse bien, lo mejor posible —le contesté con sinceridad—. Le agradezco su cumplido, no le negaré que éste ha sido uno de los peores trances que he tenido que pasar en mi vida. Lo daría por bueno si no fuera porque ahora me espera algo todavía más duro.

—Don Fernando —afirmó el teniente—. Afróntelo cuanto antes.

—Voy a hacerlo. Pero primero, si con ello usted no viola secretos de sumario o cosas por el estilo, necesito saber que hipótesis se barajan en este crimen. Su padre me va a hacer mil preguntas, buscando explicación a lo que, para mí y ahora, resulta inconcebible.

—No hay muchas hipótesis —contestó el teniente—. Es prematuro concluir nada hasta que se recojan pruebas, investiguemos algo más, analicemos su entorno... Lleva su tiempo.

—Pero usted tendrá una primera opinión.

—¿Quiere mi opinión? —el teniente dudaba—. Se la daré, si no me toma la palabra.

—Descuide.

—Un furtivo —afirmó—. Por esta zona se han visto en los últimos años muchos jabalíes que bajan desde el Campo de Montiel en busca de comida y el frescor de los riegos. Son una plaga. Posiblemente alguno de los muchos furtivos que salen por las noches buscándolos pasaba por aquí, de carrileo.

—Con un coche —añadí, para dejar sentado que así se practica la modalidad de caza conocida como carrileo, tan eficaz como prohibida.

—Así es. Para eso son ideales las pick-up, porque disparan desde la caja trasera desde cualquier ángulo. Verían a su amigo vestido de manera tan rara y lo

tomarían por un extraterrestre; o confundieron al perro con un jabalí, lo mataron, salió el amo a enfrentarse a los furtivos... con el resultado que usted ha tenido que ver. Era de noche, sin luna.

—Sin embargo —le rebatí—, desde donde dispararon a Eduardo el monte está demasiado tupido y no hay caminos por donde puedan pasar coches.

—¿Cómo sabe usted desde dónde le dispararon? —preguntó, muy sorprendido.

Estuve a punto de empezar mi frase diciendo ¡elemental!, pero no me pareció apropiado:

—Perdone, quizá me esté metiendo a sacar deducciones para las que no estoy cualificado y usted me pueda decir, con razón, aquello de “zapatero a tus zapatos”, pero para mí es muy evidente.

—Le escucho —dijo el teniente, mostrando un vivo interés.

—Eduardo estaría abstraído con sus abejas y acompañado, como siempre, de Bendicò, su perro. Estos animales tienen el oído y el olfato mucho más fino que nosotros. Detectó alguna presencia extraña y se dirigió a ver quien era el intruso. No era un perro medroso, se lo aseguro.

—¡Con ese tamaño! —ponderó el teniente, que seguía muy atento mis deducciones.

—Al verse descubierto el criminal, no teniendo un coche a mano en el que protegerse y huir, salir corriendo le daba escasas posibilidades de escapar con ese perro persiguiéndole, así que disparó.

—Tiene sentido. Sí, tiene sentido —decía el teniente, asintiendo con la cabeza.

—Y, quizá, temiendo las represalias del amo del perro, disparó también sobre él y huyó. ¿Sabemos cuántos disparos hubo?

—Al pastor le despertaron, al menos, tres.

—¿No salió Ramón a ver que pasaba?

La mueca del teniente era lo suficiente elocuente como para dar a entender que los pastores no tienen una particular inclinación a acudir a los lugares donde suenan disparos de armas de fuego por la noche. Tan solo me aclaró que fue él quien descubrió el cadáver, muy temprano, y dio el aviso.

—Pues, teniente —concluí, señalando hacia las profundidades del monte —, trace una línea recta que una el lugar donde estaban los cadáveres de perro y amo, sígala y allí, quizá, encuentren algo. Me parece recordar que hay unas ruinas, un buen lugar para parapetarse. Tal vez, en la dirección opuesta —señalé hacia la piscina—, encuentren el proyectil perdido, si es que existe.

—¡Muy bien pensado todo eso! —expresó el teniente—. Reúno algunos de mis hombres y nos vamos a buscar por donde usted ha dicho. Por cierto, teniente Clavijo, comandante del puesto de Villaquejigo.

—Álvaro Frías —estreché su mano—. Le pido que me disculpe, ahora tengo que pasar otro trago...

—Naturalmente, claro. Luego le veo y le digo si nos han sido útiles sus indicaciones. Estaremos por aquí todo el día.

Es imposible describir la imagen de un hombre totalmente arrasado por el dolor, más cuando ese sufrimiento tiene diversos orígenes. Con la noticia de la muerte de su hijo, don Fernando no quiso tomar medicación alguna. Aullaba por la cruel saña con la que las avarientas células cancerosas estaban invadiendo y colonizando tejidos y terminaciones nerviosas, mordiéndolas como voraces depredadoras. Su alma se había desmoronado, perdida en abismos tenebrosos. El desconsuelo rebasaba cualquier límite tolerable para un ser humano. Gemía apagadamente, tal era su aniquilación anímica.

Cuando entré en su habitación lo acompañaba, llorando, la fiel Eduvigis.

—¡Álvaro, Álvaro!

Fue lo único que pudo pronunciar. Yo no alcancé a tanto. Tomé sus manos y me puse a llorar. Ambos plañimos durante un buen rato, un tiempo indefinido, confuso.

Me sentí mejor después de liberar toda la emoción acumulada, aunque me encontraba todavía muy perturbado, exhausto, con la sensación de haber trepado a una elevada montaña. Le pedí a Eduvigis que trajera mi maletín del coche.

—Fernando, me permitirás que te administre algunas cosas. No aguantarás así ni unas horas.

—Lo que tú digas, Álvaro. No me importaría morir ahora mismo, si no fuera porque antes tengo que saber quién ha matado a mi hijo. ¿Me ayudarás a averiguarlo?

—Haré cuanto quieras, pero ya está la Guardia Civil...

—¡La Guardia Civil! —me interrumpió don Fernando—. ¡Y la justicia de los hombres! No, no es esa justicia la que quiero para mi hijo. Todo esto tiene su origen en una antigua maldición... ¡La maldición se cumple con mi pobre hijo!

Don Fernando temblaba de excitación, parecía un loco en pleno delirio. Tan acentuado estaba su estado de desnutrición, tan avellanada su piel, que podría comparársele con don Quijote en alguno de sus arrebatos.

Entró Eduvigis en compañía del teniente Clavijo.

—¡Teniente! —exclamó don Fernando—. Tiene que prometerme una cosa, usted que es un hombre de honor, que pertenece al cuerpo más heroico del ejército español. Atienda la súplica de un moribundo.

—A su servicio, señor Robledo.

—Permita que este señor que me acompaña, don Álvaro, esté al tanto de las investigaciones relacionadas con el asesinato de mi hijo —resultaba asombroso ver a don Fernando expresándose con unas energías que no tenía, vehemente y autoritario—. Es un gran médico y le será de gran ayuda, porque no conozco a otro hombre de mayor inteligencia. Como ustedes, los médicos indagan en los síntomas que les cuenta el paciente, observan los signos, practican pruebas científicas y llegan a conclusiones. Es el mismo trabajo.

—Don Álvaro ya nos ha sido de gran ayuda —respondió el teniente, haciéndome un gesto para indicar que ampliaría la información cuando saliésemos de aquella habitación—. Tiene mi palabra; el doctor estará al tanto de todo y escucharemos sus sugerencias.

Mientras tenía lugar esta conversación yo había estado preparando la medicación que necesitaba mi paciente. Se la administré y quedó dormido, relajado.

—Ha dado en el clavo, don Álvaro —el teniente y yo habíamos salido a la luz del día—. Hemos encontrado tres casquillos de munición, del tipo que se utiliza en caza mayor. También hemos visto restos de ceniza de cigarros, aplastados sobre una piedra del lienzo de las ruinas que usted me indicó. Las colillas se las llevó el criminal; sabía lo que se hacía, porque si no ya tendríamos su ADN. Al menos sabremos qué marca fuma.

—Me alegra haber podido colaborar —le contesté con tristeza—. Sobre eso que le ha pedido don Fernando, no se sienta comprometido. Soy consciente de que a nadie le gusta que se inmiscuyan en su trabajo, menos aún en una investigación criminal, que debe llevarse con mucha discreción.

—Será un honor, si usted acepta, compartir información y contar con su colaboración en este caso. Ya lo ha hecho esta mañana, levantando el cadáver y poniéndonos sobre una pista fundamental que posiblemente a nosotros se nos habría escapado.

—Acepto, desde luego. Cualquier cosa que pueda hacer para que el asesino de mi mejor amigo reciba su castigo la haré sin escatimar esfuerzos. Y cuente con mi total confidencialidad.

—Eso sí que se lo ruego, no comparta con nadie la información que reciba. Voy a decirle una cosa más que hemos encontrado, una de esas pistas que

guardamos bajo llave, para que el criminal piense que la ignoramos y se delate si llegamos a poder interrogarle.

—Considere que estoy bajo juramento de silencio —puse la mano izquierda en el corazón mientras le enseñaba la palma de la derecha.

—Estaba usted en lo cierto. Desde donde se efectuaron los disparos no se puede pasar con un coche... pero sí con una motocicleta. Hemos encontrado junto a las ruinas rodadas recientes; mis hombres están sacando un molde de las huellas. Pronto sabremos qué tipo de moto trajo hasta aquí al asesino de su amigo.

—¿Son de tacos?

—No, son de dibujo. Parecen anchas, de moto gorda.

—Entonces debe de tratarse de una trail o maxitrail —deduje—. No es fácil conducir otro tipo de moto por un terreno tan pedregoso.

—También sabemos que es un buen tirador —el teniente parecía realmente dispuesto a compartir conmigo toda la información—. La distancia desde la que efectuó los disparos es de ciento ochenta y tres metros para su amigo y ciento veinte para el perro. Dos aciertos en tres disparos ya los quisieran para sí muchos futbolistas. A esa distancia, con árboles por medio que dejan un pasillo de tiro muy estrecho, es casi de profesional.

—De francotirador —precisé—. Y de noche.

—La noche, en realidad, resultó en este caso una ventaja para el criminal. Al ir vestida la víctima de blanco, destacaba en mitad de la noche sobre cualquier otro objeto. Perdona la broma, pero era un blanco perfecto. Para un rifle con mira telescópica, sin necesidad de que sea de los de visión nocturna, es como si estuviera iluminado el objetivo con focos.

—No así el perro, que era negro —maticé—. Y que presumiblemente estaba en movimiento.

—Y al que disparó a menor distancia. Puede que eso explique el tercer disparo, que necesitase dos para abatir al animal. En cualquier caso, un buen tirador.

El teniente miró al cielo. Estaba buscando la manera de formular una pregunta incómoda que le rondaba desde hacía un buen rato.

—Don Álvaro —dijo al fin—, me ha llamado mucho la atención la precisión con la que ha establecido las horas entre las que debió producirse la muerte. Los forenses dicen: entre las dos y las tres, entre las cuatro y las seis horas. Pero usted ha dicho: “*entre las cero horas cuarenta y cinco minutos y las dos horas*”. ¿Puede explicarme cómo ha deducido que eran las doce y cuarenta y

cinco y no las doce cincuenta?

—Muy sencillo, teniente Clavijo: porque a la una menos cuarto estuve hablando con él. Lo llamé para preguntarle por su padre, me dijo que dormía y que él iba a trabajar con las colmenas, que estaba poniéndose el mono. Colgamos a esa hora exacta: las cero cuarenta y cinco.

Le enseñé la pantalla de mi smartphone, con el registro de llamadas recientes donde constaba la llamada a Eduardo, la hora de inicio y el tiempo de conversación: tres minutos.

—Lo consulté esta mañana, antes de venir, para evitar llegar demasiado temprano y encontrármelo en la cama. Estando de guardia en el hospital se pierde la noción del tiempo; no tenía una idea muy precisa de la hora a la que hablamos y por eso lo consulté. De haber hablado a la una y media o las dos, me habría presentado más tarde aquí.

—Entiendo —el teniente me miraba fijamente—. Entonces es posible que usted fuera la última persona que hablase con el finado.

—Es posible.

Como me encontraba aún muy afectado por los acontecimientos, agotado tras una noche de guardia y sacudido mi espíritu, hasta entonces no había caído en algo que debería afrontar de inmediato.

—Teniente, ¿ustedes hacen una prueba a los sospechosos que detecta pólvora en sus manos o en la ropa si han disparado un arma?

—Así es.

—¿Disponen de ella en el equipo que han traído?

—Por supuesto —Clavijo mostraba extrañeza ante mis preguntas.

—Entonces le ruego que me la practique ahora mismo.

—¡Doctor! ¡Qué ocurrencia! ¿Cómo vamos a sospechar de usted?

—Si mi amigo era un blanco perfecto en la noche, yo soy un sospechoso perfecto esta mañana... y lo seré más esta tarde. Pertenezco al entorno inmediato de la víctima, conozco bastante bien el paraje donde se ha producido el crimen, incluso los he guiado hasta el sitio donde se efectuaron los disparos. Pude ser la última persona que habló con él, sabía que estaría en las colmenas...

—Don Álvaro, esas circunstancias...

—Además, esta tarde sabrá usted que soy muy aficionado a las motos y que poseo una trail. Cuando consulte su base de datos en el cuartelillo, verá que tengo licencia de armas y permiso de caza mayor. Le añado que soy bastante buen tirador. Tengo registradas a mi nombre una escopeta, una carabina y un rifle.

—También tiene usted una coartada perfecta: a esas horas estaba de guardia en el hospital.

—¿A qué horas? —pregunté—. ¿A esas que yo mismo he determinado como posibles? Pude escaparme del hospital, coger mi moto y plantarme aquí en quince minutos, disparar y regresar. Hay noches muy tranquilas en las que no me llaman, sobre todo a partir de las dos de la noche. En cuarenta y cinco minutos es muy posible que nadie me echase de menos.

—Si continúa por ese camino, me obligará a esposarlo —el teniente dijo esto con sorna—. ¿Sabía también que hoy no podría presentarse el forense?

—Podría saberlo; Enrique es el patólogo del hospital, nos conocemos y es posible que me hubiera comentado que hoy tenía una boda en Sevilla.

—¿Lo sabía usted?

—Deberá comprobarlo.

El teniente me miraba incrédulo. Creo que llegó a pensar que el criminal estaba confesando, abrumado por la culpa. Buscó otro argumento y dijo:

—En ese caso, no solamente sería usted un gran francotirador, sino un soberbio actor. ¿Me está usted diciendo que el melodrama al que hemos asistido esta mañana, mientras levantaba el cadáver de su amigo, pudiera ser una representación, una farsa?

—No, no lo ha sido. Pero usted tiene el deber de descartar sospechosos. Le ruego que empiece por mí. Si no lo hace, no podremos tener la confianza necesaria para colaborar —le dije esto con tanto aplomo, que pareció convencido—. No me ofenderá que indague entre el personal del hospital durante qué horas tuvieron la certeza de mi presencia allí. Que le den la lista de los enfermos que atendí y pregúnteles a estos si fui yo quien realmente les asistió y en qué intervalo horario. Revise las cámaras de seguridad con las grabaciones de quien entró o quien salió. Tome mi teléfono y asegúrese de qué llamadas hice y desde dónde. Le entregaré mi rifle para que haga las pruebas de balística y coteje las vainas de mi munición con las que han encontrado...

—Pare, pare, doctor —el teniente se sentía abrumado por las tareas que le estaba imponiendo—. Vamos a hacer esa prueba de los restos de pólvora. Ha visto usted demasiados capítulos de CSI.

Me ofreció un cigarrillo.

—Gracias, no fumo.

—El asesino sí. ¿Ve usted como es inocente?

EL GALLO DE LA LOBA

—Lena, ¿eres tú? —el teniente se conformó con mi número de teléfono, no me confiscó el celular.

—¿Álvaro? ¿Te ocurre algo? Te noto la voz... ¿Es por papá?

—No, no es por tu padre. Bueno, en parte sí. No creo que en toda su vida haya tenido un día más desgraciado.

—¿Se va a morir ya? —preguntó angustiada—. Me llamas para que esté preparada para lo peor.

—Es por Eduardo.

—¿Eduardo? Dime qué ocurre, por Dios.

—Lo han asesinado esta noche —no pude decir más.

—¿Asesinado...? ¿Qué locura dices...? ¡Álvaro...! ¡Álvaro!

—Asesinado —acerté a decir.

—¿Quién ha asesinado a mi hermano? ¿Qué estás diciendo?

Me resultaba imposible pronunciar algo, más allá de un suspiro.

—¿Dónde estás?

—En La Loba.

—Voy para allá.

—¿Tú dónde estás? —pregunté.

—En Madrid.

Terminé esta conversación cuando recibí la llamada de mi hermano Javier:

—¿Te has enterado de lo que se dice por el pueblo? ¿Sabes si es verdad?

—Es verdad. Estoy en La Loba.

—Pero... ¿cómo? ¿Qué sabes?

—Ven y te lo cuento todo. Avisa a los amigos. Don Fernando se consolará al ver que no lo dejamos solo.

Lena llegó a La Loba cuando caía la tarde. Los ejidos de la casa bullían de gente: curiosos, amigos, guardias civiles, algunos periodistas... En el interior de la casa estábamos Eduvigis, su esposo, la enfermera que se contrató para que atendiese por las noches a don Fernando, Alberto el cura y yo.

Nos encontramos en el salón de trofeos de caza. Lena se acercó despacio, tomó mi cara con sus dos manos y me acarició el cabello, mientras decía con voz suave:

—Estas fatal, Álvaro. Necesitas descansar. Ramón me ha contado por lo que has tenido que pasar; no sé ni cómo puedes mantenerte de pie. Menos mal

que eres un hombre de una pieza.

Luego nos abrazamos. Transmitía el calor que yo necesitaba.

—¿Puedo pedirte que te quedes esta noche? —imploró Lena—. No me dejes sola hoy.

—Desde luego. Lo que quieras.

—Ven —me cogió de la mano—. Ahora tienes que reposar.

Me condujo hasta la habitación de Eduardo —la cama permanecía sin deshacer—, retiró la colcha, me quitó los zapatos, hizo que me tumbase y besó mis labios. Me quedé dormido inmediatamente.

Estaría mediada la noche cuando me despertó la mano de Lena acariciando mi rostro.

—Álvaro, mi amor.

Susurró, con toda la dulzura con la que es posible pronunciar esas palabras.

—Lena.

Musité, con todo el fervor con el que pueda pronunciarse un nombre.

Nos besamos y acariciamos. Hicimos que gimieran nuestros corazones y nos amamos con cuanta ternura es posible hacerlo. Durante un tiempo, que hubiéramos querido eterno, estuvimos contemplándonos las almas a través de las pupilas.

—Aquí estamos otra vez —dijo sonriendo, cuando cantó el gallo—. Nueve años después, aquí, en La Loba, tú, yo... y ese gallo.

Hay cambios que no suceden de un día para otro, perturbaciones anímicas para las que resulta imposible establecer una fecha concreta, hasta que un día las reconoces, afrontas y declaras oficialmente, aunque tan solo sea para ti mismo. Que estaba afectado por unos intensos sentimientos hacia Lena desde hacía algunos años era un hecho innegable. Cuando estaba con ella, en su compañía —las pocas veces que estuve con ella en esos nueve años—, notaba como mi organismo segregaba recónditas sustancias —que algunos identifican como endorfinas— que producían placenteras sensaciones. Como un catalizador, su sola presencia era capaz de desatar esos fenómenos en mis entrañas. Cuando no estaba presente Lena —casi siempre—, en ocasiones me acometían enormes deseos de buscarla, de correr tras ella, una cursi modalidad de síndrome de abstinencia. Me esforzaba para tener bajo control esos impulsos y, en general, lo conseguía. Cualquier adicción esclaviza, destruye la voluntad, perturba la razón, trastorna una vida lógica. El amor —esos síntomas son patognomónicos del amor— provoca estos alborotos hasta en las personas más sensatas. A diferencia

de lo que sucede con otras adicciones, pese a los escasos contactos que mantuve con la sustancia estupefaciente —en los últimos nueve años, ninguno tan íntimo como el de aquella noche—, la intensidad de esos sentimientos había ido en aumento. Lena luego me explicaría este fenómeno con su teoría de la espora.

En cualquier mujer se puede encontrar algo hermoso. No fueron escasas las ocasiones en las que pude comprobarlo desde que, ya muy joven, me inicié en los misterios del intercambio de placeres. Sin embargo, ninguna de las que pude conocer soportaba la menor comparación con Lena. El día que mataron a Eduardo, como un ángel, vino en auxilio de mi alma destrozada, le aplicó los bálsamos adecuados y no sólo la sanó, sino que la renovó, haciéndola más enérgica.

Aquel instante en el que el gallo de La Loba cerró un ciclo de nueve años habría sido el momento y lugar perfecto para manifestarle mis sentimientos a la única mujer que amé intensamente. Ella ya lo sabía; no se puede ocultar el manto que envuelve a dos personas que se aman.

Sin embargo, no lo hice.

Algunas sombras se proyectaban sobre la figura de Lena, rincones oscuros que era preciso esclarecer antes de entregarme incondicionalmente a esa divina criatura. En realidad, yo sabía bien poco de Lena; de su vida social, profesional, amorosa... de sus continuos viajes a Suiza. Eduardo y yo nunca hablábamos de ella, era como un jarroncito delicado de porcelana situado en el borde de una repisa, a punto de caerse si tan solo se lo menciona. Ni yo conocía sus sentimientos hacia ella, ni él los míos. Don Fernando solamente la mencionaba de pasada y cariñosamente, jamás entrando en detalles. Y con Diego llevaba ya algunos años sin contacto. Nada de todo eso importaba, no eran verdaderos obstáculos para ofrecerle mi amor a Lena.

Durante el tiempo que medió entre la llamada a Lena el día anterior y su llegada a La Loba tuve la ocasión de quedarme solo algunas horas en el salón de los trofeos de caza. Lo estuve paseando, extremo a extremo, una y otra vez. Reviví varias veces el encuentro que, tan solo un par de meses antes, tuvieron Eduardo y el gusano a unos metros de dónde yo estaba. Los zapatos manchados de polvo al haber estado merodeando por lo que luego sería la escena del crimen; el hecho de que Gus fuera fumador de cigarrillos, la humillación que le supuso la total indiferencia que mostró Eduardo a sus fanfarronas propuestas y la burla sobre el peligro mortal de las abejas, que supongo corroboraría después investigando un poco sobre la inexistente abeja del Kurdistán, eran elementos que, para mí, definían un prometedor sospechoso como autor material del

crimen. Que Gus hubiera cometido esa atrocidad tan solo por vengar la pequeña afrenta cometida por alguien al que verosímilmente no volvería a ver en su vida era una posibilidad, aunque remota. Quien alcanza niveles suficientes de psicopatía como para cometer un asesinato por tan poco es más que probable que acumule tal historial de delitos que hayan convertido la cárcel en su residencia habitual.

¿Por qué, entonces? Había otra respuesta, demasiado horrorosa para atreverme a enunciarla, pero que en un día de horrores penetró en mi cerebro sin remedio. Con la muerte de Eduardo, Lena volvía a ser la única heredera de una enorme fortuna. Lena fue quien trajo a Gus a La Loba, un lugar expresamente vedado para él. Según Lena me había contado, Gus nunca había sido su novio, pero nueve años después seguía siendo su socio, quizá amantes... quizá cómplices de un asesinato.

Cuando Lena me encontró en el salón de los trofeos, mi lamentable estado respondía más a todas estas cavilaciones —la posibilidad de estar amando a la asesina de mi mejor amigo— que al resto de fatigas acumuladas. Necesitaba encontrar al asesino de Eduardo y deseaba que este nada tuviera que ver con Gus. Si, finalmente, resultaba ser ese gusano, ¿podría dejar al margen Lena?

—Tengo que marcharme enseguida, con suerte llego a tiempo para tomar un vuelo a Zúrich —me anunciaba Lena, mientras secaba su cabello con una toalla—. Volveré enseguida, quiero traerle a papá algo que creo que le devolverá un poco de ilusión en la vida.

—¿Puedo saber lo que es?

—A su debido tiempo. Cuida de papá.

Yo también me duché. Cuando bajé a desayunar, Lena ya se había marchado.

Don Fernando se había estabilizado y tomaba su medicación habitual.

—Lena me ha dicho que volverá pronto, es mi único consuelo —manifestaba entre sollozos—. Tu presencia también me conforta mucho, me remite a esos días felices en los que departíamos los cuatro durante horas —comenzó a lloriquear, pero paró en seco—. ¡Basta! Si existe otro mundo, pronto nos encontraremos. Y, si no existe, ¡al carajo con todo!

Se removió en la cama, buscando una posición más incorporada para hablar conmigo. Despidió a Eduvigis.

—¿Qué se sabe? —preguntó, fijando su mirada en la mía—. ¿Detendrán pronto al asesino de mi hijo?

—Dispararon desde las ruinas de una casa que hay a unos doscientos

metros de donde están las colmenas.

—Sí, la vieja huerta de la capellanía de La Bernagosa. Yo siempre la he conocido en ruinas, pero mi abuelo contaba que ahí estaba el origen La Loba porque fueron las primeras tierras que compró en este paraje mi tatarabuelo. Mira por dónde, puede que también sea ahora el final de esta heredad; ¿quién va ahora a hacerse cargo de todo esto?

—Piensa el teniente Clavijo...

—Como la batalla —me interrumpió don Fernando—. ¡Como la batalla de Clavijo, hombre! Perdona, son reglas nemotécnicas que me gusta utilizar.

—Cree el teniente que es posible que se trate de furtivos a la caza de jabalíes, que fueron descubiertos por Bendicò y se pusieron a disparar al ser descubiertos.

—Hablas en plural. ¿Fueron varios?

—No está claro. Encontraron tres vainas de cartucho, pero hasta que balística no las analice no se sabrá desde cuantas armas fueron disparadas. Posiblemente sea uno solo.

Debí callarme esto último, pues podría delatar la presencia de una motocicleta, secreto que debería permanecer bajo cuatro llaves. Pero don Fernando no preguntó la causa.

—¿Encontraron cebo? —preguntó en su lugar—. Manzanas, maíz, o cualquier otro alimento para atraer a los cochinos donde poder cazarlos.

—No, me parece que no. Creo que el teniente me habría dicho algo así.

—Entonces no son furtivos —afirmó con rotundidad—. A por gorrinos, de noche, se va de carrileo o de espera. En este caso, al no haber cebo, es ridículo que uno se quede de espera con la perspectiva de que por allí pase una piara de guarros. Podría estar años enteros esperando sin resultado. Además, tan cerca de la casa. Se trata de alguno que vino a matar a Eduardo con toda la intención.

Don Fernando, a pesar de toda la carga terapéutica y emocional, mantenía una gran lucidez.

—¿Quién podría querer matar a Eduardo? —pregunté.

—Esa es la cuestión, la tarea que te encomiendo. Tú sabes que en este pueblo siempre ha existido un gran resentimiento social, la envidia hacia los ricos, las revoluciones pendientes... Precisamente ahora la izquierda se está encargando de despertar rencores que parecían superados. No puede ofrecer bienestar, prosperidad y riqueza porque no sabe crearla, tan solo saquearla; de manera que ofrecen odio, que eso sí se les da bien. Eduardo era un señorito guapo, rico y encantador, que se llevaba de calle a las chicas, tú lo sabes. Un

bastardo con estatuto de privilegiado, lo que resulta insufrible para otros que también son bastardos, aunque sean hijos legítimos.

—Un crimen político —propuse.

—No lo descartes, aunque tampoco me parece lo más probable. ¿Qué tipo de arma utilizaron?

—Munición de caza mayor.

—Las monterías son propias de ricos, de señoritos. No me imagino a uno de esos retorcidos comunistas en posesión de un rifle de abatir venados. Si hubiera sido con un Kalashnikov, sería otra cosa.

Don Fernando se quedó pensativo un momento antes de emitir la siguiente hipótesis:

—¡Cuernos! Tenemos que pensar en la antigua venganza del honor mancillado que ha sido depositado en las manos de una mujer. La historia de la humanidad de cabo a rabo. ¿Te acuerdas de Mara, la bibliotecaria que nos ayudó a ordenar los libros? Pues es una mujer casada; ya lo era entonces, cuando tuvo algunos escarceos con Eduardo. Llegó a oídos del marido, que aquí todo se sabe... El desgraciado se presentó un día a pedirme explicaciones, que en realidad era dinero, “*en concepto de indemnización*”, por los apéndices que le habían brotado en la frente. Lo mandé a hacer puñetas, ¡miserable!

—No fue el único caso —añadí yo, que conocía bastante bien las aventuras amorosas de Tancredi—. Sentía una extraña inclinación por las mujeres casadas.

—Lo sé; seguro que tú conoces mejor los detalles. Ahí tienes un buen filón donde investigar, con la ayuda de Clavijo, el de la batalla...

Don Fernando mostraba ya claros signos de fatiga, por lo que dejamos aquí la conversación, en la que tantos elementos valiosos me aportó. Tan solo me hizo una última petición:

—Haz todo lo posible para que enterremos a mi hijo cuanto antes. Pensar en su cuerpo metido en un helado nicho de la morgue me produce escalofríos. Debe estar con los suyos, los de su sangre.

—Me pongo a ello —prometí.

LA TRANSCRIPCIÓN

—¡No sabes cómo he sentido la faena que te hice! —Enrique, el anatomopatólogo del hospital donde yo trabajaba y a la sazón forense del distrito, no dejaba por ello de ser un caballero—. ¡Chico, tenía la boda de la hermana de mi mujer! En un año se levantan doce o catorce cadáveres, casi nunca producto de crímenes, casi nunca en domingo, que hasta los criminales descansan los festivos. En este trabajo estás siempre de guardia y eso no está pagado... No, no está pagado. ¡Cómo lo siento! De verdad. Sé que fue todo un trago para ti... Tu amigo...

—No te culpo de nada; por mi parte no te preocupes. Fue la fatalidad. Hoy por ti, mañana por mí.

—Gracias, eres muy considerado; sabía que me perdonarías —Enrique se mostró sinceramente agradecido—. Lo peor es el paquete que me ha metido la bruja de la juez, ¡qué mal estilo tiene esa amargada! Que si me va a abrir un expediente, que si va a solicitar mi destitución como forense del distrito...

—Sí, a su señoría le gustan mucho las amenazas —ratifiqué—. Intentaré ayudarte. Pero ahora quisiera saber si le has practicado la autopsia a Eduardo.

—Sí, solamente a falta de algunas pruebas, que me consta que darán negativo, sin relevancia alguna. Ya que me hizo venir de Sevilla a todo correr, ayer mismo me puse a ello. Por cierto, pude ver la grabación del levantamiento del cadáver y, cuestiones aparte, debo felicitarte. No puede hacerse mejor.

—Agradezco mucho esa valoración, aunque esté tan sesgada. ¿Puedes decirme algo del resultado de tu trabajo?

—Hay poco que decir. Un único proyectil que penetró por epigastrio. Al ser munición de caza se fragmentó y machacó todo lo que encontró: estómago, páncreas, aorta, cava abdominal, vértebras. Murió por una hemorragia masiva en cuestión de muy pocos minutos.

—¿Tú sabes por qué se utiliza munición sin blindaje en la caza y con blindaje en la guerra, o en las fuerzas de seguridad? —le pregunté.

—Es muy lógico. Si le aciertas a un venado o un jabalí, lo que quieres es que caiga muerto cuanto antes para no perder la pieza, que podría huir herida y morir muy lejos, sin provecho alguno. Por el contrario, en la guerra te interesa causarle heridos al enemigo, porque eso distrae más recursos en hospitales, ambulancias, recuperaciones, medicamentos... que si solamente hay que enterrarlos. La policía también prefiere coger vivo al delincuente, en teoría. Un

proyectil fragmentado causa tal destrozo en vísceras y vasos, porque al penetrar se esparce —Enrique representaba con sus manos una onda expansiva—, que es muy difícil sobrevivir a uno que penetre en el tronco.

—Tiene su lógica, sí. Perversa, pero lógica. Otra cuestión, que me ha planteado la familia: ¿cuándo podrán dar sepultura al cadáver?

—Eso ya depende más de nuestra común amiga, la señora juez. Creo que esta tarde podré remitirle el informe; a partir de ahí es ella quien tiene que autorizarlo.

—Una última cosa, ¿tú me habías hablado de que tenías ayer una boda en Sevilla?

—No, no creo. En realidad, tú y yo hablamos poco, es difícil que coincidamos. ¿Por qué?

—Porque es posible que alguien te haga esta misma pregunta —contesté.

—¿Y qué debo decir?

—La verdad.

Salía del hospital, tras hablar con Enrique, cuando recibí la llamada de Sebastián, el secretario judicial:

—Don Álvaro, disculpe si le molesto, pero doña Belén me ha pedido que le solicite que se pase cuando pueda por los juzgados, que tiene que firmar la transcripción del levantamiento del cadáver para que quede unida a los autos.

Resultó muy oportuno, pues yo mismo pensaba ir esa misma mañana a verla.

No conozco muchos juzgados pero, como sucede con casi todas las dependencias de las diversas ramas de la administración estatal, imagino que unos son clónicos de otros, es decir, diseñados para disuadir de la comisión de delitos o interposición de pleitos. Son tan fríos, desordenados y desagradables que, con tal de no pisar esos lugares, uno renuncia al mal o a emprender acciones contra nadie. Compadezco a los abogados.

—¿Cómo se encuentra de las picaduras, doña Belén? —pregunté cuando entré en su despacho.

—Compruébelo usted mismo —respondió mientras tiraba del escote de su vestido hacia abajo, hasta enseñarme casi la totalidad de sus abultadas tetas—. En carne viva.

—¿No le han recetado algún antihistamínico?

—¡Huy, qué va! Yo soy de pueblo y he recurrido a remedios caseros.

—Si me lo permite, yo le recomiendo que se tome una de estas al día —

escribí en un post-it —. No necesita receta.

—Muy agradecida —su sonrisa no era agradable—. Ahora quiero pedirle disculpas por lo de ayer. No estuvo bien, no. Lo lamento muchísimo, espero que sepa comprenderlo.

Guardé silencio con el ceño fruncido, aparentando que todavía había dentro de mí cantidades elevadas de rencor. Una persona con tendencia a amenazar suele sentirse amenazada a las primeras de cambio.

—Espero que este incidente —continuó—, del que estoy sinceramente arrepentida, no provoque que usted dirija algún escrito de queja...

—Me lo han aconsejado —mentí—. Lo estoy meditando.

—Si cree usted que podemos encontrar alguna fórmula para satisfacer el daño moral que haya podido provocarle, sin tener que recurrir...

—Creo que tengo derecho a percibir algún emolumento por mi actuación —dije.

—Así es, por supuesto. Lo tramitaremos con la mayor diligencia.

—No tenía intención de cobrar nada, pero he sabido que un amigo que tiene cuatro hijos ha sido amenazado con la pérdida de su trabajo y he pensado donárselo, ayudarlo. Lo necesitará más que yo.

—Desde luego, muy loable por su parte. Y si yo puedo hacer algo por su amigo...

—Usted, señorita —corté—, es la única que puede hacer algo valioso para ese hombre. Sería suficiente con que no le abriera el expediente que tiene intención de tramitar en su contra. Enrique es una gran persona y no es acreedor a que usted se ensañe con él por una falta tan pequeña y justificada.

—¡Ah! —exclamó, al caer en la cuenta—. Con que es por eso. Pues mire, precisamente yo pensaba que usted estaría conmigo en esto, ya que fue su negligencia la que me obligó a recurrir a sus servicios.

—Pues se equivoca, doña Belén. No guardo el menor rencor ni contra él, ni contra usted. Si le parece bien, olvidamos este asunto.

—Tiene mi palabra —pareció aliviada.

—Muchas gracias. Ahora, si me permite que le haga una pequeña petición, podemos quedar como amigos. Se trata de que no demore lo que haya que firmar, para que la familia pueda enterrar a Eduardo lo antes posible. Creo que está al corriente del delicado estado de su padre, que está padeciendo mucho con esto.

—En cuanto reciba el informe de Enrique, firmo la providencia. Delo por hecho.

—Mil gracias nuevamente —me levanté, aunque enseguida recordé la principal causa por la que me encontraba allí—. Creo que tengo que firmar la transcripción...

—Sí, desde luego —estrechó mi mano mientras me acompañaba a la puerta de su despacho—. ¡Sebastián! Que firme don Álvaro. Buenos días.

Tras leer la transcripción del vídeo, le pregunté a Sebastián:

—¿Quién ha escrito esto?

—Charo. ¿Qué ocurre?

—Que está repleto de errores, incoherencias, tergiversaciones... Yo no voy a firmar esto. ¿Quién es Charo?

Me señaló una joven funcionaria muy maquillada, muy coqueta, con las uñas demasiado largas y pintadas para poder teclear bien.

—¿Es posible que lo rehagamos?

Con la mayor delicadeza que pude, con casi toda la paciencia de la que soy capaz, estuve un buen rato con Charo corrigiendo la dichosa transcripción:

—Es “decúbito”, no “*de cubitos*” ... “Hiperflexionada”, no “*superflexionada*” ... “Patéticamente” es un término que describe un determinado tipo de posición de la mirada, muy mística; no tiene mucho sentido decir: “*ambos ojos aparecen desviados plásticamente hacia la derecha*” ... No murió de “*hipo golemia*”, sino de “hipovolemia”, desangrado... No “*manifiesta rigideces*”, es que se aprecian “rigideces manifiestas”; un muerto no puede manifestar nada... “Livideces”, Charo, livideces cadavéricas; ¿qué significa *liquideces*?... “Óbito” es lo mismo que muerte, no fue el momento del “vómito”...

No mencionaré la injuriosa transcripción que hizo de Stenon Louis, por ahorrarle blasfemias a la ciencia.

—¡Huy, don Álvaro! ¡Cuánto he aprendido hoy con usted! —decía esto mientras se imprimía la transcripción y acariciaba sus piernas frente a mí, como una invitación a una tormentosa fornicación en los retretes del juzgado—. Es usted un hombre muy considerado y de una gran sensibilidad.

REVELACIONES

Habrían pasado dos años desde que Diego, el caballero de la Péñola, se marchó de Villaquejigo casi sin despedirse. Desde entonces, poco supimos de él; alguna vaga noticia sobre su nuevo destino en la provincia de Madrid. Busqué por internet y vi que no estaba en Torrelodones —no sé de dónde saqué esa idea—, sino en Madrid capital; eso sí, en una de sus notarías “de barrio”. Sus aspiraciones para abrir despacho en “el cogollito” estaban temporalmente frustradas.

Tras haber mantenido ayuntamiento carnal con Lena, me urgía conocer el estado de las relaciones que pudieran existir entre ella y su tenaz pretendiente. Podía preguntárselo a Lena, pero preferí acudir a esta fuente con la esperanza de que resultase caudalosa.

—¡Álvaro, cuánto tiempo! ¡Caramba, caramba! ¡El mismísimo marqués de Malagana me llama! —la sorna era manifiesta, algo amarga, pero enseguida rectificó—. Echo de menos aquellos tiempos, lo pasábamos bien.

—Y nosotros a ti. ¿Cómo te va?

—Pues muy ilusionado. Espero un hijo para noviembre.

No esperaba algo así. Mientras pensaba qué decir, Diego añadió:

—Sí, me casé hace un año. ¿No lo sabías?

—No, no sabía nada. Te felicito por ambas cosas: tu matrimonio y tu descendencia. Disculpa el retraso.

—No hay de que disculparse, perdonad vosotros porque no os dijera nada ni os invitase a la boda.

Se me pasó por la cabeza que Lena y Diego se hubieran casado sin decir nada a nadie, que Lena estuviese con cuatro meses de preñez y que lo llevaran en secreto. Pero lo descarté enseguida, era demasiado rocambolesco para ambos. Para Diego, desde luego.

—Te llamo porque no sé si sabes...

—¿El asesinato de Eduardo? Estoy al tanto —sonaba demasiado frío al otro lado del teléfono.

—¿Te has enterado por Lena?

—¿Lena? ¿La gran manipuladora? —dijo esto ampulosamente, como si le faltase espacio en la boca para emitirlo—. No, Álvaro, leo los periódicos digitales.

—¿Existe alguna posibilidad de que podamos vernos? En Madrid o donde

mejor te venga —lo de manipuladora necesitaba una amplia explicación, cara a cara.

—¿Comemos mañana?

Llegó puntualísimo al restaurante del centro en el que habíamos quedado. No había perdido su formalidad en ese aspecto, ni en el de su atuendo, tan correcto. Se había casado con la oficial a la que contrató cuando llegó a Madrid. Era hija de un notario, muy profesional, eficiente y buena administradora. Por lo que pude apreciar en las fotografías que me enseñó en su smartphone era una mujer bastante atractiva. De una manera algo borrosa me pareció que pude haberla conocido en alguna ocasión, quizá porque tiene un cierto parecido con Lena. Había dejado atrás las ínfulas de notario jet-set y se conformaba con su suerte, que no era poca.

—Vivimos en Torrelodones, por eso establecerías alguna relación con ese nombre; pero abrir allí despacho es una locura. Hay tres notarías demarcadas, dos de ellas las ocupan unos colegas que pertenecen a la clase “predator”, de tal modo que no autorizas allí ni un triste poder para pleitos. ¡Qué alegría verte! Estás como siempre. A Mercedes le he hablado mucho de vosotros, sobre todo de ti. Ven a casa cuando quieras y os conocéis. O a la notaría, porque trabaja conmigo.

Me extendió, como ya había hecho en otra ocasión, su tarjeta. Entré en materia:

—Perdona si te toco un tema del que prefieras no hablar. Si te incomoda, lo dejamos.

—Es por lo que dije ayer de Lena —adivinó—. Lo siento, creo que rebasé algún límite; fue una inconveniencia. No puedo negar que estoy dolido, pero contigo no me importa hablar del asunto. Mejor, así sabrás qué clase de mujer es Lena.

Sentí algún impulso para agredirle, pero fue fácil contenerlo.

—¿Y qué clase de mujer es? ¿Qué pasó entre vosotros?

—Pues eso, una manipuladora que durante años estuvo dándome esperanzas y esperanzas para obtener de mí... ¡cuanto quiso! Me enredó, hizo conmigo lo que le daba la gana, cuanto quiso, llegando a extremos que me comprometieron tanto que... ¡Por Dios, Álvaro, esto no puede salir de aquí!

—No te quiero complicar, Diego, he venido como amigo. Déjalo, no me cuentas nada —no quise presionarlo, con la esperanza de que así se soltase aún más—. Pero ten la certeza de que lo que me quieras decir tendrá mas garantías que un secreto de sumario... mmm... quizá ese no sea un buen ejemplo.

—¡No, no! Son cosas que debes conocer, estar advertido por si alguna vez intentase enredarte en alguno de sus manejos. ¿Por dónde empiezo? —al parecer, Diego disponía de un amplio muestrario—. ¿Recuerdas aquellas tierras por las que iba a pujar en una subasta?

—El Paparrocho.

—En efecto. Sabes lo entusiasmado que estaba para adquirir aquella preciosa finca. ¿Qué crees que hice con los ahorros que tenía para pujar en la subasta? Se lo di a Lena.

—¡No!

—Por eso me quedé sin los bienes raíces que tanto deseaba, aunque ahora me dé igual. Sigo sin comprender por qué Lena necesita tanto dinero, porque no estamos hablando de caprichitos caros de Loewe, de Bulgari, ¡ni siquiera de Ferraris! Se trata de ingentes cantidades. El dinero que su padre le dio de la venta del yate: fundido. El apartamentazo de Marbella: fundido. Fundido el chaletón de Puerta de Hierro ¿lo conociste?

—Nunca tuve la oportunidad de estar en ese yate, ni en ninguna de esas casas.

—Tenía un cuadro muy valioso, una pintura holandesa antigua por la que un museo alemán le pagó una fortuna: quemado también.

—Ese cuadro sí lo conocí, me lo enseñó su padre antes de donárselo.

—¡Ah! Y las joyas de su madre. Me refiero a millones y millones de euros. Nunca logré averiguar por qué desagüe se marchaba ese dinero, ni ella me dio demasiadas pistas, más allá de vaguedades empresariales difíciles de creer por un notario, que algo conozco del derecho mercantil. Tampoco es que Lena sea una mujer de grandes ostentaciones, ni vaya a casinos, ni tenga aficiones o gastos más allá de los que correspondan a una persona de clase media alta... o modestamente alta. En eso se parece bastante a Mercedes: cosas buenas, pero discretamente.

—Ese dinero destinado al Paparrocho que finalmente le diste, ¿te lo devolvió? —me obsesionan las deudas impagadas, es de familia.

—Sí, eso sí lo hizo. En cuanto pudo, en un par de años; aunque ya había pasado la oportunidad de adquirir esa finca. Pero eso no fue lo peor... ¡Álvaro, por Dios, que es gravísimo lo que voy a contarte! —Diego titubeó un instante antes de tomar la decisión de revelarme lo que seguramente nunca había contado a nadie— Me jugué mi carrera de notario. Como el que se pone un revólver en la sien, hace girar su tambor y apuesta a la ruleta rusa. He falsificado documentos notariales... ¡por ella! Si le di aquel dinero, fue precisamente para evitar tener

que hacer lo que, finalmente, acabé haciendo. Me da mucha vergüenza confesarlo, incluso a ti.

—Pero esas falsificaciones que hiciste, ¿te han acarreado alguna consecuencia? —pregunté, sinceramente preocupado por Diego y el futuro de su familia—. Además, ¿cómo falsifica un notario un documento notarial?

—Para un notario resulta demasiado fácil. Lo primero que le hice fue un poder general, el que se conoce como “poder de ruina” porque el apoderado, Lena, puede disponer de todos los bienes del poderdante, en este caso su padre.

—¿En qué consiste la trampa?

—Don Fernando nunca firmó la matriz de ese poder. Yo expedí una copia autorizada, plenamente válida porque en ella solamente está mi firma dando fe de que en la matriz de mi protocolo está la de don Fernando. Una copia auténtica con la que Lena pudo hacer... ¡uf! Me entran sofocos solo de pensarlo. No sé para qué utilizó ese poder, ni si lo continúa usando para algo. Y no, ninguna consecuencia que me afecte, por ahora. Pero si don Fernando se llega a enterar de la existencia de ese poder y tira del hilo, le conducirá al ovillo que acabará con mi carrera y con mis huesos en la cárcel.

—Don Fernando, si esto te tranquiliza, no está en condiciones de tirar de ningún hilo. Como diría Quevedo: ya tiene un pie en el estribo.

—Me tranquiliza un poco, sí —Diego hizo como que resoplaba—. Lo siento por ese caballero; sabía que estaba mal, pero no tanto. Cuando muera lo lamentaré, pero al mismo tiempo me habré quitado un gran peso de encima, muy grande. Ya solamente Lena podría hacerme daño, pero ella está tan implicada como yo.

Entonces caí en la cuenta de que la muerte de Eduardo también aliviaba esa losa que Diego sentía sobre sí. Si Lena hubiera utilizado ese poder con los bienes de su padre, en el momento de repartir la herencia podrían haber salido a la luz los manejos que hubiera llevado a cabo con las propiedades paternas. Entonces podría haber sido Eduardo el que tirase de ese hilo, sin haberse rendido hasta dar con el ovillo completo, porque no era de los que cejaban en un empeño.

¿Estaba comiendo yo, en un distinguido restaurante de Madrid, con el segundo sospechoso del asesinato de Eduardo?

—Eso no fue todo —continuó Diego—. Fue lo más grave, pero no lo único. Cuando abres determinada puerta, por ella acaban colándose demasiadas corrientes, sin que ya lo puedas impedir. Hicimos cosas parecidas con documentos mercantiles: supuestas juntas de accionistas en las que yo actuaba

como notario requerido por los socios, con falsos cambios de administradores, de domicilios sociales, otorgando poderes especiales que no necesitan inscribirse en el Registro Mercantil... ¡Yo qué sé! Lena era la administradora única de una trama de sociedades complejísima; ya sabes, una sociedad que es propiedad a su vez de otra sociedad que es de otras dos sociedades y así hasta casi el infinito. De esta manera es muy difícil seguirles el rastro en cuestiones fiscales o de responsabilidad personal. Y esa dificultad es mucho mayor cuando algunas de esas sociedades tienen su domicilio fiscal en el extranjero.

—¿En Suiza? —Lena me había hablado de sus continuos viajes a ese país.

—Ese es otro de sus enigmas. Nunca llegué a saber a cuento de qué tanto ir y venir a Suiza. Me ofrecí a acompañarla en alguna ocasión, pero en ese punto no cedía jamás. Y no, ninguna de las sociedades de esa trama es Suiza, que yo sepa. Las sociedades offshore están en el punto de mira del SEPBLAC, ya sabes, los que vigilan blanqueos de capitales.

La verdad es que yo nada sabía de esos asuntos societarios, pero entendía cómo había manipulado a Diego.

—Espero que hasta ahora nada de esto te haya perjudicado. ¿O sí? —pregunté.

—Si tú supieras cómo me desvelo muchas noches, imaginando las consecuencias que pueda llegar a tener tanta perfidia —Diego decía esto bastante angustiado—. ¡Y todo para nada! Lo hice con la convicción de que finalmente nos casaríamos, de que así mantendría estas irregularidades bajo mi control, de que si don Fernando llegaba a descubrir el pastel no actuaría contra su hija, su yerno y padre de sus nietos, que es lo que más desea el pobre hombre: tener nietos. Lo de las sociedades es más manejable porque en el acta de las supuestas juntas de accionistas solamente firmo yo, no se pueden detectar firmas falsas porque no existe más firma que la mía. Si se presentasen denuncias o reclamaciones contra mí, un juez siempre creerá al fedatario público antes que a los socios, donde las mentiras son la norma cuando las cosas van mal. ¡Si también lo son aunque vayan bien! La falsedad es la esencia de las personas jurídicas. Para empezar, ni siquiera son personas, son entes. ¿Me sigues?

—Más o menos —estas cosas estarán muy claras para los que manejan asuntos mercantiles, yo solamente intuía lo fundamental—. Lo que no termino de entender es cómo conseguía convencerte Lena para que cruzases esos rubicones, que te han colocado en situaciones tan comprometidas.

—¿Aparte de sus irresistibles embelesos? Te confieso que me hubiera bastado solo con eso para acceder a cuanto me pidiera. Me contaba que estaba en

situaciones apuradísimas, que podía acabar en la cárcel si no conseguía dinero para no sé qué deudas, que se destaparía una estafa en la que se vio enredada como principal responsable, que no existían otras opciones distintas a lo que estábamos haciendo para que ella pudiera escabullirse. Me convenció de la necesidad inexcusable que tenía de atender algunos gastos, muy elevados... Lloraba, suplicaba, y yo no podía soportar verla tan angustiada teniendo soluciones tan a mano. Confundido, creí que el agradecimiento sería la antesala del amor. ¡Iluso de mí!

—Todo esto que me has contado me deja estremecido, aunque estoy convencido de que no llegaré a afectarte nunca —dije, esperando que tras su desahogo pudiera llegar a dormir mejor—. Me falta saber qué pasó entre vosotros, si es que quieres contarme cómo llegó a romper tu corazón. ¿Ni un poco de amistad queda?

—Quien afirme que tras el amor puede quedar amistad o no ha conocido el amor o es idiota —así de rotundo se manifestó Diego—. Cuando me llegó la plaza de Madrid la presioné para que, de una vez, diéramos el paso definitivo. Ya eran muchos años de alentar esperanzas... y de abstinencia, que a todo esto nunca me dejó que le diera más allá de un beso, ¡y de amigo! La conminé y persistió en darme largas. La requerí con mayor vehemencia y me salió con que ella no estaba dispuesta a compartir conmigo un proyecto en una notaría de barrio, ¡la muy pija! Exploté y, finalmente, me confesó la verdad.

—¿La verdad?

—La maldita verdad, la que no quise ver durante tantos años, aunque siempre estuvo presente como una sombra. La humillante realidad que desenmascaró a la encantadora manipuladora que manejaba a su antojo mis sentimientos, mientras su corazón pertenecía a otro hombre.

—¿Otro hombre? ¿Quién? ¿Ese Gus?

—No, ese imbécil no le llega ni al tobillo... a ese adorable tobillo —Diego seguía bajo los hechizos de Lena, era evidente—. Gus es... o era su socio, muy a pesar de Lena. Creo que él era el responsable de muchos de sus quebraderos de cabeza, que no eran pocos. Pero no es Gus, de eso estoy seguro.

—¿Entonces?

Diego me miró, escrutando algo en mi rostro antes de responder a una pregunta cuya respuesta, quizá llegó a pensar, que yo podría conocer:

—Esa familia, como toda estirpe gótica que se precie —nunca se me hubiera ocurrido ese calificativo para los Robledo, pero no estaba del todo fuera de lugar—, está llena de secretos, de misterios y de enigmas. Nunca me lo quiso

decir, a día de hoy continúo “*in albis*”. Supongo que algún día nos enteraremos, si no resulta que ese hombre la ignora o juega con ella, como ella hizo conmigo. ¿No sabrás tú algo?

—Lena y yo nos conocemos desde muy jóvenes —contesté—, pero lo cierto es que nuestros encuentros han sido tan breves como espaciados. Puedo decirte que en los últimos nueve años la habré visto tres o cuatro veces. Algunas más, cinco o seis, con motivo de la enfermedad de su padre, porque coincidíamos en La Loba en alguna de las visitas que ella le hacía. Es casi una desconocida para mí; no estoy documentado sobre los aspectos sentimentales que puedan afectarle. Eduardo, si sabía algo, nunca me habló de ello.

No sentí que mentía al afirmar estas cosas, mucho menos tras recibir la información que Diego me estaba revelando sobre una Lena inimaginable para mí.

—Y hace dos días, con motivo de la muerte de Eduardo —añadí, como por casualidad.

—Para que veas hasta que punto se complace con ser enigmática —Diego se puso misterioso, mirando a uno y otro lado, para no ser escuchado en las mesas vecinas—, que lo único que logré sonsacarle fue que tiene depositado el amor de su vida en una espora.

EL CAPÍTULO

Para esa misma tarde tenía convocado capítulo en Malagana. En el tornaviaje a Villaquejigo tuve mucho en que pensar.

—Lo de Mara fue famoso y celebrado, anduvo en boca de todos —era Ricardo, el caballero de La Lumbre, que hablaba de la biblioteconomista adúltera—. ¿Quién se resiste a las sedosas insinuaciones de mujer tan bien formada? Ya sea ella obra de Dios, o industria del propio Satanás, quien la confeccionaría para perdición de los hombres. Mas, si los amores con el conde de La Bernagosa alcanzaron singular fama, fue causa la alcurnia de su amante, no la novedad; que el esposo no encontraría reposo, aunque solo dedicase su mísera existencia a la persecución de los cabrones que rondan a su complaciente señora.

—Y en verdad que este no fue caso único; no ya con hembra casada, sino que aconteció que sedujo a una moza en víspera de su boda —el conde de Gangueras aportaba al capítulo información muy valiosa—. Cobrose así el derecho de pernada que desde antiguo poseemos los condes, aunque ignore yo si trascendió al novio el escarceo. Boda, hubo; desfloramiento nupcial, no esperaba ya el infeliz. Emparejados continúan.

—Es lo que tienen esas bárbaras ceremonias que han venido en llamarse “despedidas de solteras”, donde más se destierra al recato, la dignidad y las inhibiciones que al estado célibe. A lo que contribuye, no poco, el desenfrenado beber —la señora de la Casa de la Piedra aportaba su testimonio sobre lo que les aconteció una noche de ronda cuando se cruzó en el deambular entre mesones un pelotón de amigas, uniformadas con ridículas camisetas y portando grotescas diademas con alusiones fálicas.

Yo les había emplazado en Malagana con la idea de que llegásemos a elaborar una lista de sospechosos, bien fuera por sentirse afrentados o por alguna otra causa; alguien capaz de asesinar a Eduardo. Los cornudos salieron a colación en primer lugar. Eduardo nunca alardeó de sus aventuras amorosas; la discreción en tales casos era total. Sostenía que las mujeres poseen un instinto especial que les permite detectar al bocazas y diferenciarlo del discreto, por lo que mantener la boca cerrada facilita que la requerida se entregue. Por ello, y por ser jactancia de muy mal estilo, nunca nos referíamos lances amorosos. Sin embargo, en las batidas nocturnas era inevitable que algunas de esas peripecias

quedasen en evidencia. Yo no estuve presente en muchas de aquellas salidas por garitos, por lo que necesitaba el concurso de los que sí asistieron.

El caballero de La Lumbre era el compañero perfecto para ese tipo de calaveradas, pues desconocía cualquier retraimiento para abordar a las mujeres que lo atrajesen, aunque estuvieran acompañadas por otros hombres. Una vez entablado el contacto, acudía directamente a verter procacidades en los oídos de sus presas, sin sutilezas, sin circunloquios, lenguaje directo, actitud inequívoca, intenciones claras de fornicio. Ello le acarreó más de alguna bofetada, algo que le regocijaba más que si hubiera cumplido su objetivo carnal, riendo contagiosa y largamente. Sin embargo, con mucha mayor frecuencia de la que pudiera esperarse, conseguía que la mujer abordada accediese a sus apremios. Una técnica casi perfecta como seductor.

Elaboramos una mediana lista que, una vez depurada, quedó limitada a cuatro nombres. Todos estuvieron de acuerdo en que el Maestre de Campo Clavijo —así quedó nominado para nuestros anales— recibiera esos nombres y los investigase.

—Mucho hemos porfiado en la búsqueda de afrentados; en ello no podrá decirse que anduvimos escasos, pues abundosas fueron las lides que se ofrecieron a nuestro añorado conde de La Bernagosa —el conde de Gálvez, sentencioso, siempre aportaba algún elemento que a los demás se nos podía haber escapado—. Mas se me antoja menester que indaguemos en la otra faz que nos ofrece esta moneda, no descuidando que, además de ofendidos en vida, la muerte de nuestro caballero también deja beneficiados.

—Sin duda os referís, conde, a la *Principessa* —la marquesa de Moharras nunca tuvo a bien que quien la superaba en jerarquía aristocrática no participase en nuestros juegos, que los ignorase—. Desaparecido el bastardo, podrá posesionarse de la totalidad del ducado paterno.

Resultó demasiado áspera esta apreciación, que nos dejó a todos mudos. La de Moharras no era mujer de paños calientes ni medias tintas.

—Sepan sus mercedes —salí en amparo de mi dama, de mi secreto amor — que en las guerras antiguas eso eran “designios de la Providencia” y en las modernas se denomina “efectos colaterales”. Paréceme andar en demasía llevar estas cavilaciones hasta conjeturar cainismos. Notifiqué a este capítulo sobre la naturaleza del homicida: ha de ser buen tirador, atrevido y paciente, cualidades que no imagino en nuestra *Principessa* del Cerro Encantado.

—Los grandes asesinos siempre lo fueron a través de personas interpuestas —sentenció el señor de Las Zorreras.

—Eso que decís está muy puesto en razón —tuve que reconocer.

—Pues yo digo que en este cuento se nos escapa un bellaco —afirmó el caballero de la Lumbre—. Busquemos entre nosotros a quien también pudiera desearle muerte al conde de la Bernagosa, sin que lazos de sangre constituyan agravante de su crimen; ya fuera actuando por sí, o mediante sicario.

—Explíquese su merced largamente, si ha de señalar a algún miembro de nuestra hermandad —exigió el de Gálvez.

Respondió Ricardo:

El caballero de la Péñola, nobles señores.

Atiendan mi cantar también las damas:

hete aquí a un escribano que de continuo suspiraba,
que de amores requería a la del Cerro Encantado.

Ella alentaba esperanzas, ilusiones vanas,
no comprometiéndome jamás juramento ni promesa.
Llevó el caballero su porfía a extremada insistencia,
rehúsele la *Principessa*, aún más soberbia.

Deshiciéronse los buenos y corteses modos,
acabose la concordia que entre ellos hubiera.

El de la Péñola, despechado, manifestó sus agravios;
el de La Bernagosa, presto, acudió a la fraternal defensa.

Replicó el escribano, injuriando a la *Principessa*;
sufrirlo no pudo, ¡pardiez!, el conde de la Bernagosa.

Requiriéronse armas; no había otras que los puños.
¡Villanía sería usar de mojicones y golpes con manos!

Buscáronse aquellas que, saliendo de la boca,
el honor deja herido, maltrecha la conciencia.

Combatieron una buena pieza, ambos con denuedo,
con afiladas palabras, con amargos reproches,
fieras las miradas, los ademanes marciales.

Salió victorioso nuestro conde, humillado el escribano;
a buen recaudo quedó honra y fama de la *Principessa*.

Jurarle puedo ante sus mercedes:

testigo fui del memorable lance.

—Lance que a los demás quedó oculto —afirmó el señor de Las Zorreras.

—Así juré que habría de quedar —respondió el de la Lumbre—. Mas ahora viene la muerte a redimir mi promesa.

Con la revelación de esta disputa, añadida a la información que yo poseía de boca de Diego —que me cuidé mucho de transmitir a nuestra hermandad—, el notario ganaba algunos puntos como sospechoso. Sabía que no era cazador ni sabía pilotar una moto, que no era fumador y, ante todo, que no me iba a revelar posibles móviles que me hicieran recelar cuando el cadáver de Eduardo todavía estaba sin enterrar. Sin embargo, sí disponía de dinero suficiente para contratar a quien le vengase de aquel que lo insultó por defender a la mujer que lo dejó despechado. Simultáneamente hacía desaparecer al que podría llegar a descubrir las gravísimas trampas que hizo como notario. Diríase que mataba dos pájaros con un solo tiro: el desquite visceral, que satisfaría su orgullo, y la salvaguardia de su lucrativa profesión. Era cierto que beneficiaba económicamente a Lena, pero también le causaría dolor matando al hermano que salía en su defensa. No obstante, me costaba imaginar a Diego contratando a un asesino para vengar rencores pasados y ocultar unos delitos con otro mucho más grave.

Nada se podía descartar absolutamente.

—Habrás, pues, que añadir al listado que facilitaremos al maestre de campo esos otros dos nombres —concluyó la señora de la Casa de la Piedra.

—No parece ni prudente ni acertado señalar a nuestros hermanos —rebatí—. Esperemos el descarte de los que nos son ajenos y luego discutámoslo nuevamente. Lo que no obstaculiza que nosotros, reservadamente, hagamos nuestras propias pesquisas.

—Que me place —dijo el conde de Gálvez—. Tiempo es ya de rendirle a nuestro hermano, el conde de La Bernagosa, su tributo. Convendrán conmigo sus mercedes que no encontraremos mejor modo de hacerlo que libando de los maravillosos caldos que obró en sus lagares.

Convinimos. Una tras otra fuimos descorchando varias botellas del Capítulo XXXI que me obsequió tiempo atrás, haciendo que de este modo estuviera Eduardo presente, por última vez, en nuestras conversaciones, risas y llantos, que de todo hubo aquella noche, prolongada más allá de lo conveniente.

EL FUNERAL

Al día siguiente enterramos a Eduardo. Alberto, el pariente cura, asumió la organización de todo lo relacionado con ello. No en vano, su negociado principal es el de la muerte.

Decidí, para mayor vistosidad del velatorio, que este se hiciera en el caserón de Villaquejigo, consintiendo así que la afluencia popular fuese más concurrida que si se hubiese hecho en La Loba. También se ahorran molestias a don Fernando, a quien su salud justificaba no estar presente; además, él no quería soportar cumplidos y formalidades vanas. El padre Alberto descartó la vulgaridad de los tanatorios, y no le faltaba razón.

—Lo hacemos como siempre se ha hecho: que el muerto abandone su casa para entrar en la del Señor, sin purgatorios municipales —dijo, cuando yo le manifesté mi conformidad—. Es una lástima que Lena no pueda estar presente, pero todos comprenderán que en este trance esté acompañando a su padre. Agradezco mucho tu presencia, eres como de la familia, y la de sus amigos también es muy bien acogida en esta casa.

—No sabía que Lena ya hubiese regresado de Suiza —manifesté, extrañado por el escaso tiempo transcurrido.

—Me ha llamado hace un rato, no sabes que cariñosa y agradecida está —Alberto decía esto con esa afectación propia de los de su oficio, las manos recogidas sobre el pecho—. ¡Quedamos ya tan pocos Robledos! Si Dios no lo remedia, parecemos condenados a la extinción.

Pensé para mí que Dios, imponiendo el celibato a ese crepuscular Robledo, no parecía poner mucho empeño en remediarlo.

—Lena aún es muy joven —intenté consolar ese pesimismo hacia su estirpe—. ¿Sabes si vendrá luego?

—Las mujeres deberían afrontar la maternidad cuando el Señor les manda el primer aviso, eso que vosotros llamáis menarquía, como siempre se ha hecho, para que la prole sea abundosa —suspiró profundamente—. No, Álvaro. Me ha dicho que se volverá pronto a Madrid, sin pasar por aquí. ¿Cómo quieres que llegue a tener hijos, si siempre está de acá para allá? La dedicación que exige una criatura...

Como ya conocía el edificante discurso, me excusé y lo interrumpí para hablar con el teniente Clavijo, que había aparecido por el velatorio:

—Mi mas sentido pésame —saludó—. Si tuviera la amabilidad de

presentarme y conducirme hacia donde estén los familiares, para mostrarles mi condolencia...

—Lo haría con mucho gusto, pero tan solo puedo presentarle al cura, que es de los escasos parientes que quedan. Don Fernando está en La Loba, imposibilitado para venir aquí, y su hija le hace compañía.

—Entonces lo haré en otro momento. En realidad, supuse que le encontraría en el velatorio y por eso he venido. Aunque no llevo el uniforme, quisiera tratar con usted algunas cosas referentes al caso. ¿Podemos hablar en algún sitio tranquilo?

Lo llevé hasta un patio donde una amena fuentecilla y unas butacas nos permitirían hablar sin curiosos.

—Al tratarse de munición de caza no existe un proyectil al que se pueda vincular con un arma concreta —entró en materia sin prolegómenos—. Por fortuna tenemos las vainas, gracias a usted y a una negligencia del asesino, que pueden suplir esa falta, pues no existen dos armas que percutan exactamente igual. Si encontramos ese rifle tendremos una prueba de primer orden para atraparlo. Es un calibre 308 win, que lo utilizan varias marcas, y que me ha servido para que usted sume puntos que hagan que lo expulsemos de la casa.

—¿Cómo dice? —pregunté entre alarmado y confuso.

—¿No se dice así en esos concursos del Gran Hermano? Que he comprobado que el rifle a su nombre es un Bergara BA13 monotiro de calibre 222Rem, lo que disminuye su cotización como sospechoso. No sé si lo lamenta.

Bastó con que sonriera para responder.

—Además, y esto le deja ya en una situación muy comprometida, también he comprobado que su motocicleta es una Honda XR 600. Con bastantes años, por cierto.

—Es que ya no se hacen motos así —justifiqué.

—También he hablado con los de Pinchazos Vargas, que están muy cerca del cuartelillo, y me han confirmado que hace unos tres meses le pusieron unos neumáticos nuevos. De tacos.

—Siempre llevo tacos —aseguré.

—Eso mismo me han dicho los Vargas. De manera que es usted un desastre como sospechoso. Porque los neumáticos de la presunta moto del presunto asesino presuntamente son de lo que usted llama una maxitrail, una motocicleta que puede ser de muchas marcas, pero de cilindrada superior a los mil centímetros cúbicos y, al menos, dos cilindros. Usted parece decantarse por lo “mono”: monotiro, monocilíndro... ¿monógamo?

—Entonces, ¿estoy expulsado de la casa sin remedio? —bromeé.

—No del todo, pero vamos por el mal camino —continuó con la ironía—. Sabemos también que el criminal fuma, peor para usted otra vez, y que su marca es Marlboro.

—Creo que esa es bastante común.

—No tanto. Lo ha sido siempre, pero cada vez se fuma más de esas marcas light, bajas en nicotina y todas esas mariconadas. Eso tiene su importancia, ya que existen estudios que demuestran que los fumadores que inhalan tabaco sin descafeinar, por decirlo de algún modo, pertenecen al tipo de personalidad A de Friedman.

—Y Rosenman —añadí—. Competitivos, impacientes, irascibles...

—Agresivos y hostiles —continuó el teniente—. Un perfil de conducta que parece encajar bastante bien. Yo fumo Marlboro, por cierto.

—Hoy día esos perfiles están bastante cuestionados en medicina, pero sí creo que pueden tener utilidad en criminalística —opiné—. Por cierto, ya que parece que conmigo está usted a punto de perder un sospechoso, tengo que compensarle. He elaborado una lista con cuatro nombres, esposos o novios, que pudieron llegar a sentirse agraviados por infidelidades de sus parejas. Cometidas con Eduardo, presuntamente.

—Presuntamente —repitió Clavijo—. Se lo agradezco, porque no hay mucho más por ahora, aunque estamos a la espera de los informes de telefonía.

Le entregué la escueta lista, la ojeó y se la guardó.

—A uno de estos pájaros lo conocemos por haberlo cogido carrileando cochinos. No es mal sospechoso, lo investigaremos el primero.

El teniente me miró agradecido, pero también socarrón. Si a mi hermano Javier se le había ocurrido, a él tampoco le había pasado desapercibido que no solo de cornudos vive el mundo criminal.

—Lo que no me ha aportado usted, doctor, es una respuesta a una pregunta que todo investigador debe hacerse siempre: *¿cui prodest?*

—¿A quién beneficia? —traduje—. Eso ya lo sabe usted: a su hermana, porque pronto heredará el doble de lo que correspondería si siguiese vivo Eduardo. Eso suponiendo que no se presente un caso de preterición.

—¿Qué es eso? Prete... ¿qué?

—Es cuando aparece un heredero forzoso que no está nombrado en el testamento —esto me lo había explicado Diego con ocasión de no recuerdo qué—, es decir, que si don Fernando tuviera por ahí otro bastardo, porque no sé si sabe que Eduardo...

—Lo sé.

—Lo suponía. O si de pronto apareciese alguna mujer con un hijo diciendo que es de Eduardo y el ADN...

—¿Van a incinerar el cadáver? —esta pregunta le surgió al teniente al caer en la cuenta de que podría ocurrir algo así.

—No, descuide, teniente. En cualquier caso, los forenses guardan muestras del cadáver que podrían servir, en caso necesario, para establecer un perfil genético.

—¿De verdad que no ha ejercido usted nunca como forense? Me asombran sus conocimientos.

—Cualquier médico ha estudiado una asignatura que se llama Medicina Legal —contesté—. Y eso me lleva a preguntarle si, para presionar aún más mi salida de Gran Hermano, ha estado hablando con Enrique, el forense, o ha hecho indagaciones por el hospital.

—Todo está en orden. Le mantendré al tanto.

—¡Ah! Casi lo olvidaba —le dije al teniente—. Como no dejo de darle vueltas al asunto, me he acordado de que cuando Eduardo asumió la dirección de la explotación agrícola despidió de mala manera al enólogo que entonces había, y al capataz. No me pregunte sus nombres porque nunca los supe y porque han pasado seis años de aquello. Seguro que usted lo averigua con facilidad. Eduardo, como jefe, era muy exigente y estos no fueron los únicos a los que mandó al paro, aunque sí los más sonados por el poder que tenían entonces.

—Su amigo cosechó unos cuantos enemigos durante su corta vida en este pueblo —comentó Clavijo—. Esa línea laboral también promete. ¡Pero ha pasado tanto tiempo! Sí, ya sé eso de la venganza como plato que se sirve frío; descuide, no descartamos a nadie todavía. Ni a usted.

El párroco de san Blas permitió a Alberto celebrar la misa funeral, que resultó emotiva, algo acaramelada considerando que Eduardo nunca fue santo de la devoción de Alberto. Como era verano y no apremiaban temperaturas extremas, el rosario junto al panteón de los Robledo fue completo, solemnizado por el teatral recogimiento de Alberto —al escribano no le faltaban motivos para calificar a esa familia como gótica—. Las monótonas letanías provocaron que se fueran dispersando los presentes disimulada y progresivamente.

Diego no apareció, ni llamó para interesarse por el funeral; Villaquejigo quedaba para él en el pasado y para siempre jamás. Ahora que conocía los motivos de su despedida a la francesa tampoco se lo podía reprochar.

Ricardo, el caballero de la Lumbre, fue uno de los que se quedaron hasta la conclusión del rosario. Es procurador de los tribunales, lo que me hizo pensar que conocería algunos procedimientos y mecanismos que yo necesitaba saber para ir componiendo el rompecabezas del asesinato de Eduardo.

—Ricardo, ¿es posible saber qué fincas están a nombre de quién, o quien es el dueño de una finca? —le solicité que me explicase.

—No me digas que estás pensando en invertir en tierras —respondió, guasón, como siempre—. No te lo aconsejo. Si quieres ser un gran terrateniente, lo mejor es casarte con una rica heredera. Yo te puedo hacer una lista de las mejores. Además, ya sabes cuáles son.

—¡Hombre, Ricardo! Te hacía un hombre de anchas miras —también yo recurrí a la chanza—. Tú te estás refiriendo a las señoritas de este pueblo, pero yo tengo otras aspiraciones: un cortijo andaluz, una masía...

—Un buen naranjal en Valencia...

—Un cigarral en Toledo... ya sabes. ¿Cómo puedo saber qué tierras tiene el padre de aquella a la que le eche el ojo?

—No es muy difícil, la verdad. Con internet es rápido, aunque no es gratis.

—¿Qué es gratis hoy día? —pregunté retóricamente.

—Entras en la web de los Registradores; el ratón en una mano, la Master Card en la otra. Una vez allí existen varios criterios de búsqueda: por localización, por documento de identidad... Lo ideal es hacerlo por número de finca registral: “la cuarenta y tres mil seiscientos tres del término de Villaquejigo y registro de Villaquejigo”. La búsqueda es rápida: unas horas y recibes la nota simple a tu correo.

—¿Qué es esa nota simple?

—La información sobre esa finca concreta: quiénes son los dueños, su descripción, superficie, cargas y alguna cosilla más si procede.

—Pues no parece tan simple esa nota —opiné—. Las cargas son...

—Digamos que las deudas que pesan sobre esas fincas: embargos, servidumbres...

—Hipotecas.

—Hipotecas, claro —Ricardo, en efecto, sabía bastante del asunto.

—Entonces, ¿es así de sencillo averiguar si una tierra o un edificio se encuentra hipotecado? Pensaba yo que sería más farragoso.

—No imaginas lo útil que resulta esa información.

—Si esa es la nota simple, ¿cuál es la complicada? —pregunté a mi docto amigo.

—Se llama certificación y esa no solo es más cara, sino que no tiene un acceso tan sencillo, ni para cualquiera. Ese certificado lo expide el registrador con su firma, en papel, y contiene todo el historial de la finca desde que se crearon los registros de la propiedad, unos ciento cincuenta años. O desde que se inscribe una finca por primera vez. Allí están transcritas, con puntos y comas, las escrituras, incidencias o embargos que se registraron relacionados con esa finca. Normalmente no es necesaria tanta información; la pedimos solamente en caso de ejecución de embargos y poco más porque lo exige el procedimiento. Con la simple podrás conocer más que suficientemente la situación del capital de la moza que pretendas.

—Otra cosa, Ricardo: ¿es posible que, si yo soy propietario de una finca y alguien la hipoteca, yo no me entere?

—Eso solamente podría ser si ese alguien tiene un poder que tú le hayas dado y que le faculte para ello.

—Como un poder de ruina.

—Por eso se llaman así —afirmó Ricardo—. Pero mientras que se vayan pagando las cuotas del préstamo por el que se hipotecó la finca, el propietario no tiene por qué enterarse. ¿A qué viene tanto interés?

—Comprenderás que, si encuentro un buen partido, no me fíe solamente de las apariencias —le contesté, zafándome con medias bromas para mantener ocultas mis sospechas.

RETRATO DE DAMA

Desde el cementerio me dirigí directamente a La Loba. Deseaba ver a Lena, pero cuando llegué ya se había marchado. La enfermera acababa de llegar también y salió a mi encuentro.

—Álvaro, don Fernando está muy raro —me informó antes de que yo pudiera verlo.

—Venimos de enterrar a su hijo, ¿cómo quieres que esté?

—Pues precisamente por eso está muy raro, porque no se puede estar tan contento mientras están dando sepultura a Eduardo ¡Con lo que se querían esos dos hombres!

—Déjame a solas con él —dije a la enfermera—. Investigaré qué le sucede e intentaré calmarlo.

—Sería una pena calmarlo; no lo había visto tan feliz en todo el tiempo que llevo cuidándolo.

Me recibió eufórico:

—¡Álvaro! ¡Hijo! Ven y abrázame. Lena ha venido a verme y ha traído algo que me ha devuelto a la vida.

Miré a mi alrededor en busca de algún objeto inusual, pero no vi nada. Pensé si se trataría de alguna droga nueva —se me ocurrió que hasta podría haberle dado a su padre cocaína— traída de algún laboratorio farmacéutico, de los muchos que hay en Suiza.

—¿Dónde está eso, Fernando?

—Se lo ha llevado; se lo ha llevado otra vez, pero he podido verlo antes de morir.

Dada la pasión de don Fernando por la pintura holandesa, pensé que podría tratarse del cuadro de Jan van der Heyden que le había regalado años atrás a su hija, que habría conseguido recuperarlo para su padre. O quizá de un Rembrandt, para Fernando el genio absoluto que nunca pudo permitirse. A esas alturas yo consideraba a Lena capaz de todo, hasta de adquirir cuadros robados en el mercado negro.

—¿Puedo saber de qué se trata? —pregunté, para dejar de especular.

—Lena es maravillosa, Álvaro. Es como un hada, no sabes lo orgulloso que estoy de mi hija. Cuando te cases con ella te hará el hombre más feliz sobre este viejo planeta. En un día tan negro como se presentaba este, en el que habéis enterrado a mi hijo, ha sido capaz de darme la mayor alegría de mi vida. No hay

otra como Lena, créeme.

No insistí porque definitivamente estaba delirando. Quizá por efecto de alguna droga, tal vez por algún mecanismo de defensa ante la magnitud emotiva de asumir definitivamente la pérdida del hijo que significaba el futuro de su legado, llegaba a imaginar que su hija tenía varitas mágicas y que nos íbamos a casar. Hablaría con ella cuando calculase que ya habría llegado a Madrid, por si arrojaba luz sobre lo que podía haber estimulado a su padre tanto.

Mientras tanto, era verdad lo que decía la enfermera: sería una lástima sacar de ese estado a un hombre al que le quedaban tan pocas esperanzas. Le dije que incrementase un poco la dosificación de morfina para que permaneciese en ese mundo de las hadas sin un exceso de excitación. Y me marché, porque al día siguiente me esperaba una guardia.

Cuando pasé por delante de Eduvigis, esta me miró. Sonreía emocionada. Parecía que en aquella casa Lena les había vuelto locos a todos.

Después de cenar, llamé a Lena:

—Pues un regalo que le he traído de Suiza —me contestó, enigmática, cuando le pregunté qué podía haber provocado esa euforia—. ¿Qué tal ha ido el entierro de Eduardo? ¿Han preguntado por mí?

—Los entierros nunca pueden ir bien —le contesté—. Pero si lo que te preocupa es si todo ha transcurrido con la debida corrección, puedo decirte que quiero contratar a tu primo Alberto para que se ocupe de mi propio funeral. A mí nadie me ha preguntado por ti, pero al señor sacerdote no han dejado de insinuarle que se notaba demasiado tu ausencia. Pero no te preocupes, ha conseguido, muy eficiente, que todos se hicieran cargo de que estuvieras acompañando a tu padre en momentos tan duros. ¿Quién mejor? Entonces, Lena, no vas a decirme qué es eso que tanta exaltación ha producido en don Fernando. Soy su médico. ¿Un cuadro holandés?

—Caliente, caliente, aunque te equivocas de país. Es de Suiza.

—No recuerdo ahora ningún pintor suizo —confesé.

—Es una dama, la más linda que hayas visto en tu vida.

—¿El retrato de una dama? De un pintor suizo. Investigaré por internet.

—Es tan increíble que sería más apropiado decir una dama para un retrato.

No sé si en internet encontrarás algo, proviene de una colección muy privada. Privadísima, casi secreta. Y es de mi propiedad.

Los enigmas familiares de los que hablaba Diego no eran hipérboles.

Consulté en Google pintores suizos. Lo cierto es que encontré muchos más de los que esperaba, alguno de los cuales conocía aunque ignorando su procedencia helvética —sobre todo los más modernos: Klee, Giacometti... En absoluto del gusto de don Fernando—. Estuve repasando imágenes de los más antiguos hasta encontrar uno que podría encajar con un retratista de damas de cierto mérito: Jean Etienne Liotard, que nació en Ginebra con el siglo XVIII y murió en el mismo lugar mientras estallaba la Revolución Francesa. Uno de sus cuadros es bastante popular, una de las estrellas de la Gemäldegalerie Alte Meister de Dresde. Se trata de la pintura de una joven criada, pizpireta, llevando en una bandejita una taza de chocolate y un vaso de agua. Fue un más que notable pintor que supo plasmar en sus lienzos, con mucho acierto, a señores, criados y niños de la buena sociedad. Sin duda, sus obras alcanzarían altísimas cotizaciones, si es que resulta posible adquirir alguna en el selecto mercado de obras de arte. ¿Era la pintura la oculta pasión de Lena, la que hacía que derrochase esas enormes cantidades de dinero de las que Diego me estuvo hablando? ¿Un ardor compartido con su padre?

Para investigar las propiedades de don Fernando en el registro de la propiedad necesitaba el número de su documento de identidad. Eso no supuso problema alguno una vez que estuve en el hospital, ya que consta en su historia clínica. Con mi ordenador portátil solicité información de diez fincas registrales. La Loba se componía de bastantes más pero como muestra sería suficiente para aportarme los indicios que confirmasen mis sospechas. Al día siguiente las tenía todas en mi correo.

Tal y como me había explicado Ricardo, allí constaban la superficie, el nombre de la parcela, los linderos, los datos de inscripción, la referencia catastral y las cargas que pesaban sobre ellas. Todas estaban hipotecadas.

Elaboré un cuadro para tener ordenadas aquellas parcelas y poder operar con ellas; calculé que entre todas no llegaban ni a la décima parte de La Loba —si era cierto el mito de las diez mil fanegas, unas siete mil hectáreas, más que muchos términos municipales de España—. Cinco de las diez habían sido hipotecadas por un banco suizo con establecimiento en España, el mismo día, ante el mismo notario —no era Diego—, cinco años atrás. Las otras se hipotecaron en dos ocasiones posteriores, en los dos años siguientes, con el mismo banco y notario. Se trataba de cuantiosas cantidades. Si extrapolase la muestra que había obtenido del registro, tendría que colegir que Lena había hipotecado la totalidad de los bienes de su padre. A sus espaldas, pues no hacía mucho tiempo que don Fernando me había manifestado que tenía sus bienes

“libres de cargas”.

¿A tanto podía llegar la pasión pictórica, un capricho?

Cuando descubrí a lo que se había estado dedicando Lena para obtener dinero, concluí inmediatamente que no existía nadie con más interés que ella misma en la desaparición de Eduardo. La naturaleza pronto se encargaría de llevarse al padre, pero para entonces ya habría usurpado la herencia del hermano que, de continuar con vida, tendría motivos sobrados para encolerizarse más que el pélida Aquiles, arremeter contra Lena y mandarla a la cárcel casi de por vida, arruinada y desacreditada. Conocí al conde de La Bernagosa lo suficiente como para saber que una deslealtad así no la perdonaría jamás.

Fue inevitable preguntarme de quién estaba enamorándome: ¿de una estafadora, una ladrona fullera? Esa pregunta me llevó a las siguientes: ¿estableció Lena una armoniosa relación con Eduardo —tanto que este la defendió cuando Diego la injurió— para atenuar el impacto de sus manejos, si llegaban a descubrirse? ¿Se estaba acercando Lena a mí para tenerme cerca si llegaba a descubrir que el asesino de su hermano era su socio? La vinculación entre el gusano y ella para perpetrar el crimen era innegable: la beneficiada y el brazo ejecutor.

Deseaba que todo aquello fuera solamente una pesadilla pasajera. Envidiaba a los que se entregan sin cuestionar, a los ingenuos, a los pobres de espíritu de las bienaventuranzas. Muy al contrario, estos hallazgos me apremiaban para continuar investigando hasta descubrir la verdad, toda la verdad; me angustia vivir con incertidumbres como esa. Temía volver a encontrarme con Lena sin haber disipado estas cuestiones, porque inevitablemente las dudas son un serio obstáculo para que una relación amorosa fluya con el necesario sosiego. Ella percibiría mis recelos.

DOÑA DORA

Pensaba en todo esto mientras conducía hacia La Loba.

Don Fernando se encontraba sonriente, todavía bajo los mágicos efectos de la varita de su hija, el hada filial. También contribuía a su plácido estado la dosis algo elevada de morfina que le había estado administrando Paula, la enfermera, que ya empezaba a dificultar una respiración suficiente para que ventilase correctamente lo que quedaba de sus pulmones. Le administré un antagonista y enseguida recuperó buen color. También regresó el dolor; pero lo necesitaba lúcido.

—Fernando, el otro día, cuando encontraron muerto a Eduardo, me hablaste de algo que todavía no he entendido —no me encontraba con ánimos para sutiles insinuaciones—. Mencionaste una antigua maldición y decías que entonces se había cumplido con tu hijo. Si no tienes inconveniente, me gustaría saber a qué te referías. Por lo que he hablado con el teniente parece que las investigaciones no avanzan mucho. Tal vez eso pueda introducir algún elemento útil.

La expresión de don Fernando había cambiado. Desde que el dolor reapareció se borró de su rostro cualquier indicio de sonrisa. Una pequeña crueldad que entonces me pareció necesaria.

—No sé si conocer lo de la maldición llegaría a tener alguna utilidad para resolver el crimen cometido en mi hijo, pero fue la primera cosa que apareció en mi cabeza cuando Ramón me comunicó la desgracia. Nadie más que yo lo sabe. Ninguno debería conocer jamás las circunstancias en las que Eduardo fue maldecido, un secreto que estaba dispuesto a llevarme a la tumba pero que tú, tal vez, deberías conocer. Te lo revelaré si estás seguro de poder cargar con él el resto de tu vida y siempre que jures que lo guardarás hasta la muerte. Te considero uno más de mi familia.

Don Fernando rectificó inmediatamente su última afirmación y volvió a enunciar lo que acababa de decir:

—¡No! No solo uno más de esta desgraciada familia: serás la cabeza, el patriarca de lo quede de ella cuando yo desaparezca.

—Yo no juro, Fernando, no soy religioso. Pero tienes mi palabra — prometí, aún no estando muy seguro de querer ser depositario de secretos que se anunciaban terribles.

—Es suficiente —el dolor le estaba retorciendo el gesto, dificultando el

habla, pero no se quejaba—. Lo que voy a desvelarte es una atrocidad, algo que sucedió hace treinta y un años, que no me ha dejado descansar tranquilo ni un solo día.

Hizo una prolongada pausa en la que buscó alguna postura que le hiciese más soportable el dolor. Tras ello me narró, casi de un tirón, una tragedia que él mismo se habría relatado varias veces:

—Dora y yo fuimos felices durante poco tiempo. Me casé enamorado de una bellísima mujer, distinguida e inteligente. Como sucede a tantos jóvenes, el amor me impidió ver el rencor y la crueldad que anidaban en su alma, la incapacidad que tenía para conmovirse con el sufrimiento o desgracias ajenas. Un egoísmo irreductible la dominaba. Se quedó embarazada de Lena cuando yo ya había decidido abandonarla no solo por haber dejado de quererla, sino porque había encontrado a otra mujer a la que amar, en la que ya había empezado a refugiarme. Se llamaba Casilda, vecina de la parcela contigua a la nuestra, y era la fascinante mujer de un piloto que pasaba demasiado tiempo entre las nubes, fuera de casa.

La evocación de aquel amor quebró su voz aún más de lo que lo estaba haciendo el dolor físico. Pero continuó:

—Se quedó embarazada casi al mismo tiempo que Dora, de manera que nacieron ambos niños con pocos días de diferencia y coincidiendo con una catástrofe aérea que dejó viuda a la madre de Eduardo. En aquellas circunstancias decidí que no dejaría sola a la mujer que amaba y con la que había tenido un hijo, por lo que le dije a Dora que iba a solicitar el divorcio para casarme con Casilda. Me pidió unos días para hacerse a la idea y planificar su vida. Le concedí esos días y le ofrecí cuanto quisiera: la casa, dinero en abundancia... Todo ese tiempo lo invirtió en planificar, sí, pero no su vida, sino la muerte de Casilda y la expulsión de Eduardo de nuestras vidas. Dora y yo ya no dormíamos juntos. Una noche me desperté, sobresaltado, sin saber muy bien por qué; algún ruido, una luz encendida, una puerta que se cerraba, los perros ladrando... Tardé en reaccionar lo justo para llegar a la casa de Casilda cuando Dora estaba degollando a Eduardo, un bebé de algo más de un mes.

En los ojos de don Fernando se reprodujo la expresión del horror que entonces vivió. No parecía sentir el otro dolor, el que en ese momento debería de estar martirizándolo.

—Seguro que para ti no pasó desapercibida la cicatriz en el cuello de Eduardo. Él nunca llegó a saber la verdadera causa.

Cuando vi cómo se agitaba su respiración le dije que podíamos dejar el

asunto, que ya me estaba dando cuenta de lo doloroso que resultaba y que me hacía una idea de lo difícil que resultaría convivir con una loca tantos años.

—Dora no era ninguna loca —replicó—. Todo en ella era frío cálculo de lo que más le convenía. No estaba dispuesta a perder la posición social que yo le proporcionaba ni a que su hija, nuestra hija, se viera desplazada al humillante papel de no vivir en una familia importante y estable con todas las consideraciones sociales, afectivas y económicas que ello implica. Tampoco estaba dispuesta a que Lena tuviese que pasar por vacaciones o fines de semana turnados entre nosotros, ni por todos esos trastornos ocasionados por convenios reguladores o pleitos entre divorciados. Eduardo encarnaba la mayor amenaza para que se desmoronase el mundo que ella había previsto para su hija y para sí misma.

—Pero convirtiéndose en una asesina ponía en mucho mayor peligro ese mundo.

—Como te he dicho, era una calculadora fría, implacable, inteligente. Todo lo estuvo planificando gélida y metódicamente. ¿Sabías que Dora era licenciada en criminalística? —negué con la cabeza—. Aquella noche me había pedido que le cortase unas lonchas de jamón; para ello, utilicé un cuchillo que teníamos en la cocina, normal y corriente, que luego guardó con mucho cuidado para que la criada no lo lavase. En mitad de la noche, habiéndose puesto unos guantes de látex, cogió aquel cuchillo con mis huellas, las llaves que yo tenía para pasar a la casa de Casilda, también con mis huellas, y se fue a por ella.

—¿A por Casilda?

—La acuchilló mientras dormía. En el corazón, en el cuello, en el abdomen. Todas y cada una eran heridas mortales que a la víctima le quitaron cualquier posibilidad de sobrevivir. Luego se fue a por el niño.

—Para matarlo también.

—No, no. Era un monstruo mucho más sutil. Había ido a la cocina por un cuchillo de Casilda, se aseguró de que tuviera las huellas de esta tomándolas de su mano inerte, y a Eduardo le hizo un corte superficial en el cuello, lo suficiente como para que sangrase, pero no para matarlo. Necesitaba que fuera así para que resultase coherente la versión B y para tener un rehén con el que amenazarme de por vida.

—¿Dos versiones? —la historia me estaba produciendo escalofríos, como sacudidas premonitorias de fiebre.

—La versión B era la siguiente: Casilda, al verse viuda y con un hijo mío, me exigía que abandonase a mi familia y me casase con ella. Como yo me

negaba, cogió al niño, le puso un cuchillo en el cuello y me amenazó con matarlo si no accedía a sus exigencias. Siempre siguiendo con esa versión, yo conseguí quitarle al niño cuando ya había empezado a cortarle el cuello y, ciego de ira, la acuchillé repetidamente, matándola. Las pruebas de paternidad darían la coherencia necesaria a esa versión y yo pasaría bastantes años en la cárcel, desacreditado para siempre como un homicida.

—Tú nunca has estado en la cárcel acusado de haber dado muerte a nadie. Por consiguiente, esa versión nunca llegó a oídos de un juez.

—Prevaleció la opción A, la que tuve que aceptar para vivir libre, pero chantajeado por Dora hasta que murió. En esta otra versión un delincuente saltó la verja de la parcela de Casilda, un yonki. Entró en su casa, cogió un cuchillo y la amenazó con matar al niño si no le daba dinero. Casilda se pondría a gritar como loca, los perros a ladrar, el niño a llorar y eso nos despertó, acudiendo a socorrer a nuestra vecina, momento en el que veríamos al asesino huyendo. Entraríamos en la casa y nos encontramos con Casilda asesinada por el yonki como única manera que este encontró para silenciarla, y con el niño sangrando por el cuello. Yo cogí al niño y me lo llevé enseguida al hospital, mientras Dora daba el aviso a la policía. Esto último fue lo único verdadero. Pero antes de que me llevase a Eduardo, en aquel escenario de los horrores, delante del cuerpo de la mujer a la que acababa de asesinar, Dora tuvo la calma de explicarme, imperturbable, que si no estaba dispuesto a ofrecer la versión A en la policía, ella daría la B.

—¿Tan inconcebible resultaba decir la verdad?

—Dora tuvo tiempo de coger el cuchillo con mis huellas y la sangre de Casilda, las llaves de la casa, embolsarlo todo y esconderlo mientras yo llevaba a Eduardo al hospital. Con esas pruebas en mi contra otra verdad no resultaría creíble, menos aún proviniendo del presunto homicida. Como buena criminalista, mientras llegaba la policía pudo deshacerse de su ropa manchada de sangre, lavarse a conciencia y hacer desaparecer cualquier prueba en su contra. Incluso llegó a reunir el valor suficiente, los días anteriores, para pasearse por uno de esos parques donde se pinchan los drogadictos, para coger una jeringuilla usada, que dejó en una papelera, junto a un banco próximo a nuestra casa... Álvaro, ¿no puedes darme algo para quitarme estos dolores, que me están matando?

—He tenido que darte un antagonista porque estabas algo sobredosificado —le expliqué—. Cualquier opiáceo que te ponga ahora no tendría efecto alguno. En una o dos horas podré quitarte esos dolores, pero por ahora solamente puedo

administrarte un analgésico convencional.

—De acuerdo, de acuerdo —se notaba que le quemaba el pecho por dentro —, aguantaré como un hombre. ¿Estaba con lo de la jeringuilla? Sí. La policía se tragó la historia completa y Eduardo quedó a cargo de los servicios sociales. Dos años después nos dijeron que habían encontrado un yonki muerto de sobredosis, enfermo de sida, cuyo ADN fue cotejado con el de la jeringuilla, coincidiendo. Caso cerrado... siempre que Dora no lo reabriera. Me amenazó con presentar ante el juez las pruebas si la abandonaba. “¡Hasta la muerte!”, me dijo, como si fuera la consigna de un guerrillero comunista. Pues hasta la muerte, Dora, pero ni un minuto más. Falló tan solo uno de sus cálculos: daba por hecho que yo moriría antes que ella y que Eduardo nunca llegaría a ser mi heredero. Me prohibió que lo reconociera o que lo favoreciese en nada. Hasta vetó que lo visitase alguna vez. Lo maldijo: “ese niño está maldito, ha provocado la muerte de su madre y te causará dolor mientras vivas”.

—Pero no fue así —afirmé—. Estos últimos años con él te han proporcionado mucha felicidad.

—Y los dos anteriores también. Cuando Lena empezó a vivir en Berna, Dora pasó temporadas muy prolongadas con ella, lo que me permitía escapar para estar con mi hijo. Hasta entonces tenía que verlo fugazmente y a escondidas. Decía que me iba a una feria del vino, a una cacería, incluso a safaris o a una exposición de Vermeer en Ámsterdam, pero en realidad me iba a estar con Eduardo, o lo llevaba conmigo. Conseguí en su día, moviendo no pocas influencias, que fuera adoptado por unos parientes míos, algo mayores, que vivían en Valencia. Me encargué de que no le faltase de nada. Esta es la historia.

—Y ese cuchillo apareció hace unos años en el marco de un cuadro —añadí, para completarla.

—Con las llaves. Veo que Lena compartió contigo ese hallazgo, cuando ya no tenía peligro alguno para mí. Tiré todo a un pozo. Dora era muy lista, sabía que buscaría esas pruebas sin descanso y las escondió tras el cuadro en el que yo me detenía todos los días un ratito, el único lugar en el que jamás se me ocurrió mirar. Esa pintura perteneció a un judío que ordenaría que le hiciesen ese ingenioso y complicado marco con un falso fondo en el que escondería dinero, diamantes... esas cosas de los judíos. La bolsa con el cuchillo y las llaves estaba adherida con celo de manera que, aunque lo trasladé alguna vez, no quedó suelto hasta que el adhesivo se degradó con el tiempo.

—Lo que no entiendo muy bien, Fernando, es por qué Dora no mató también a Eduardo.

—Lo que yo no entiendo es por qué dura tanto el efecto de ese antagonista que me has puesto —el sufrimiento estaba empezando a debilitarlo—. Te contestaré, pero dame algo, te lo ruego.

Preparé una dosis inyectable mientras él me explicaba las razones que había estado meditando tantos años:

—Supongo que imaginó que si también mataba a mi hijo no me avendría a ningún tipo de arreglo. Posiblemente así habría sido. Me quitaba la amante, pero me dejaba al hijo, por el que me merecería la pena seguir luchando. Me llevó hasta un cierto límite, pero sin rebasarlo. Desde la cárcel yo no podría protegerlo, porque ella sabía que yo lo ayudaba, aunque nunca me dijo nada. Que Eduardo viviera y yo estuviera procurando su bienestar era una prueba más de la versión B, la que ella utilizaría contra mí si daba algún paso más que pudiera perjudicarla a ella, o a Lena... Y pínchame ya eso, de una vez, por favor.

—Una última cosa, Fernando. ¿Encuentras alguna relación entre esta historia y el asesinato de Eduardo?

—¡La maldición! Hacer que aquel niño me lleve hasta la tumba lleno de amargura. Menos mal que Lena...

Se quedó dormido con la dosis de morfina que le acababa de inyectar.

FOTOGRAFÍA DEL CRIMINAL

—¡Menuda familia! —exclamé para mí, mientras abandonaba aquella casa.

Por mucho que repasé a lo largo de aquel día lo que me había revelado don Fernando, nada racional encontré que vinculase aquel crimen con el de Eduardo. No creo en maldiciones, aunque sí en la genética, por lo que el único y remoto indicio que pude asociar consistió en que entre los cromosomas de Lena se hallase un gen, transmitido por su progenitora, que la convirtiese en una criminal fría y despiadada. Para Diego ella era “la gran manipuladora” y para su propio padre “una maestra en el arte de enmascararse”, como me manifestó en cierta ocasión. Yo mismo había tomado parte en una de sus farsas. Sospeché que empezaba a sucederme lo mismo que a Fernando le ocurrió con Dora: que el amor me estaba impidiendo ver más allá de esa máscara, que de nuevo me estaba dejando manipular.

Digan lo que digan los cursis, es preferible no padecer la afección amorosa.

Por la noche recibí una llamada de Clavijo:

—¿Puede usted pasarse por el cuartelillo? Hemos recibido el informe de telefonía y tenemos la fotografía del criminal.

No tardé ni cinco minutos en pasar bajo el rótulo de “TODO POR LA PATRIA”.

—¿Lo tienen ya, teniente? —pregunté excitado.

—Aún estamos algo lejos, por eso le he llamado.

—¿No me ha dicho que tienen su fotografía?

—Sí, pero no su cara, enseguida lo verá. Primero permítame que le hable de la telefonía. Su amigo Eduardo no debía de utilizar mucho el teléfono. Horas antes de que lo mataran solamente tuvo dos conversaciones: con usted, algo que sabíamos por sus respectivos móviles desde el primer día, y con su hermana Lena, aunque con esta lo hizo a través del teléfono fijo que tienen en la finca y desde el fijo que la hermana tiene en su vivienda de Madrid. No podemos afirmar categóricamente quiénes hablaron realmente, solamente que hubo una llamada entre ambos números entre unas cuatro horas y media, o cinco, previas a la estimada para el crimen. Pudieron hablar los hermanos, o el padre y la hija, o los tres, o también esa buena mujer de Eduvigis... Tenemos que preguntar a los que están allí. Una conversación breve, de menos de un par de minutos.

—Tampoco existe certeza de que fuera Lena la interlocutora al otro lado del cable, solamente de que se utilizó ese teléfono —opiné.

—Así es. Tendremos que hablar con la hermana, aunque tampoco creemos que esa llamada tenga nada de particular, es de lo más normal entre familiares. Tampoco hemos encontrado que en las horas previas y posteriores al homicidio estuviera operativo otro teléfono móvil distinto al de su amigo en los alrededores del lugar del crimen. Es decir, que el criminal no lo llevaba encima cuando cometió su fechoría.

—O lo llevaba apagado —apunté.

—Negativo. Hoy día podemos detectar la presencia de estos aparatos, aunque aparentemente estén apagados —me corrigió el teniente—. Esto no nos conviene que se sepa, preferimos que los malos se confíen. El criminal debe saberlo y se lo dejaría en casa, encendido, con lo que podría servirle de coartada si damos con él. Parece bastante profesional, a juzgar por estos detalles.

El teniente cambió su actitud marcial para pasar a la socarrona:

—En cuanto a usted, continúa dándonos disgustos. Su salida de la casa es inminente, pues su teléfono, a pesar de ser un móvil, no se movió del hospital durante toda su guardia. No tiene usted ningún futuro como sospechoso en estos momentos.

—Salvo que yo sea un profesional del crimen, como usted acaba de apuntar, y lo hiciera así para tener una coartada.

—Bueno, también hay alguna enfermera que parece dispuesta a jurar que no se despegó de usted durante esas horas —replicó el teniente—. Evitaré profundizar en el significado de la palabra “despegar”. Vamos a la foto.

El teniente me mostró en la pantalla del ordenador una captura de vídeo de lo que parecía un peaje de autopista. Se veía a un motorista, con su casco, pagando en el peaje.

—Esta imagen es de las diez horas y treinta y cuatro minutos de la noche de autos —informó el teniente, muy puntilloso—. Es del peaje de San Clemente, es decir, del último de la autovía si se viene a Villaquejigo ¿Hay algo que le llame la atención?

—En primer lugar, que conduce de noche con una pantalla de casco ahumada, seguramente para evitar que le veamos la cara.

—Muy correcto.

—Que lleva un extraño paquete alargado, cogido con pulpos a la moto. ¿El rifle?

—¡Bravo! —celebró el teniente—. Ahora fíjese en esta otra imagen del

mismo sujeto, tomada a las cuatro horas nueve minutos en el peaje de Corral de Almaguer, el último antes de salir de esa autopista.

—Ya no está ese paquete —observé—. ¡Es el asesino! Se deshizo del arma para que no lo comprometiese. Por eso no le importó dejar los casquillos en el lugar desde el que disparó. Pero teniente, dígame: ¿tan difícil es identificar al dueño de esa moto, que tendrá matrícula?

—La matrícula la llevaba tapada con cinta adhesiva. Tenemos más imágenes; no solo de los peajes, sino que el tío llevaría un subidón de adrenalina e hizo saltar todos los radares entre Ocaña y Madrid, pero sin que podamos determinar la matrícula. Tampoco llevaba el móvil, lo hemos comprobado, ratificando otra vez que él es nuestro hombre. Hemos solicitado al Ayuntamiento de Madrid que intente hacer un seguimiento de esa moto en las horas en las que estaría circulando por la capital, pero con la Carmena esa de alcaldesa, no sé yo si nos harán mucho caso.

—¿No pagó en los peajes con tarjeta?

—Efectivo.

—¡Un momento! —caí en la cuenta de algo al fijarme en la moto—. Esa moto es una BMW GS 1200 digamos “normal”. Hay una variante con depósito de más capacidad, para raids africanos. Pero con un depósito como ese no pueden hacerse más de doscientos kilómetros sin repostar, menos aún si se va con el puño del acelerador retorcido. Tuvo que parar en una gasolinera durante el viaje de vuelta, donde también suele haber cámaras.

—Muy buena observación. Fíjese ahora en las maletas y el top case de la moto. ¿No cabrían ahí unos bidoncillos con suficiente gasolina para llenar el depósito y poder volver sin repostar? —preguntó Clavijo—. Pues sí, caben. Pero a pesar de esa precaución se vio obligado a parar en una gasolinera en Pinto, posiblemente por haber forzado el consumo al ir tan deprisa. Este es el video a las cuatro horas y cuarenta y dos minutos.

Se veía al asesino bajar de la motocicleta, poner el caballete, llenar el depósito e ir a pagar. La cámara interior lo mostraba entrando, sin quitarse el casco ni subirse la visera, con los guantes puestos, pagar con veinte euros y dejar el cambio de propina, para no perder tiempo.

—Por favor, teniente, detenga la imagen en el momento en el que le da el billete al empleado de la gasolinera... ahí, un poco más... ¡justo ahí!

—¿Qué le llama la atención de esa imagen? —me preguntó el teniente.

—Nada, nada, me había parecido verle un tatuaje en la muñeca, pero no. Disculpe.

En realidad, yo había visto algo que en ese momento no quise compartir con el teniente.

—Pues, doctor, esto es lo que tenemos por ahora. Si pudiésemos encontrar ese rifle nos acercáramos aún más. Ahora sabemos que es un profesional que apenas comete errores, conocemos su estatura, su constitución, algo obeso. Tiene, o ha robado, una BMW y sabemos cómo es su indumentaria de motorista. Que vino desde Madrid, casi con seguridad. Todo muy planificado, con premeditación, alevosía y nocturnidad. A su amigo alguien quería matarlo y lo hizo. Sabiendo el por qué, conoceremos quién.

—Habrá investigado usted a Lena, la hija de don Fernando. Por ser ahora su única heredera.

—Evidentemente ella no ha sido la autora material —afirmó Clavijo—. Pero pudo contratar a un profesional para que lo hiciera. Todos con los que hemos hablado nos cuentan que congeniaban como hermanos y la consideran incapaz de algo así. ¿Usted qué opina?

Comprendí en ese instante que esa pregunta, casi como por casualidad, era el verdadero motivo por el que yo estaba allí. No me la esperaba para ese momento, pero sabía que alguna vez surgiría, por lo que llevaba preparada una respuesta:

—Nos conocemos desde niños y nuestras familias se han tratado toda la vida. Yo le tengo mucho aprecio y me parece imposible que ella trame algo así, aunque yo no soy de los que ponen la mano en el fuego por nadie. Si quiere saber si existe buena relación entre nosotros, se lo confirmo. Como amigos, aunque, ¡figúrese!, don Fernando, pobre hombre, me ha dicho que debemos casarnos.

—¿Son novios?

—¡Qué va! Al menos por ahora. Ella siempre está por ahí, en Suiza o en Madrid. Es muy difícil verla y, cuando eso ocurre, por poco tiempo; vive con demasiada prisa. No le gusta mucho venir por aquí desde que murió su madre. En cierta ocasión me dijo que cuando lo hacía era “poco, deprisa y sin mirar”. Yo la considero una gran mujer, muy estilosa, muy guapa. Si usted no me la mete en la cárcel, tal vez le pida matrimonio alguna vez.

A Clavijo le hizo gracia mi salida y lo demostró con una risotada. Decidí que era el momento de cambiar de tema:

—Teniente, si me lo permite, ha dicho usted algunas cosas con las que no estoy totalmente de acuerdo. Le ruego que me disculpe si le parezco entrometido, pero tal vez mi punto de vista pueda aportarle algo.

—Naturalmente, doctor. Aprecio mucho sus sugerencias, nos han resultado muy útiles hasta ahora. Quién sabe si usted y yo acabaremos como Plinio, el policía de Tomelloso, y el médico que le ayudaba, de las novelas de García Pavón. ¿Las conoce?

—No las he leído, pero mi padre nació en Tomelloso y las tiene todas en casa —contesté, pasando luego a exponer mis deducciones—. Ha dicho usted que considera que la moto podría ser robada. Yo creo que no, que es propiedad del asesino o de alguien cercano; si no, ¿para qué ocultar la matrícula?

—Aceptemos que es más razonable pensar que esa máquina sea suya —Clavijo levantaba una ceja—. En cualquier caso, esa BMW es una de las motos más vendida del mundo, no podemos buscar dueño por dueño.

—No lo digo por eso, sino por otra consideración —respondí—. ¿Se ha fijado en la ropa de motorista del que la conduce? Sí, porque antes me ha dicho que sabemos cómo es su indumentaria de motorista.

—Afirmativo.

—Ese equipo es de la peor calidad que pueda usted comprar como ropa de motorista, lo venden hasta en los supermercados; de lo más barato que se pueda encontrar. No parece lógico que el propietario de una moto tan cara se equipe con lo peor, sin marca prestigiosa. Yo aseguraría que la compró para perpetrar su crimen y se deshizo de ella en cuanto llegó a su guarida. Lo mismo puede decirse del casco, pero no de los guantes y las botas. ¿Podemos ver los vídeos otra vez?

—Tiene razón, doctor —el teniente asentía mientras acariciaba su bigote—. Las botas son unas Sorel, de cazador, de las caras. Y los guantes...

—Unos Dainese carbón cortos, que valen más que la cazadora y los pantalones juntos. Por consiguiente, podríamos deducir que probablemente es cazador y motorista avezado.

Clavijo fijó su mirada en mí con una admiración que me resultó incómoda. Para justificarme, le dije:

—Los médicos jugamos a estas cosas cuando diagnosticamos: deducir a base de observar, cotejar y descartar, hasta que encontramos una conclusión coherente. Esto me lleva a hacerle una petición, siempre que no le comprometa. Yo invierto unos cinco minutos en mirar una radiografía de tórax. La analizo una y otra vez en busca de alguna imagen, detalles que puedan explicar la clínica que presenta el enfermo. Así consigo encontrar cosas que me habrían pasado desapercibidas en una vista rápida. ¿Sería posible que me permitiese quedarme un buen rato con estos videos y esas imágenes, empaparme de ellas a ver si

encuentro algún pormenor más?

—No llevará un pendrive encima...

—Aquí lo tiene —mi llavero tenía uno, con forma de llave, que me regaló el representante de un laboratorio farmacéutico.

El teniente grabó una copia de las imágenes, advirtiéndome que eso no debería estar haciéndolo; tuve que comprometerme a destruirlas una vez analizadas. Mientras se descargaban pensé en algo relacionado con la última conversación con don Fernando.

—Teniente —le dije—, me sonroja decirle esto, pero es posible que pueda ayudarle a encontrar el rifle.

—¿Usted no descansa nunca?

—Lo siento, era solo una idea.

—Pues suéltela. Claro que me interesa.

—No viene al caso ahora explicar por qué, pero me consta que cerca del lugar del crimen se perforó, hace muchos años, un pozo que nunca llegó a utilizarse. Quizá el asesino tuviera conocimiento de su existencia y se deshiciera del arma tirándola al fondo.

—¿Conoce usted la ubicación exacta de ese pozo?

—No, nunca lo he visto. Está perdido en mitad del monte, pero creo que será muy sencillo dar con él —le contesté—. Tengo una varita mágica.

EL POZO

Mancha es la evolución de una palabra árabe, Manxa, que significa “tierra seca”. En efecto, su clima es árido, la pluviosidad escasa, las temperaturas extremas, los cursos fluviales apenas abundan y, por lo general, son exiguos. Villaquejigo se encuentra en la vertiente del Guadiana, un río que ya admiraba a los antiguos romanos —que lo conocían como el “Anas”— por desaparecer de la superficie, continuar su viaje bajo tierra mucho trecho y reaparecer nuevamente. No es el único de esta región que prefiere fluir escondido, existiendo bajo su superficie abundantísimos cursos de agua que pueden aprovecharse para regar abundantemente, solo con perforar la superficie. El único inconveniente es que hay que saber dónde debe pincharse la tierra para acertar en el punto idóneo, ese lugar donde el flujo de agua es mayor. Para eso estamos los zahoríes.

El teniente Clavijo se presentó a la mañana siguiente, muy escéptico, en La Loba. Durante una media hora estuvimos andando juntos por el monte; yo con la varita de zahorí heredada de mi abuelo cogida con ambos puños, pegados estos a la cintura. Siempre seguíamos trayectorias norte-sur y este-oeste. Cada vez que atravesábamos alguna corriente subterránea, mi varita se levantaba como en una erección, retornando a la flacidez una vez rebasada. Clavijo me observaba muy serio, creía que le estaba tomando el pelo. Yo anotaba mentalmente las corrientes, especialmente las más potentes, acotando cada vez más la zona de búsqueda, hasta que encontré el lugar en el que se cruzan las dos más poderosas. Allí estaba el pozo olvidado, a escasos quince metros de las ruinas desde las que se efectuaron los disparos. A simple vista solamente podía verse una tapa metálica, oxidada, sobre la cual había una pesada piedra. Alguna vez debió existir un candado custodiando su apertura.

—¡Morales! —el teniente parecía muy cabreado mientras hablaba por teléfono con uno de sus subordinados—. ¿Cómo cojones estuvisteis mirando para no ver que allí mismo había un pozo?... ¡Que no le diste importancia!... ¡Ah! Que está en el atestado, sí... ¡vale, vale! No, no sabíamos entonces que el criminal se deshizo del rifle. Mira, no me toques más las pelotas y manda ya el equipo subacuático.

Las operaciones se prolongaron durante varias horas. Aparecieron el rifle, una bicicleta infantil y un viejo cuchillo de cocina oxidado. Atribuir a la casualidad que acabasen en el mismo oscuro y profundo lugar dos armas para atender contra la misma persona, separadas ambas agresiones por treinta y un

años, es mucho atribuir. Pensar que en ese mismo pozo también pudo terminar su existencia Lena, cuando era una niña, producía escalofríos. Si hemos de creer en el don, casi mágico, de los zahoríes, también podremos profesar en la existencia de geniecillos traviesos que nos ofrecen estas ironías.

Cuando salió a la superficie el rifle el teniente lo examinó, lo metió en una bolsa de pruebas, se quitó los guantes, sacó una libreta y me pidió que escribiera en ella el nombre del lugar en el que estábamos. “La Bernagosa”, escribí.

—Lamento mucho comunicarle, señor Frías —me dijo el teniente, muy serio, al guardarse la libreta—, que con este hallazgo queda usted definitivamente expulsado de la casa. Este rifle lleva una culata y un cerrojo para zurdos y usted, acabo de comprobarlo, es diestro.

—Ya sabemos alguna cosa más de nuestro asesino —apunté—. Supongo que con ese rifle será más fácil atraparlo.

—Es un Remington 700. El calibre cuadra con el de las vainas que encontramos; no hay duda, tenemos el arma del crimen a falta de alguna prueba balística que termine de confirmarlo. Una vez más, gracias a usted. Pero el cabroncete se cuidó mucho de repasar con una radial el número de serie, es imposible saber a nombre de quien está, si es que está a nombre de alguien. Hoy día pueden comprarse por internet estas armas y existe un mercado negro internacional difícil de controlar. Cruzaremos datos en nuestras bases, a ver si hay suerte. Aunque esto me huele cada vez más a sicario de crimen organizado. No tendría su amigo algo que ver con...

—¿Tráfico de drogas? —interrumpí, molesto por esa insinuación—. Pues mire por dónde, sí, era un gran productor y comerciaba con una droga que tiene efectos devastadores sobre millones de personas en el mundo. Se llama alcohol y la contiene el vino. Le confiaré un secreto: este es el término municipal con más producción del mundo de esa droga. Ríase usted de los cárteles de Medellín con su cocaína. Aparte de eso, Eduardo era la persona más legal que pudiera usted encontrarse.

—Perdone usted, no he querido molestarle.

Desde la noche anterior yo ya tenía la certeza de que el asesino de mi amigo era Gus, el gusano. Repasando los vídeos con atención, ampliando la zona de la imagen en la que paga en la gasolinera, podía verse casi la mitad de un reloj que sobresalía de la manga de la cazadora: un inconfundible Breguet Tourbillón carísimo y, por eso mismo, muy poco común. También me pareció que era zurdo, pues utilizó la mano izquierda para pagar. Su incipiente obesidad la pude observar dos meses atrás, cuando estuvo en La Loba.

Pero no lo delaté.

Algo muy poderoso me empujaba a proteger a Lena. Mis sentimientos hacia ella, desde luego. También la posibilidad de que, pese a la abrumadora vinculación existente entre el asesino y la principal beneficiaria de ese crimen, esta no fuera la inductora. Sería muy difícil convencer a un juez de que no era así, si es que así no era. En cualquier caso, lo que yo no estaba dispuesto a permitir era que el maldito Gus no quedase aplastado como el gusano que era.

Decidí dos cosas: decirle la verdad a don Fernando, dando su encomienda por cumplida, y permitir a Lena que se defendiera. Luego resolvería lo más conveniente a mi conciencia.

Cuando nos marchábamos de La Bernagosa el teniente y todo su equipo, pasamos cerca de las colmenas. Una de ellas estaba tumbada y abierta, desparramados y destruidos sus panales, las abejas zumbaban a su alrededor intentando reconstruir el desastre. Al aproximarnos, un penetrante olor delataba que aquello era obra de jabalíes, a los que también gusta la miel y, sobre todo, las larvas de las abejas.

La visión de esa catástrofe apícola me planteó una hipótesis, que enseguida transmití al teniente:

—¿Llegaron a encontrar el tercer proyectil sus hombres?

—Ya está usted con alguna idea rondando en esa cabeza prodigiosa e infatigable —dijo, recurriendo a la socarronería que tanto caracterizaba su personalidad—. No, no apareció, pero si tiene usted otra varita o conjuro para decirnos dónde impactó, yo se lo agradeceré mucho.

—La de zahorí servirá.

Utilicé mi varita para indicar al teniente un orificio en uno de los laterales de la colmena destruida. El proyectil había penetrado en los panales, arrasando todo a su paso, como hizo con las vísceras de Eduardo el que acabó con su vida. A consecuencia de ello mucha de su miel se desparramó fuera de la colmena, atrayendo con su dulce olor a los cochinos, que terminaron de saquearla.

—Es usted el demonio, doctor —fue el cumplido que me dedicó Clavijo.

Cuando se marchó la Guardia Civil me dispuse a notificar a don Fernando quién era el asesino de su hijo. Al pasar a su dormitorio notó en mi expresión la gravedad de lo que le iba a anunciar, adelantándose:

—Ha sido el puto Gus, ¿verdad? Lo sospeché desde el primer día. Por eso te impliqué, perdona los inconvenientes que te haya podido causar. Sabía que tú llegarías a descubrirlo antes que ellos. Necesito que me digas lo que sabes y lo

que haya descubierto la Guardia Civil.

Le hice una extensa relación de las cosas que yo había averiguado y de las conocidas e ignoradas por la benemérita.

—Por todo lo anterior, no tengo ninguna duda sobre quién apretó el gatillo que acabó con Eduardo —concluí—. Creo que es cuestión de tiempo que la Guardia Civil lo averigüe. Se habrán establecido las correspondientes alarmas, por si en los próximos cinco años algún Remington 700, de zurdo, no acude a pasar la inspección de armas, si no es que ya están indagando a los que tengan uno; tampoco habrá tantos en España. A tu hija ya la tienen en el punto de mira como principal beneficiaria de la muerte de Eduardo, no creo que tarden mucho en interrogarla.

—¿Cómo implicada?

—No creo que lleguen a tanto, porque por ahora no existe indicio alguno que la relacione con el asesino, si excluimos que ha quedado como la única beneficiaria de tus bienes. Pero si buscan, encontrarán.

—¿Qué? ¿Qué encontrarán? —preguntó el patricio, muy angustiado.

—Que tiene un socio que pilota potentes motocicletas, que es cazador con un Remington para zurdos a su nombre, que fuma Marlboro, que es un gran hijoputa...

—¡Un grandísimo nieto de archiputa! —don Fernando estaba fuera de sí.

—Descubrirán, si indagan lo suficiente, que tu hija tiene hipotecadas todas, o casi todas, tus tierras.

—¿Cómo? —parecía imposible pasar tan súbitamente de la ira al estupor, pero sucedió—. Eso no puede ser. Yo no he firmado hipoteca alguna sobre mis bienes en los últimos doce o trece años.

Saqué de mi maletín el cuadro que había elaborado con las diez fincas, se lo mostré y le expliqué cómo obtuve esa información.

—Sé cómo consiguió hacerlo —le dije—, pero he empeñado mi palabra en no revelarlo, por lo que no puedo decírtelo.

Tras unos instantes con el ceño fruncido, don Fernando sacó enseguida sus conclusiones:

—Enredaría a ese notario de medio pelo para que le hiciese una copia auténtica de un poder falso.

—Yo no te lo he dicho —me exculpé, al tiempo que confirmaba sus sospechas.

Para estar bajo los efectos de los opiáceos, mi enfermo mostraba una asombrosa lucidez. No parecía enojado con su hija mientras asimilaba lo que le

había revelado sobre ella. En el entrecejo se reflejaba la intensidad del esfuerzo racional que estaba llevando a cabo. Finalmente dijo:

—¡Pobre Lena! Lo que ha tenido que estar pasando para llegar a algo así. Si me lo hubiera pedido, yo le habría dado todo, como le di el chalet de Puerta de Hierro, la casa de Marbella, el cuadro, el yate... Ella se merece todo. No quiso pedirme más y por eso recurrió a estas artimañas. Todavía debe de estar muy apurada, porque si no yo ya habría recibido requerimientos de pago por no satisfacer las cuotas. ¡Lo que estará sufriendo para evitarme ese disgusto! ¡Imagina lo que pueden importarme ahora, a mí, esas cosas!

Me miró, tratando de adivinar mis pensamientos.

—No, Álvaro, no —fijó en mí la mirada más penetrante que nunca la había visto—. Lena no tiene nada que ver con el crimen de mi hijo, puedes estar seguro. Sabe que ninguna cosa podría hacerme más daño que perder a Eduardo, que le perdonaría cualquier otra felonía, aunque me arruinase. ¡Qué importa eso ahora! Me lo demostró el otro día. Y, ahora que sé de que se trata, estoy casi seguro de que Eduardo conocía estas deudas. Por algunas preguntas que me hizo... sí, mi hijo estaba al tanto y quería ayudar a su hermana.

—¿Estás seguro?

—De lo único que estoy seguro es de que moriré muy pronto —dijo con tristeza—. Tendrá que aclararlo ella. ¿Le darás la oportunidad?

—Necesito hablar con ella. Pronto —remarqué—. Y tengo que preguntarte algo que sucedió la misma tarde que ese malnacido mató a Eduardo. ¿Recuerdas una llamada recibida en el teléfono fijo que tenéis en esta casa?

—Esa tarde no... no, ¡espera, sí! Ahora lo recuerdo. Lo cogió Eduvigis y avisó a Eduardo porque era para él. Me chocó, porque nadie lo llamaba nunca al fijo. Vosotros, los jóvenes, solamente utilizáis el móvil.

—¿Sabes con quién habló?

—No, se lo pregunté, pero no me lo dijo. Lo que sí recuerdo es que al colgar exclamó, con ganas: ¡gilipollas! ¿Tiene sentido?

—Habló con su asesino —me guardé la información de que esa llamada tuvo lugar desde la casa de Lena—. Una cosa más, es importante, Fernando: ¿se llamaban con frecuencia Lena y su hermano?

—No mucho; algunas veces. Siempre con el móvil, como te he dicho. Se llevaban muy bien, Álvaro. A Lena le costó aceptarlo al principio, pero Eduardo se esforzó mucho por congeniar con ella y lo consiguió. Ambos descubrieron el cariño fraternal, que hasta entonces ignoraban por haber sido hijos únicos, sin serlo. Lo de comprar un caballo lo hizo Eduardo porque sabía que ella necesitó

desprenderse de su árabe y quería que tuviese aquí uno para montar. Buscaba aficiones que compartir con ella, le pedía muchos consejos sobre asuntos empresariales, se empapó de mi colección de grabados antiguos para charlar sobre ellos con su hermana, le ofreció su biblioteca... Y también hablaban mucho de ti. Sobre todo, hablaban de ti. Lena abrumaba a preguntas a Eduardo: con qué chicas ibas, qué música te gusta, libros, motos, viajes, ¡hasta comidas! Quería estar al día de las venturas y desventuras del marqués de Malagana. ¿Todavía no te has dado cuenta de lo que te quiere?

Estas palabras provocaron una tormenta de emociones dentro de mí. Confieso que estoy incapacitado para explicarlas, como entonces lo estuve para responder.

—¿Qué piensas hacer? —don Fernando repitió su mirada, más inquisitiva que cualquier detector de mentiras.

—¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

No pude soportar continuar allí. Como un niño desvalido, abandoné la habitación. A mi espalda, la voz imperiosa de don Fernando:

—Habla con ella.

CUENTA ATRÁS

—Don Álvaro, una mujer pregunta por usted.

Manolillo, el celador del turno de noche, me sacaba de la cama a las cinco y cuarto de la madrugada.

—¿Una enferma?

—Una señora.

Lena esperaba impaciente, de pie, grave el rictus.

—¡Lena! —me sorprendió la hora y el lugar—. ¿Está peor tu padre?

Con un gesto, cargado de tensión, me suplicó que la llevase a un lugar donde pudiéramos hablar.

—Álvaro —no pronunció una palabra hasta que estuvimos a solas en la sala de reuniones—, me ha dicho mi padre que tenías que hablar conmigo, urgentemente. Aquí estoy. ¿Crees de verdad que he tenido algo que ver con la muerte de Eduardo? Si has llegado a pensar eso, estás destruyendo mi vida, se desmorona todo. Dime que no es verdad. Dime que los sacrificios de los últimos nueve años no han sido en vano. ¡Álvaro!

Rompió a llorar. La dejé un rato con sus lágrimas, no me gustan esas escenas. Mientras se serenaba, cogí su mano y le hablé suavemente, pero con firmeza:

—Lena, yo necesito que me ayudes a componer un rompecabezas en el que algunas piezas no pueden encajar sin señalarte a ti como parte de esta trama. Debo tomar algunas decisiones y para hacerlo necesito rellenar ciertas casillas del crucigrama, encontrar una coherencia de la que ahora no dispongo. Pero no me pidas que no piense ni que niegue que lo he pensado. Pensar es casi lo único que sé hacer. Tampoco tengo idea de cuáles sean esos sacrificios a los que te refieres. Aunque es cierto que entre nosotros existen hermosas emociones, reconocerás que apenas se nada de ti.

—Lo comprendo. Siento montarte este numerito precisamente aquí — Lena cogió la gasa que le ofrecí para secar las lágrimas que huyeron de sus ojos —. Pero cuando papá me ha dicho que has descubierto que Gus ha sido el asesino de mi hermano, que le has estado haciendo preguntas sobre mí, de cuándo llamo o dejo de llamar por teléfono, yo...

Consiguió reprimir una recaída en otra crisis lacrimógena. Continuó:

—No podía esperar. He venido directamente desde Berna, ni he pasado a ver a papá. Querrás saber, ante todo, si yo sabía que Gus era el asesino de

Eduardo. Primera respuesta: sí. Lo supe inmediatamente, en cuanto llamaste para comunicarme que habían matado a Eduardo. Te lo he ocultado hasta ahora, pero se lo he hecho pagar muy caro. Está ingresado en el hospital de La Paz con media docena de huesos rotos y se ha quedado sin dientes. Se los han quitado a puñetazos y patadas y, si le quedaba alguno, supongo que con alicates. Sin anestesia.

La miré espantado.

—No, no te creas que yo tengo tantos recursos para hacer eso —aclaró enseguida—. Tampoco he contratado a sicarios para que lo hagan en mi nombre. Simplemente he dejado que suceda lo que inevitablemente ocurriría. He permitido que los acontecimientos sigan su curso.

—Te agradecería que ampliases un poco más esa información. Lo que me cuentas no me tranquiliza en absoluto.

Lena me miró inquieta al comprobar que yo no me conformaría con historias parciales, agradecida al evidenciar que estaba dispuesto a escucharla.

—¿Tenemos tiempo? —preguntó.

—Siempre que no nos interrumpa alguna urgencia médica, todo el que necesites.

—Ya sabes lo que sucedió hace nueve años en La Loba —siempre regresábamos al cóctel del año dos mil ocho; parecía el inevitable punto de partida de todo. Lo era—. Como te dije, Gus y yo tramamos la representación de un falso noviazgo para captar inversores. Ya sé que tú censuras aquello, las farsas, las mentiras. Tienes razón, yo tampoco haría algo así ahora. ¡Álvaro! Teníamos veintidós años, la cabeza llena de pájaros, nos comíamos el mundo, era emocionante una diablura así que podría proporcionarnos dinero suficiente para llevar a cabo un proyecto con el que esperábamos poder demostrar al mundo lo listos y brillantes que podíamos llegar a ser. Se torció por la cosa más tonta: la metedura de pata de mi socio y la intervención de una inoportuna bocazas. Aquel proyecto no era muy original, en realidad consistía en lo mismo que por entonces hacía todo el mundo: comprar terrenos y construir.

—Escasa creatividad para una startup, es verdad —acoté.

—Por entonces había una verdadera fiebre por comprar viviendas, los amigos hablaban en sus tertulias de sus hipotecas en yenes, de notarías, de euros por metro cuadrado... La gallina de los huevos de oro. No faltó quien advertía que aquello era una burbuja a punto de reventar, pero a los cenizos no se les escucha cuando estas llegando a “El Dorado” —graciosamente trazó unas comillas en el aire con sus finos y largos dedos—. Teníamos comprometidos los

terrenos, el mejor estudio de arquitectura había diseñado una urbanización monísima a un paso de Madrid, estaban firmados contratos con un par de poderosas constructoras, constituidas tres sociedades, adelantadas cantidades considerables y apalabrada la financiación con los bancos. Merche derribó nuestros castillos en el aire con una llamada, una maldita llamada.

—Pero eso no os detuvo, supongo.

—Supones maravillosamente. Gus no le dio demasiada importancia y se puso a buscar nuevos inversores.

—Y los encontró, supongo.

—Deja ya de suponer, que me pones nerviosa.

—Ya estás muy nerviosa sin que yo te interrumpa. ¿Quieres un café? ¿Galletas?

—Un café, por favor.

Mientras la máquina de nuestra sala preparaba dos detestables cafés, Lena continuó:

—Contactó con unos colombianos dispuestos a invertir mucho dinero. Seré más precisa: dispuestos a blanquear mucho dinero. Te ahorro detalles sobre el origen de esos fondos, no hace falta que lo explique. Yo no quería socios de esa calaña, pero Gus supo presentármelo como la única oportunidad que teníamos para seguir adelante y acepté porque, ingenua de mí, ya se había ocupado él de que yo figurase como la administradora única de las sociedades con las que habíamos comprometido contratos, préstamos y gastos. Unas sociedades constituidas con capitales ficticios.

—De manera que tú eras la única responsable ante la ley, la que firmaba —colegí—. ¿No tenías escapatoria?

—Tardé algunos años en conseguir desvincularme de aquellas sociedades, pero en esos momentos había que pagar mucho dinero y no hacerlo significaba enfrentarme a querellas por estafa —me explicó, angustiada—. No podía ir a la cárcel, habría hecho cualquier cosa para evitarlo. Álvaro, eso no puedo permitírmelo, de ninguna manera. Y lo hicimos: cogimos el dinero de los colombianos y empezamos a levantar lo que debería haber sido una urbanización de unifamiliares muy exclusiva, pijísima. Afortunadamente, tuve la precaución de imponerle a Gus una condición, que aceptó: yo jamás tendría contacto alguno con los colombianos. A los efectos de esos mafiosos, Gus era el administrador de las sociedades. Yo firmaba en las notarías los documentos y los contratos oficiales, pero ellos siempre pensaron que quien manejaba los asuntos era Gus.

Lena detuvo un segundo su discurso, miró al cielo invocando ayuda, y

dijo:

—Para que todo terminase de complicarse, explotó la bomba que hizo tambalear los mercados financieros del mundo entero: el caso Lehman Brothers, con el que reventó la burbuja inmobiliaria.

—¿Fue entonces? —mi vida había transcurrido totalmente ajena a esos fenómenos, tan solo había escuchado campanadas—. Recuerdo que dejaron de venderse casas, de pagarse hipotecas, que quebraron varios bancos, no digamos las cajas.

—Los terrenos que teníamos perdieron totalmente su valor, tuvimos que parar las obras, despedir empleados, renegociar los préstamos. Una auténtica catástrofe.

—¿No se llama declaración de concurso cuando una empresa no puede afrontar pagos y lo que queda de ella se lo reparten los acreedores? —pregunté—. He sabido de algunos casos y los dueños de esas empresas se han ido tan frescos a su casa, a pesar de dejar atrás inmensas deudas.

—Pero esos acreedores no serían de cárteles colombianos, ¿verdad? Ellos querían recuperar su dinero y exigían los beneficios que el imbécil de Gus les había prometido. También estaba el asunto de los capitales ficticios: si te presentas a un concurso con una sociedad así, te acusan de estafa, de concurso culpable y de no sé cuántas cosas más. No me quedaba otra que pagar. Gracias por la gasa, muy profesional —me la devolvió, para que la tirase a una cercana papelería.

—Continúa, por favor —solicité—. Por ahora te sigo bastante bien.

—Mamá me ayudó mucho al principio. Se las arregló para ir dándome el dinero que necesitaba para ir atendiendo las cosas más urgentes: despidos, proveedores, arquitectos, indemnizaciones a contratistas... ¡vaya sinvergüenzas! Los préstamos tenían unos años de carencia en los que solamente había que atender intereses, sin amortizar capital. A los colombianos Gus los toreaba como podía, asegurándoles que todo iba viento en popa y que la urbanización en unos años daría los frutos esperados. Aquello era un barco que se hundía, mamá agotó sus recursos, yo no quería que papá se enterase... Y entonces mamá se murió.

—Y apareció Eduardo —añadí—. Tu conocías la existencia de tu hermano antes de aquello, porque cuando me llamaste para sonsacarme mencionaste su nombre.

—A ti no te lo ocultaré, Álvaro: mis padres no se querían. No entendí por qué no se separaban, porque cualquier excusa les servía para pelearse. De niña yo me asustaba mucho con aquellas voces y me juraba que solamente me casaría

con un hombre al que pudiese amar y que me amase tanto, tanto, que jamás pudieran existir reproches entre nosotros. En aquellas peleas salió algunas veces el nombre de Eduardo, pero yo pensaba que era, o había sido, un amante de mamá, porque gritaba: ¡nunca más me hables de Eduardo! Cuando mamá se marchó para siempre supuse que papá tendría, por fin, algo que decir de ese Eduardo. A nosotros no nos pasará eso, ¿verdad? Nunca nos reprocharemos nada, ni pelearemos.

—¿Es qué nos vamos a casar? —pregunté, divertido—. Ahora que, por lo que me vas contando, va a resultar que eres pobre.

—Todavía no soy tan pobre como para tener que tomarme este café, ¡por Dios! —dijo, haciendo un gesto de asco al probarlo, al mismo tiempo que sonreía por vez primera.

—Hasta que no abran la cafetería no hay otra cosa. La única virtud de este mejunje es que contiene cafeína. Íbamos porque un barco se hundía, sin que la orquesta tocara en cubierta...

—El barco, sí... Con la herencia de mamá y lo que mi padre me dio para amortiguar el golpe de la noticia de que tenía un hermano en este mundo que estaba ocupando mi lugar...

—Eso es bastante injusto, Lena —protesté—. Eduardo ocupó una plaza vacante, porque tú eras una interina muy ocasional.

—Es verdad, tienes razón. Pero yo entonces lo viví así, o me convencí de que era así para no sentirme tan mal por chantajear de esa manera a mi padre. Luego he estado muy agradecida a mi hermano por darle a papá sus mejores años y cuidar de él. A ti también, por cierto.

Para pronunciar esta última frase Lena utilizó un tono íntimo, tan cercano que lo sentí dentro de mí.

—Sigamos con el naufragio —continuó—. Casi me ahogan las vías de agua, las deudas que inundaban las bodegas de ese barco. Entre amortizaciones de capital, las exigencias de los colombianos, los tremendos gastos de tener casa abierta en Suiza, los continuos viajes y las pretensiones de Gus, todos esos bienes volaban, obligándome a endeudarme más y más.

—Un momento —interrumpí—. ¿Cuáles eran las pretensiones de ese gusano? ¿No aportaba nada a esas deudas, que a fin de cuentas eran de los dos?

—Gus es un fantasma y un inútil. Solamente sabe fanfarronear, aparentar que es más de lo que en realidad es, puro humo. Tiene habilidad para las relaciones públicas, eso hay que reconocerlo. Sabe hacer contactos, establecer amistades y hacerle creer a todo el mundo que es capaz de presentarle al propio

Papa de Roma, si hiciera falta. Una especie de “pequeño Nicolás”, aunque no tan pequeño. Como los asuntos con los colombianos los llevaba él, tenía que fiarme cuando me pedía dinero, pero sin saber nunca si realmente acababa en manos del cártel o en su bolsillo, porque vivía a todo tren sin que se le conociesen otros ingresos. Bueno, en realidad sí que hacía algo con lo que obtener beneficios, algo que al final ha resultado ser su perdición: menudeaba con cocaína. Como continuamente se movía en fiestas de gente guapa, supongo que ahí la colocaría bastante bien; no sé cuántas veces llegaría a hacerlo. En una de las ocasiones la policía lo acorraló y tiró algunos kilos por la taza del váter. Le hubiera ido mejor con la policía, porque los colombianos son inflexibles con las excusas, no les importan. Lo palearon primero y luego le ofrecieron la alternativa que ya se ha convertido en un tópico.

—Plata o plomo —adiviné.

—Lo hubiera dejado a su suerte. Ya estaba harta de Gus, sus adicciones y de un fantoche de cinco estrellas. Pero no pude. Recurrió, el muy canalla, a chantajearme a mí: que si no lo ayudaba le contaría todo a los colombianos, que me denunciaría por estafa societaria, que si él no tenía ya nada que perder... Por su culpa yo necesitaba cada vez más dinero y se estaban agotando mis recursos. Se me ocurrió un plan: que les ofreciese a los colombianos ir pagando su deuda a plazos, pero con la ventaja añadida de que todo ese dinero estaría colocado en una cuenta suiza. Yo sabía cómo hacerlo y al tener residencia en Berna resultaba algo sencillo. Aceptaron encantados. Tan encantados que a partir de entonces y con independencia de la deuda del gusano empezaron a llegar maletones llenos de billetes a Berna, traídos por Gus en coche e ingresados por mí en determinado banco, controlados esos ingresos por los mafiosos a través de internet.

—Así que esos eran tus negocios en Berna.

—Ahí empezaron. Gracias a ese trabajito comencé a entender los mecanismos de banca de los paraísos fiscales, me asesoré bien y abrí una modesta oficina en Berna, donde operaba con clientes españoles; ricos, pero por lo demás normales y corrientes, a los que la situación política en nuestro país les inquietaba tanto que querían tener a buen recaudo sus ahorros. Lo de tener metidos en las Cortes diputados con coleta y bebés mamando no los tranquilizaba mucho, y a mí me vino estupendamente. Enseguida hice una cartera de selectos clientes que recomendaban mis servicios mediante el boca a boca. Gus nada sabía de este otro negocio mío.

—Todavía no me has hablado de Diego —el postrero sorbo de café lo asocié con las amarguras del notario—. Me consta que intervino en algunas

cosas.

—¡Pobre Dieguito, se había hecho tantas ilusiones! ¿Qué quieres que te diga?

—La parte que tuvo en tus chanchullos societarios, en falsificar poderes para que hipotecases las tierras de tu padre. En fin, cómo lo manipulaste para conseguir lo que necesitabas de él, aunque así comprometieses su carrera, su futuro.

—Así que... ¡te lo ha contado todo! —exclamó Lena—. Yo había jurado mantenerlo en secreto para no perjudicarlo. Pero si él mismo se ha delatado, no tengo inconveniente en decirte cuanto quieras saber. ¿Falsificó un poder falso de papá para mí? Sí, pero eso jamás saldría a la luz. ¿Hicimos juntas ficticias de mis sociedades para otorgar poderes, remover cargos y desvincularme de ellas? También, y le estoy muy agradecida. ¿Estaba desesperada? Sí. Pero papá nunca se enterará de esto porque estoy pagando puntualmente los préstamos de las hipotecas sobre esas tierras.

—Tu padre ya lo sabe —le revelé.

—¿Se lo dijo Eduardo? Mira que le hice prometer que no le daría a papá ese disgusto, que estaba todo bajo mi control y que, en todo caso, yo recibiría en la herencia las tierras hipotecadas y él las libres de cargas. Aunque me dijo que eso no le importaba, que ya lo arreglaríamos.

Lo que Lena acababa de decir venía a confirmar las sospechas de don Fernando: su hijo lo sabía y estaba ayudando a Lena a encontrar alguna solución. Me alivió conocer esta circunstancia, pues descartaba que en el móvil del crimen estuviera el temor a que Eduardo, al conocer los manejos de Lena, actuase contra ella. Sin embargo, algo me desconcertaba, por lo que tuve que preguntar:

—Pero, Lena, ¿no llegaste a hipotecar todas las tierras?

—¡Qué va! ¿De dónde sacas eso? —no era momento para explicar lo que era la extrapolación de una muestra, así que dejé que continuase hablando—. Solamente lo hice con unas pocas, las que papá quiso que quedasen a su nombre, para poder disponer de ellas libremente. Además, estoy segura de que me las regalaría de habérselas pedido, ¿por qué no se lo preguntas? No se las pedí porque no quise que pensase que quería minorar los derechos hereditarios de Eduardo.

—Entonces, el resto de las tierras, ¿a nombre de quién están? —pregunté, aún más desconcertado.

—De LAS LOBEZNAS, S.A., la sociedad dueña de casi todas las tierras, de la bodega, de la casa... ¡de todo! Naturalmente, todas las acciones de esa

sociedad son de papá.

—Es decir, que él es el único dueño de la sociedad que es dueña de todo —puntualicé.

—Eso es. Pero al pertenecer todas esas propiedades a esa sociedad, yo no podría haberlas hipotecado con ese poder —aclaró Lena—. De todas formas, no necesitaba llegar a tanto. Bueno, casi. Como siempre, por culpa de Gus.

—Otra vez ese anélido.

—¿Cómo?

—Los gusanos, la sanguijuela, por ejemplo, pertenecen al *filum* de los anélidos.

—Ya, entiendo —Lena asintió—. Otra vez metió la pata la sanguijuela. En su último viaje a Suiza, llevando una maleta cargada con algunos millones de euros, paró en Lyon. Mucho hotel de cinco estrellas, pero contrató los servicios de una puta barata, que voló con la maleta cuando se quedó dormido. Al llegar a Berna con las manos vacías me suplicó que lo ayudase y, como me negué, otra vez recurrió al chantaje y hasta me amenazó con implicar a Diego desvelando las falsificaciones que hizo para mí. Yo llegué a dudar sobre la historia de la puta; sospeché que se la inventaba para seguir sacándome dinero, aunque dio igual, porque me lo sacó. El dinero que ingresé en la cuenta mafiosa no era mío, provenía de productos opacos de mis inversionistas, porque yo no tenía para tanto. Si alguno de mis clientes lo hubiera reclamado, estaba perdida.

—Por lo que dices, al conocer esa alimaña los chanchullos de Diego, podía ponerlo en peligro. Seguramente no habría tardado en chantajearlo a él también —opiné.

—Sabía lo del poder de papá y lo demás lo imaginó cuando se enteró de que yo había dejado la administración de las sociedades y lo había puesto a él como cabeza visible.

—¡Pobre señor escribano! —exclamé, dedicando a Lena una mirada acusatoria.

—Si eso te complace, me declaro culpable de haberlo manipulado valiéndome de sus sentimientos hacia mí —confesó Lena—. Aunque nunca imaginé que podría acabar cayendo en manos de alguien tan falto de escrúpulos. De todas formas, que no se queje tanto. Nada le ha sucedido todavía y conmigo nunca podría haber llegado a ser feliz, aunque solo sea porque yo no podía amarlo. En compensación, fui yo quien le presentó a su eficiente oficial, la madre de sus hijos y la que será una buena compañera el resto de su vida.

—¡Ah! Eso no me lo dijo, que fuiste tú quien le presentaste a Mercedes.

—¿Sabes lo que dijo ella cuando se lo presenté? ¿No? “¡Así que tú eres el famoso Diego!”

Removí mi memoria unos instantes, hasta que caí:

—¿Que Mercedes es aquella Merche, la bocazas? No es posible. ¿Te das cuenta de que todo lo ocurrido tiene su origen en aquellos días? Es como una conjura cósmica.

Lena río con ganas y me dijo:

—Y eso que todavía no sabes lo mejor.

—¿Hay más?

—A su debido tiempo. Primero termino de informarte del asunto gusanero —volvió a ponerse muy seria. Y muy guapa—. Le dije a Gus que hasta ahí habíamos llegado, que ya no podía soportar más que siguiese arruinando mi vida y que tenía que conseguir que yo recuperase ese dinero cuanto antes. Me contestó que sabía como hacerlo, pero no me explicó en qué había pensado para conseguirlo. Tampoco me importó entonces... Hasta que recibí tu llamada.

Necesité algunas gasas más para evitar que las lágrimas estropearan su precioso vestido de princesa. La abracé. Se desahogó sobre mi bata. Cuando se sosegó lo suficiente, continuó:

—El muy cerdo estaba metido en mi casa cuando llegué. Al parecer, los colombianos tenían la mosca tras la oreja con la última entrega; sospechaban algo turbio al haber sido un ingreso algo irregular con respecto a los anteriores y prefería dejarse ver poco, esconderse donde no pudieran encontrarlo. Cuando recibí tu llamada él estaba conmigo, en mi casa, mirándome con esa sonrisa de chulo sobrado, vestido de motorista cutre, fumando, regodeándose: “te dije que te conseguiría ese dinero” me soltó el muy... “cuando palme tu viejo recibirás el doble de lo que esperabas, que seguro que es más de lo que te debo. Todavía me tienes que dar una comisión”.

La indignación me levantó de la silla en la que estaba como lo haría un calambrazo. Me puse a pasear la sala de juntas arriba y abajo, agitado, colérico, tan furioso que yo mismo no me reconocía en ese estado.

—¡Lo mataré! —exclamé finalmente.

Lena se levantó a calmarme, acariciándome el pelo, la cara, ronroneando los mismos susurros con los que se apacigua la rabieta de un bebé.

—Ya casi lo he matado yo, amor mío.

Esta declaración, como un golpe, me dejó estupefacto. Debí mirarla con tanta extrañeza como admiración.

—Cuando me soltó esas barbaridades me lancé sobre él —continuó Lena

—. A puñetazos, patadas, mordiscos... ni siquiera puedo recordar las cosas que le dije. Le exigí que saliera de mi casa, o llamaría a la policía. El me replicó que si sabía lo que me convenía no llamaría a nadie porque estaba dispuesto a declarar que yo era la inductora del asesinato de mi hermano, que éramos cómplices. Decía que yo tenía el móvil perfecto para hacerlo y que cuando algún juez indagase en mis chanchullos con poderes, sociedades y paraísos fiscales, me condenaría. Añadió, por si lo anterior fuera poco, que revelaría a los colombianos mi identidad, mi domicilio y les diría que yo tenía la culpa de todos los problemas con las sociedades. Los colombianos no necesitan pruebas para actuar, son fáciles de convencer si necesitan culpables. Le insistí para que se marchase y se fue, haciendo un gesto de chitón con el dedo en sus labios. ¡Nadie puede llegar a ser tan despreciable!

—¿Qué hiciste luego? —estaba ansioso por conocer la caída del gusano.

—Cuando me serené un poco, antes de coger el coche para venir a verte, tuve una iluminación. Era tan simple que no podía fallar. Las cuentas bancarias de los paraísos fiscales funcionan de manera muy parecida a las normales: un usuario y una contraseña para entrar, un pin para operar. Supuestamente esas claves solamente eran conocidas por el contable que tengan los colombianos y por Gus, de manera que cuando realicé a una de mis cuentas una transferencia por la totalidad de los fondos del cártel, para los mafiosos solamente podía existir un culpable, al que buscarían hasta el último rincón del mundo para ajustar cuentas. Lo encontraron enseguida, porque al no conocer Gus mi jugada estaba bastante confiado, visitando alguno de sus antros habituales.

—Lena, robar dinero a los cárteles es muy peligroso —dije muy serio—. No debiste hacer eso, pueden averiguar que has sido tú. El mismo Gus se lo habrá dicho.

—Decidí correr el riesgo, ya no aguantaba más. Conocía el antecedente de cuando Gus tiró por el váter aquella cocaína. Antes de que él pudiera ofrecerles alguna explicación, le propinaron una buena paliza. Es el código ético de los colombianos: primero pagas tu negligencia, luego indagan la parte de culpa que puedas tener y la posibilidad de subsanarla. Si no puedes hacer esto último: ¡plomo!

Lo del plomo lo dijo representando con su mano una pistola con la que apuntaba y disparaba a un blanco imaginario. Parecía que aquello la estaba poniendo eufórica. Continuó su relato:

—No creo que Gus llegase a tener la oportunidad de decir una palabra cuando dieron con él; ya te he dicho que está ingresado en La Paz. Esperarán a

que se recupere para intentar que les devuelva un dinero que no tiene. Aunque, quizá, entonces los narcos estén muy ocupados escondiéndose de la justicia española, porque he enviado anónimamente a la Audiencia Nacional y a la policía los extractos de la cuenta de suiza y los nombres de los verdaderos titulares. No creo que tarden mucho en ponerse en marcha. ¿Has oído las noticias?

—Casi nunca las veo —contesté, mientras pensaba en la tremenda audacia que Lena había llevado a cabo—. Pero, Lena, si ese dinero sale de una determinada cuenta y tiene su destino en otra, ¿no es posible rastrear esa pista y llegar hasta ti?

—Ahí radica la diferencia con una cuenta bancaria de un infierno fiscal como este —Lena es una experta bróker, muy perita en estos chanchullos—. En los paraísos fiscales son cuentas secretas, pero si a eso le añades que el titular de esa cuenta es una sociedad panameña que, a su vez, es de otra sociedad radicada en las islas Caimán, no hay manera de seguir el rastro. Esos países viven de ser refugios fiscales, no tienen otro sentido, y el resto tolera su existencia porque los poderosos del mundo necesitan estos escondites para su dinero. Una guerra para acabar con ellos no duraría ni diez minutos, si de verdad se quisiera acabar con estos paraísos.

Producía vértigo escuchar a Lena hablando de estas cosas como quien comenta una película a la salida del cine. La versión que me acababa de dar parecía exculparla de cualquier intención de matar a su hermano, era suficientemente coherente y encajaba con casi todos los hechos que yo conocía. Sobre mí pesaba excesivamente la responsabilidad de absolución total; no dejaba de ser la versión de una parte interesada. Ella percibió mis titubeos.

—Todavía dudas de mi —afirmó, visiblemente contrariada—. Dime, pregunta lo que quieras, pero disipa cualquier duda. Tú no puedes dudar, tú no, por favor... ¡por favor!

Empezaba a amanecer. Aquella conversación había durado demasiado, aunque la percibía como transcurrida en un minuto. La información parecía abrumadora, pero en realidad no lo era tanto. Me puse otra vez a caminar aquella sala a uno y otro lado, aunque ahora lo hacía pausadamente, muy concentrado, elaborando el algoritmo del asesinato de mi mejor amigo.

—Lena, hay algo que no puedo quitarme de la cabeza —dije al fin—. No se trata de un pensamiento, ni de una deducción racional; es una imagen que me aparece, una y otra vez, en cada ocasión en la que pienso en este asunto. Me gustaría evitarla, borrarla, hacerla desaparecer hecha trizas, como un documento

pasado por una destructora de papel. Pero no lo consigo. Tú puedes ayudarme.

—Dime de qué se trata —su rostro mostraba verdadera preocupación.

—Es la imagen de Gus en La Loba, apoyado sobre su coche, los zapatos sucios de haber estado caminando por el campo, por el lugar donde apenas dos meses después dispararía sobre Eduardo y sobre Bendicò, como si ya estuviera preparando su crimen... No puedo evitar pensar que fuiste tú quien lo llevó hasta allí, a pesar de la prohibición expresa de tu padre para que ese individuo pisase sus tierras.

—Gus quería hablar con Eduardo, se puso muy pesado desde que probó su vino, empezó a pensar en esas botellas como lo hace un traficante, pues él ya no era otra cosa. Hablaba de una gran oportunidad de negocio, de deslumbrar a figurones y no sé cuántas majaderías. Lo llevé a La Loba como una más de sus continuas y humillantes coacciones. En el regreso a Madrid conduje yo porque él quería mirar en internet lo de la abeja del Kurdistán. Cuando se convenció de que os habíais burlado de él, quería que diésemos la vuelta a escarmentaros. Sobre todo a Eduardo, que no solo había sido el principal burlador, sino que había dejado claro que no existía la menor posibilidad de negocio. Estoy convencida de que fue entonces cuando empezaron a germinar en él ardientes deseos de venganza.

—Yo también lo creo —me puse muy serio—. Recuerdo también que entonces tú me susurraste que había venido porque tenías el coche en el taller; claramente, una mentira.

—¿Por qué pensaste que era mentira?

—Porque hubiera bastado con que te dejase su coche, no necesitabas su compañía.

—Ya te he explicado su vehemente obsesión por el vino...

—Pero mentiste. Una vez más mentiste, Lena —utilicé mi tono más severo—. También está en mi cabeza la historia que me contaste sobre el pozo de La Bernagosa y tu accidente con la bicicleta. ¿La conocía esa sanguijuela?

—No recuerdo ahora, pero sí, es muy posible que alguna vez se la contase, sí. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—El rifle que utilizó el asesino ha aparecido dentro de ese pozo. Conocía su existencia gracias a ti.

Lena recibía mis palabras como bofetadas.

—También has dicho esta noche que ya estabas harta de esa escoria, pero estaba en tu casa, bebía el vino de Eduardo, te acompañaba con el coche a La Loba y la tarde previa al asesinato de Eduardo estuvo hablando con él por

teléfono. Es muy posible que de esa conversación el criminal obtuviese la información con la que supiese que podría encontrar a su víctima, esa noche, entre las colmenas.

—Ya te he explicado, Álvaro, que Gus me estaba chantajeando —Lena casi lloraba—. Si me extorsionaba con millones de euros, ¿podía negarme a que estuviera en mi casa y se bebiera mi vino, si así me lo exigía? Lo que jamás le facilité es el número del móvil de Eduardo, aunque me lo pidió varias veces. Ignoro de dónde lo sacó.

—No llamó a su móvil, sino al fijo de La Loba. Desde el fijo de tu casa de Madrid —le expliqué.

—Ese se puede obtener de la guía telefónica. Búscalo tú, ahora mismo, desde ese ordenador. Verás que fácil y rápido.

Lena recibía mis dudas como crueles puñaladas. Las acusaba, pero al mismo tiempo las recibía con entereza, con dignidad, como el que sabe que el castigo que recibe es el sacrificio necesario para defender una causa mayor.

—Demasiadas mentiras, Lena —yo no estaba dispuesto en ese momento a rebajar el nivel de severidad de mis palabras—. Dame algún motivo para que pueda creer que entre tanta mentira existe algo de verdad.

—Tienes razón —dijo muy resuelta—. Ha llegado el momento de enseñarte la verdad.

Saco su smartphone del bolso, buscó en él una imagen y me la enseñó.

—Ocho —fue lo único que dijo.

Buscó otra imagen.

—Siete.

—Seis...

Prosiguió, imagen tras imagen, esa cuenta atrás. Hasta el uno.

Aquellas ocho imágenes destruyeron cualquier algoritmo, duda, incertidumbre, recelo o prueba que me permitiesen dudar de Lena. Otorgaban plena coherencia a todo y me imponían un deber superior a cualquier otra consideración.

Lena sonreía, emocionada.

Supe inmediatamente lo que tenía que hacer, tan solo necesitaba trazar un plan; fueron suficientes cinco minutos. Me dispuse a ejecutarlo de inmediato. Bajé a la zona de quirófanos, tomé prestados un gorro y una mascarilla, cogí unas cuantas ampollas de cloruro potásico y las cargué en una jeringuilla. Lena y yo salimos del hospital mientras se iba incorporando el personal habitual y llegaban los

pacientes ambulatorios. No cambié mi indumentaria de guardia. Pasamos por mi casa a recoger algo de ropa, mi pasaporte y la identificación que aún conservaba de cuando era estudiante en el Hospital de La Paz de Madrid. Salimos a toda velocidad para esa ciudad.

Durante el viaje hablábamos y hablábamos. Había mucho que hablar. Estimulados por catecolaminas saturando las sinapsis de nuestras neuronas, segregadas ante la emoción de lo que íbamos a llevar a cabo, hablábamos sin parar. Era la droga de los asesinos, la que impulsa a los criminales en serie a repetir sus fechorías una y otra vez, para sentirse invencibles, poderosos, dueños de destinos ajenos. Recordé la referencia que Clavijo hizo a los excesos de velocidad del ejecutor de Eduardo, aguijoneados por la adrenalina. Procuré controlar los límites de velocidad.

Introduje el coche en el aparcamiento subterráneo de La Paz, donde Lena se quedó esperando. El gorro en la cabeza, la mascarilla de quirófano cubriéndome la barbilla y la acreditación prendida del bolsillo de mi bata hacían de mí uno más de los que deambulaban sin obstáculos por ese gigantesco hospital por el que pasan cada día más de cien mil personas. Subí a la planta de traumatología, donde no me costó encontrarlo sedado, narcotizado por carretillas de analgésicos. Tenía inmovilizados brazos y piernas con férulas, el rostro totalmente amoratado, la boca despoblada de esmaltados ocupantes y la cabeza, afeitada, mostraba heridas suturadas por variados sitios. Recuerdos de Colombia —pensé—. Una vía intravenosa suministraba líquidos al macilento y depravado cuerpo de aquella sanguiuela. Por ahí le administré un bolo de cloruro potásico, una fulgurante sobredosis que le paró el corazón. Tomé de su dedo el pulsioxímetro y lo puse en el mío, para que no sonase en el cuarto de enfermeras la alarma que pudiera provocar una reacción de reanimación demasiado precoz.

El cloruro potásico se utiliza en la inyección letal de los condenados a muerte en algunos países que no han abolido la pena capital. Va asociada a otros medicamentos para evitar el feo espectáculo del reo con espasmos y los segundos de angustia en los que este sentiría, con plena consciencia, cómo le llega la muerte. Yo no me sentía tan clemente; estaba dispuesto a ofrecerle el espectáculo completo. Esta sustancia química tiene la ventaja de no ser un compuesto extraño al organismo, por lo que no se puede detectar como un tóxico ya que en cuanto se produce la muerte a las células se les rompe su membrana como a un huevo su cáscara, liberando al medio enormes cantidades de cloruro potásico. No puede considerarse un veneno; lo que lo hace letal es la sobredosis brusca que detiene el corazón.

Al pararse el de Gus, la alarma producida en su cerebro por la súbita interrupción del flujo sanguíneo lo despertó de golpe. Cuando abrió los ojos me tuvo a mí delante, contemplando su muerte: la ridícula boca desdentada abierta por el espanto, los ojos incrédulos, todo su cuerpo batiéndose en espasmos que, gracias a las férulas, se contenían dentro de límites poco escandalosos. Enseguida llegó la pérdida de consciencia. Tomé mi linterna y me incliné sobre su cuerpo como si estuviera explorando sus pupilas, por si entraba alguien, para que no viera que le había quitado el pulsioxímetro del dedo. Lo que le estuve susurrando al oído ha quedado como un secreto entre nosotros. Esperé así cinco minutos, le puse el pulsioxímetro otra vez y dos segundos después caminaba tranquilamente por el pasillo, en dirección opuesta al cuarto de enfermeras. Tras de mí escuché, sin volver la vista, el alboroto que provocan las voces y carreras, con el ruido del carro de paradas empujado con apremios. Me dije: “muerte por fallo multiorgánico en politraumatizado con antecedentes de adicción a cocaína”.

—El conde de la Bernagosa y su leal Bendicò han sido cumplidamente vengados.

Lena me empezó a besar con desmedida pasión, impropia de un aparcamiento subterráneo muy frecuentado, por lo que tuve que contener sus impulsos y pedirle que fuese a sacar el tiket del aparcamiento. En hábito de médico de plantilla yo hubiera llamado la atención pagando en el cajero.

Mientras yo conducía hacia su casa, Lena compró con su móvil dos billetes a Zúrich para esa misma tarde, a las ocho. Una vez en su apartamento no fue necesario contener impulso alguno, amándonos sin freno hasta caer rendidos.

Antes de salir para el aeropuerto encontré en una habitación la ropa de motorista que llevó la sabandija el día de autos. Ahí estaban también las botas, el casco y sus guantes. Mi primer impulso fue meterlos en una bolsa para deshacerme de ellos en algún contenedor de basuras camino del aeropuerto, pero en un día particularmente inspirado se me ocurrió una criminal genialidad. Tenía las llaves y su moto estaba en una de las plazas de aparcamiento de Lena, de manera que introduje la cazadora, los pantalones y las botas en las maletas y el top case de la BMW y le dije a Lena que me siguiese con el coche, mientras yo circulaba con la moto. La dejé en un aparcamiento público a un par de kilómetros de donde habíamos salido y continuamos a tomar el vuelo. En el aeropuerto de Zúrich estaba el coche de Lena, con el que fuimos hasta Berna.

El mismo día que me había convertido en un asesino conocería a Irene, mi hija de ocho años. Parecía que lo uno era el peaje de lo otro.

LA ESPORA

Cuando escribo estas líneas apenas falta un mes para que Lena y yo nos casemos. La fecha coincidirá, casi exactamente, con la de un cóctel que se iba a celebrar en La Loba diez años atrás.

Es opinión generalizada que la principal motivación para establecer vínculos matrimoniales con otra persona es el amor, como primordial garantía para vivir en ese estado endorfinico conocido como felicidad. Las estadísticas desmienten esta hipótesis. En tiempos pretéritos al matrimonio se llegaba por convenciones sociales, religiosas o culturales, por intereses económicos, políticos, familiares o simplemente reproductivos, que establecían uniones duraderas. El Romanticismo vino a trastocar esta concepción, hasta que en la sociedad del siglo XXI el amor es casi exclusivamente la única motivación que conduce a dos personas a formalizar un contrato que acaba rompiéndose en un periodo más o menos corto de tiempo quedando pleitos, odios y rencores en historias que comenzaron con incondicionales entregas maniobradas por Cupido. El número de divorcios supera al de matrimonios, lo que demuestra que el amor es la trayectoria más insensata para confiar la felicidad propia y la estabilidad vital a un extraño. Siendo el amor una hiperestimulación del sistema reproductor que produce una afección autolimitada del cerebro, es lógico que así suceda si la unión se basó tan solo en este achaque.

A pesar de todas estas convicciones, reconozco que asumo el matrimonio poseído por tanto amor como admiración hacia la *Principessa*. Sin duda, existirá un periodo de tiempo, que intentaré prolongar en lo posible, en el que la felicidad nos acompañará. No es el mío un amor adolescente surgido de un primer encuentro; al contrario, necesitó muchos años para germinar, crecer y establecerse. Lena me lo explicó divinamente mientras viajábamos a interrumpir para siempre la despreciable biografía de un bellaco gusano:

—Álvaro, tú me gustaste mucho desde que entré en esa edad en la que empiezan a atraerte los chicos, pero desde la noche de La Loba y los días siguientes que me regalaste supe que no podría haber otro hombre en mi vida. También sabía, porque no me lo ocultaste y así pude comprobarlo, que tú no podías corresponderme. Tu vitalidad, cómo querías afrontar la vida, tus proyectos... imposibilitaban que entre tus planes estuviera, ni remotamente, un noviazgo; mucho menos, compromisos mayores. Lo asumí enseguida: había que esperar. Entonces le pedí ayuda a la patrona de Villaquejigo, una santa de la que

mi abuela era muy devota, pues siempre le concedió cuanto le pedía.

—¿Santa Irene? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

—Cuando aquel domingo me acompañaste a misa y parecía que a partir de ese momento nos separaríamos sin remedio, yo me dije que aquella era nuestra boda. ¿Te acuerdas de cuando te cogí la mano un momento? —yo no me acordaba—. En ese instante yo hice una sagrada promesa de amor eterno, me di por esposa tuya y le pedí ayuda a la santa, cuya imagen estaba en una de las capillas laterales.

—Desde luego, te la concedería —me gustan esas devociones, aunque no me resisto a la tentación de burlarme de ellas—. Siendo nieta de tu abuela, esas influencias celestiales no pueden fallar.

—No ironices con esas cosas —me reprendió muy seria—. Cuando me caí en el pozo de La Bernagosa, mientras estaba agarrada al brocal con mis últimas fuerzas y muerta de miedo, le pedí a santa Irene que me salvase, que le prometía sería siempre muy buena y que a mi primera hija la llamaría Irene. Además, Álvaro, ¿no se llama Irene tu madre? Pues ya viste como una Irene vino en mi auxilio, me invitó a comer en su casa y promovió que tú y yo nos fuésemos a Malagana, donde tú depositaste una semillita en mis entrañas y yo una espora en tu alma.

—No es la primera vez que escucho eso de la espora —le dije, muy intrigado—. Diego me contó que tú habías depositado tu amor en una espora.

—Como sabrás, señor experto en filum biológicos, una espora es una forma de resistencia, una estrategia que tiene la naturaleza en algunas especies vegetales para poder preservar su simiente en condiciones muy adversas, durante muchos años, sin perder su capacidad de germinar, cosa que hace solamente cuando las condiciones son favorables. La noche en la que concebimos a nuestra hija me entregué de tal manera a ti que supe que, por muchas mujeres que fueran pasando por tu vida, ninguna podría darte la dulzura ni la pasión que yo te proporcioné. Esa era mi espora. Y, aunque no creo que compartan etimología, esa es la espera que he soportado todos estos años. Vigilando para que no apareciese otra a llevarse lo que es mío, evitando entrometerme en tu vida para no presentarme nunca ante ti como un estorbo, apareciendo tan solo esporádicamente para que no te olvidases de mi existencia. Yo me veía como la fiel Penélope esperando a Ulises, dando largas a los pretendientes, que no fueron pocos ni de escasos méritos.

—Entiendo por qué llamaste Irene a nuestra hija, no pudiste elegir mejor nombre; Telémaca no suena nada bien —la felicité por ese acierto—. Pero

podiste decirme que ibas a tener un hijo mío, yo no habría escurrido el bulto.

—Estoy segura que no lo habrías hecho. No llegué a dudar jamás que la reconocerías e, incluso, que no te negarías a casarte. Mi madre insistió mucho para que te reclamase las responsabilidades que te correspondían, legales o no; que no me quedase en el deslucido papel de una madre soltera con una hija de padre desconocido. Se lo prohibí tajantemente, amenazándola con no volver a dirigirle la palabra si daba algún paso en ese sentido. Cuando se convenció de que así lo haría, desistió y se volcó en ayudarme. Con la excusa de un inexistente máster pusimos casa en Berna, contratamos a un honrado matrimonio que cuidaría de Irene en mis ausencias y di a luz a una preciosa helvética, un regalo que compensa sobradamente todos los sacrificios que me ha costado llevar esta vida.

—A la que has privado, hasta ahora, de un padre —reproché.

—Irene siempre ha sabido quién es su padre, nunca le he dicho una sola mentira. Sabe que tiene que esperar para conocerlo y lo acepta, pero también sabe todo sobre ti: que eres un hombre bueno, inteligente, caballeroso y generoso; un buen médico que cuidará de ella. Y muy apuesto.

—Sigue, sigue —la animé—. Me gustan los halagos.

—Un señor valiente, con el corazón lleno de nobleza, que siempre nos protegerá de cualquiera que quiera hacernos daño, que solamente permitirá que nos pasen cosas buenas, con una familia repleta de abuelos, tíos y primos que la van a querer más que a cualquier otra cosa en el mundo.

—A su abuelo Fernando ya lo conoce.

Tal afirmé al caer en la cuenta de que Irene era el regalo que le hizo mientras enterrábamos a Eduardo; el misterio que explicaba la enigmática sonrisa que me dedicó Eduvigis, la euforia de don Fernando aquel día que conoció a su nieta, mientras despedía para siempre a su hijo. Su estirpe tenía continuidad y su hija se casaría —a partir de entonces nunca lo dudó— con un hombre al que apreciaba. Ninguna hija podría haber encontrado mejor consuelo para un padre desesperado por el dolor. Mis especulaciones sobre una pintura de Liotard se me antojaban ahora ridículas; Irene era la damita para un cuadro.

—Yo sabía que no me habría costado mucho que la reconocieras como hija, que aceptarías casarte conmigo —continuó Lena—. Pero también era muy consciente de que haciéndolo tendrías que renunciar a esa vida tan libre que has llevado todos estos años. La administración de Malagana, tus caballos, tus amistades, viajes y aventuras, tu profesión... habrían estado demasiado condicionadas por las responsabilidades de llevar la carga de una familia. No

habría podido soportar ni una sola mirada de reproche por haberte privado de esas cosas tan importantes para ti, por lo que decidí asumir sola esa batalla. Cuando decidieses estar conmigo tenía que ser porque lo deseases tanto como yo. Se que he conseguido tu amor, aunque todavía ignoro si quieres pasar junto a mí el resto de tu vida.

La miré con toda ternura, aunque solamente el instante que me permitía desviar la mirada de la carretera.

—Mi mayor deseo ahora es destruir la vida del criminal que acabó con la de mi amigo y que ha estado inquietando la de las personas que más quiero —le respondí, sin que hubiese mentira alguna en el hecho de que una de esas personas solamente la conocía a través de las ocho fotografías de sus ocho cumpleaños—. Si lo consigo, a partir de esta tarde no querré otra cosa que no volver a separarme de vosotras.

No es posible mostrar más felicidad en un rostro, ni más agradecimiento que el recibido con los cien besos con los que me obsequió Lena.

Pasadas esas efusiones, le pregunté:

—Irene no será tontita, ¿verdad?

—¡Como se te ocurre eso! A sus ocho años domina el alemán, mantiene conversaciones en inglés, se defiende en francés y, desde luego, habla el español; aunque con un acento muy gracioso, ya lo verás. Sus notas son las mejores de su curso en el colegio más exclusivo de Suiza, que cuesta una fortuna, por cierto. Con solo mirarla a los ojos te darás cuenta de lo despejada que es. Tú mismo lo vas a comprobar muy pronto.

—Entonces no habrá dejado de preguntarte por qué su padre nunca ha ido a verla ni está contigo.

—¡Prepárate! —exclamó divertida—. Te espera un interrogatorio de tercer grado, conviene que te ponga en antecedentes. Le he contado que su noble padre es el maestre de una importante orden de caballería andante de la que dependen muchos caballeros y damas. Que esa misión te mantiene muy ocupado salvando princesas, redimiendo cautivos, amparando huérfanos y socorriendo a viudas, pero que cuando derrotes a todos tus enemigos volverás con nosotras.

—Muy ingenioso —celebré riendo—. Aunque para decir que no le has contado nunca mentiras sobre mí...

—Todo es riguroso cierto. ¿Acaso vos, señor marqués, no sois el maestre de la sagrada Orden de los Caballeros de Malagana? Me engaño o ¿no os dirigís ahora mismo a derrotar a un descomunal enemigo, salvando a una *Principessa* de los peligros que la mantienen cautiva de su maldad? ¿Es que

vuestra condición de físico no es aneja a la de sanar huérfanos y viudas?

—¿Y lo de los cautivos?

—Refiriome mi anciano padre que, en ocasión venturosa, os valisteis de vuestro sin par ingenio para librar del cruel castigo que una jueza truhana quiso imponer a cierto anatomista que faltó a sus deberes por asistir a boda de cuñada. ¡Pardiez! Como si no hubiera suficiente tormento en tener que participar en himeneos tan impertinentes.

Reímos ambos con ganas, liberando la tensión que deberíamos de estar padeciendo habida cuenta de lo íbamos a ejecutar.

En ese estado llegamos a La Paz.

CARREÑO

Irene es mucho más de lo que su madre me había contado. No solo es un prodigio de inteligencia, sino que vive espoleada por una infinita curiosidad. Todo quiere saberlo, continuamente se aplica a la lectura, le apasiona el cine — no solo el infantil—, goza con la música, es alegre y muy cariñosa. Yo era un mito para ella, un héroe que regresaba de lejanas aventuras. No admitió ambigüedades: sentada en mis rodillas exigía que le fuera narrando mis hazañas. Afortunadamente yo poseía un buen repertorio, pues en las andanzas con mis amigos de la hermandad de Malagana, ya fueran viajes, retos como recorrer a lomo de caballos el Camino de Santiago, o atravesar España por caminos sobre motos, siempre se encargaba alguno de nosotros de escribir la crónica de esa gesta al estilo caballeresco, exagerando situaciones, inventando lances, recargando aventuras o dramatizando peligros. En fin, lo que siempre se ha hecho con las crónicas.

Quedamos mutuamente fascinados. La nombré, “por el poder que me tiene otorgado el Rey”, Infanta del Lavajo Rubio. En las repúblicas, las monarquías aún siguen presentes en el imaginario infantil. Ya se había familiarizado, gracias a mis historias, con el conde de Gálvez, la marquesa de Moharras, el caballero de la Lumbre... Lo peor fue hablarle del conde de la Bernagosa; sin poder evitarlo, le transmití la tristeza que sentía.

Pasamos un día entero en Berna, donde ella me enseñó su colegio, su pastelería favorita y la tienda de vestidos que más le gustaba. Comimos en el restaurante preferido de Lena, asistimos a un concierto barroco, cenamos en la cervecería donde —según Irene— servían las mejores salchichas que ella había probado “en toda su vida”. En todo ese tiempo no soltó mi mano. No podíamos sentirnos más afortunados.

El día siguiente regresamos a Madrid los tres. La improvisada y sorpresiva presentación de un nuevo miembro a mi familia se transformó en una fiesta a lo largo del día. Según se fueron enterando, mis hermanos y sus hijos acudieron a nuestra casa paterna a conocer a Irene, recibiendo con todo alborozo el inocultable compromiso entre Lena y yo. Inmediatamente se estableció una fuerte afinidad entre Irene y su prima Elisa, pues tenían la misma edad y eran igualmente parlanchinas. Mi hija nunca había recibido un torrente de cariño tan desbordado, menos aún de personas que hasta ese mismo día habían sido unas desconocidas. Tanto le gustó tener una gran familia que lloraba cuando nos

despedimos para ir a La Loba, donde Fernando nos esperaba. Le consoló que pronto volvería a verlos y la invitación para pasar unos días de playa con su prima Elisa.

No nos separamos en todo el verano. Tan solo la llevamos a la playa cuando Fernando empeoró tanto que el inminente desenlace parecía inaplazable. Se fue tranquilo, habiendo pasado unos días muy dichosos.

Pero antes de que don Fernando muriera quedaban algunas cosas pendientes, que convenía conducir por el camino más favorable.

—Teniente —lo llamé al cuartelillo una mañana, poco después de haber regresado de Berna—, cuando le venga bien me gustaría que nos viésemos. Hay una persona que también quiere hablar con usted, desde que le he dicho que la benemérita tenía interés en interrogarla. Se trata de Lena, la hija de don Fernando.

—¡Doctor, por favor! Usted me abochorna; interrogar es una palabra muy fuerte para hablar con esa señorita —Clavijo había reaccionado tal y como yo esperaba—. Pero sí que tengo interés en conocerla y preguntarle a alguna cosa.

—Pues ella tiene la mejor disposición para hacerlo, así que cuando usted me diga... ¿Ahora? En quince minutos estamos allí.

Del mismo modo que Lena me había aleccionado sobre Irene, yo le había contado a ella todo lo referente a la investigación de la Guardia Civil, las conversaciones que mantuve con Clavijo y su personalidad. Suponíamos que ignoraban la existencia —ahora la inexistencia— de Gus. Era preferible no mencionarlo en absoluto, salvo que las investigaciones hubieran encontrado alguna conexión, en cuyo caso convenía extremar la prudencia. Por lo demás, desaparecida la sabandija no había nada que temer. La prensa apenas se hizo eco de la muerte de un “conocido” narcotraficante en un ajuste de cuentas. La policía había recibido un mensaje anónimo culpando a la banda de colombianos, el mismo cártel del que ya poseían interesantísimos datos financieros que podían explicar ese ajuste. Nada en lo que poder relacionar a Lena directamente.

—¡Huy, teniente, Álvaro me ha hablado muy bien de usted! Es un honor estrechar la mano del hombre que va a detener al asesino de mi hermano —Lena sabía ser arrebatadora, si se lo proponía.

—Doña Elena, permita que sea este pobre Guardia Civil el que se honre al recibirle en unas dependencias tan espartanas, indignas de una señorita como usted, pero aptas para nuestro duro trabajo.

A punto estuve de exclamar: ¡viva la Guardia Civil!

—Lamentablemente, tengo el triste deber de confesarle que el asesino de don Eduardo se nos escurre entre las manos. Sabemos muchas cosas de él, pero ninguna definitiva. Nada que nos sirva todavía para apuntar en una dirección concreta. No sé si don Álvaro le habrá informado...

—¡Qué cosas dice usted! Poco debe conocer a Álvaro si se cree que existe alguna manera de sonsacarle —Lena estaba magnífica en su papel de vampiresa de cine negro, coqueteando discretamente con el rudo servidor de la ley—. Me dice que todas estas cosas son secretas y poco más. Si usted quisiera contarme alguna cosa... pero no, no quiero comprometerle. En sus manos está y en sus manos confío. Yo no he venido para eso, sino para que sea usted quien me pregunte lo que quiera. Quiero colaborar todo lo que sea posible.

—Solo son cuatro cosas, asuntos de trámite. Nada que pueda molestarla.

—¡Dispare, teniente! —tras decir esta tontería, Lena soltó una risita que parecía delatarla como la tonta que no era—. ¡Uy no! Esa broma no ha sido de buen gusto, perdone usted.

—Sabemos que fue usted empresaria —afirmó Clavijo—, que no ha tenido mucha suerte en sus negocios. Eso nos ha contado gente que la conoce. ¿Continúa usted siendo una emprendedora, tiene alguna empresa?

—Lo fui, es verdad que tuve alguna sociedad y poca fortuna en los *business* —respondió Lena—. La fatalidad se cruzó en mi trayectoria empresarial. ¿Ha oído hablar usted, teniente, de Lehman Brothers, todo ese desastre que sacudió los mercados mundiales? Bueno, pues me arrolló como si fuera un tráiler a toda máquina. Por suerte, mis padres me ayudaron a superar el bache y quedé escarmentada de proyectos empresariales. Luego tuve la fortuna de encontrar un buen trabajo en Suiza y ¡aquí me tiene usted! Una emigrante buscándose la vida fuera de su país.

—¿Puedo preguntarle en qué consiste su actual trabajo?

—Con mucho gusto se lo digo, claro: soy bróker. Recibo órdenes de compra y venta en el mercado de divisas y las llevo a cabo a cambio de mi comisión. Algo bastante aburrido —Lena abanicaba la mano delante de su cara, dando a entender que no merecía la pena profundizar en algo tan sórdido—, aunque bien pagado.

—¿No tuvo usted un socio que se llamaba Augusto Carreño? —preguntó Clavijo, mientras clavaba su mirada en Lena.

—No fue exactamente mi socio. Gus me asesoraba y luego, cuando me desprendí de mis sociedades, él se quedó con ellas. No sé para qué las quería, pero me quitó un peso de encima, no valían nada —Lena mantuvo

admirablemente la entereza.

—Sin embargo, yo he podido saber que ustedes llegaron a ser novios —el teniente había hecho bien su trabajo.

—Bueno, sí, tonteamos un poco al principio. Teníamos veintidós años, él era un chico que me deslumbró entonces... pero aquello pasó y nuestra relación se mantuvo mitad como amistad, mitad profesional. Luego empezó a frecuentar compañías que no me gustaban y nos distanciamos.

—¿Hace mucho tiempo que no lo ha visto, doña Elena?

—No, no hace tanto, ¿verdad, Álvaro? —preguntó mirándome.

—Gus, Augusto... ¿no es ese que nos encontramos en el aeropuerto cuando te llevé a tomar el vuelo de Zúrich? —pregunté yo—. Un par de meses, más o menos.

—Teniente, ¿qué tiene que ver Gus con el asunto de Eduardo? —preguntó ella—. Si ni siquiera se conocían.

—Nada, no se preocupe. Es que hemos cruzado nuestras bases de datos y Augusto Carreño aparece como propietario de una motocicleta de la misma marca que la utilizada por el sospechoso, con licencia de caza mayor y relacionado con un usted.

—Perdón por la interrupción, teniente —intervine—. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Desde luego, doctor. Pero si lo que me va a preguntar es si Carreño era titular de determinada marca de rifle, ya me adelanto yo a decirle que no consta ningún arma registrada a su nombre. ¿Qué le parece?

—Neutro —contesté, tras pensarlo un momento.

—¿Puede explicarse? Que es usted muy enigmático.

—Perdone, estaba sopesando... no sé si es posible hablar de estas cosas delante de... ¿Sí? Habría usted dado en el blanco si ese Augusto fuera el dueño de un Remington, pero parece que no. Se habría desviado el tiro si fuera el titular de un rifle que no tuviera nada que ver. Pero tener licencia y no tener rifle puede indicar que o bien cazaba con un arma prestada, o bien lo hacía con una suya, pero sin registrar. Neutro, es decir, que nada puede descartarlo, ni tampoco acusarlo claramente.

—Como siempre, doctor, usted pone las cosas en su sitio como nadie.

—¿Y por qué no hablan con Gus? —preguntó Lena, haciéndose la ingenua y sacando del bolso su teléfono—. Si quiere yo puedo darle el número de su móvil, lo tengo en la agenda. El podrá explicarle lo que necesite. Puedo decirle que se mueve mucho por cacerías, porque en ellas se hacen buenos contactos y

porque, bueno, disparar también le gustará. De qué escopetas tenga o deje de tener, de eso yo no sé nada, claro.

—Claro —repitió Clavijo—. ¿Entonces ustedes no están al tanto de...?

Lena y yo lo miramos expectantes, como ignorando lo que podría concluir aquella frase, cuyo resultado conocíamos exactamente y teníamos previsto. El teniente pareció incómodo, incapaz de formular lo que tenía que decir, hasta que arrancó:

—Señorita Robledo, no sé hasta qué punto usted podría mantener relaciones de amistad con Carreño, pero es mi deber comunicarle el fallecimiento reciente de su amigo.

Cómo se notaba que Clavijo no había estado en el congreso de Turín.

La maestra del enmascaramiento desplegó todos sus talentos. Desencajó su expresión para representar el mayor asombro y horror.

—¿Qué? ¿Que Gus...?

Y rompió a llorar. La abracé para consolarla, mientras dirigí una mirada al teniente para reprocharle su falta de tacto.

—Teniente, con su permiso —hice un gesto para que me permitiera sacar a Lena de allí—. Si tiene alguna cosa más que preguntar podemos venir otro día...

—No, no. Es todo. Y perdone el sofocón, no era mi intención impresionar a la señorita.

Una vez en el coche, camino de La Loba, nos reímos como lo habrían hecho Bonnie & Clyde tras atracar un banco.

—Hemos cometido dos errores, Lena —le dije, mientras se nos atenuaba la hilaridad.

—No hemos tenido ni un fallo, amor.

—Primero: le has dicho que nunca fue tu socio, cuando sí que lo fue. Eso debe constar en alguna parte y podrían descubrir una mentira.

—¡Ay, amor mío! Afortunado tú, que vives ignorante de las trampas que tienen las leyes para dejarnos impunes a los delincuentes. En España no se inscriben en el Registro Mercantil los titulares de las acciones o participaciones sociales, ¡faltaría más! Ni tampoco cuando se compran o se venden, eso queda de puertas para adentro en unos libros que casi nadie anota y que, en cualquier caso, yo ya me encargué de destruir. Desde hace unos pocos años se han inventado una cosa que es una declaración que se hace en las notarías manifestando quién es el titular real, es decir, el poseedor de, al menos, el veinticinco por ciento de las acciones, pero sin tener que acreditar nada. Tranquilo, que nuestras antiguas asociaciones no constan en ningún registro

oficial. ¿Segundo error?

—Has estado a punto de darle tu teléfono móvil al teniente, lo que ha hecho que caiga en la cuenta de que deben existir varias llamadas registradas entre “Carreño” —hasta ese día desconocía el apellido del hombre al que asesinó — y tú, cuando has negado contactos frecuentes en los últimos tiempos. Se supone que os habíais “distanciado”.

—Buena salida la del aeropuerto, por cierto —me tomó la mano, agradecida—. En ese momento no se me ocurría nada. Tampoco hay problema alguno con el teléfono, es algo que tengo previsto desde hace años, muy simple: tengo dos móviles, uno de número español, a mi nombre, que utilizo para llamadas personales y familiares. Luego tengo otro de empresa, a nombre de la sociedad panameña y contratado con una compañía de telecomunicaciones panameña, que es el que utilizo para mis relaciones profesionales. Hace años que los contactos con Gus los he mantenido exclusivamente con este último. Es imposible rastrearlo.

—Ahora dime la verdad, porque necesito saberlo: ¿en realidad trabajas para el Mossad o para la CIA?

—Solo soy una humilde agente de campo a su entero servicio, doctor.

Lo que sucedió a continuación pertenece al estricto ámbito de lo íntimo.

EL REGRESO DEL ASESINO

Tres semanas después recibí una llamada de Clavijo. Nos encontramos en su cuartel.

—Importantes novedades, doctor —me dijo, con aspecto satisfecho—: el asesino ha cometido un error y creo que, esta vez sí, no tardaremos en atraparlo. ¿Recuerda estas imágenes?

—¿Cómo olvidarlas! Son las de nuestro hombre en el peaje de San Clemente. Borré de mi pendrive las que usted me proporcionó, pero no las he podido quitar de mi memoria. ¿Es que han encontrado ahora algo que entonces nos pasó desapercibido?

—Se equivoca esta vez, don Álvaro. Sí, son las imágenes de nuestro hombre, pero ¡de hace dos noches! Ha vuelto a actuar.

—¿Otro asesinato? —pregunté espantado.

—No, que sepamos por ahora. Pero es exactamente la misma moto, la misma ropa, el casco, casi la misma hora, disparando radares... Fíjese en el paquete que lleva atado a la moto, ¿no podría ser otro rifle?

—Pero dice que no hay aviso alguno de crimen cometido en la zona.

—En toda España no se ha denunciado muerte alguna por arma de fuego desde la hora en la que este individuo pasó por el peaje y ahora mismo. Y ya es raro, que asesinatos hay a diario. Eso no descarta que aparezca un cadáver un día de estos.

Me quedé muy pensativo, moviendo la cabeza como quien va sacando conclusiones.

—¡Suéltelo ya! —exigió el teniente—. Lo que esté pensando compártalo, ¡hombre! Que ya sabe que yo aprecio mucho sus sugerencias.

—Es que es una tontería. Si se lo cuento, perderé su estima por hacer caso a estúpidos rumores.

—Usted dígame, que yo ya decidiré la estima que le dedico.

—De acuerdo, pero tómelo con todas las cautelas; son rumores de esos que luego se llaman leyendas urbanas, por no llamarlos mentiras. ¿Se acuerda usted, hace ya bastantes años, cuando se pusieron de moda los pilotos suicidas que, por una estúpida apuesta, conducían a toda velocidad por el carril contrario de las autopistas?

—¿Olvidarlo? Tuve que redactar el atestado de uno de esos descerebrados, que también se llevó a una familia por delante.

—Pues me ha contado un amigo que se rumorea que en Madrid se organizan apuestas emparentadas con esas idioteces. Siempre en ambientes “exclusivos”, con bastante dinero por medio y, por supuesto, cocaína, putas y váyase usted a saber qué otras cosas. Consistiría en que se da la salida a dos o tres participantes que tienen que regresar al punto de partida con el colmillo de un jabalí recién abatido esa misma noche y la fotografía “selfi” con el animal. Si no lo consiguen la primera noche, tienen otra oportunidad la segunda y, si no, hasta una tercera. Gana la apuesta el primero que regrese con el trofeo. Si esto fuera cierto, su primera hipótesis habría sido la acertada.

—¿Qué hipótesis? —preguntó Clavijo.

—La del furtivo. Desde una moto no se puede ir disparando por la noche como se hace desde un coche, pero sí hacer una espera. Pero para que la espera sea fructífera es necesario atraer a los jabalíes hasta un cebo; si no, ¿por qué iban a pasar cochinos por delante de tu rifle? Nuestro hombre, por motivos que se me escapan, o porque tenía detectadas esas colmenas, eligió esas ruinas para esconderse y su primer disparo fue a una de las que tenía Eduardo. Recordará lo eficaz que resultó para atraer cochinos poco después.

—Ya veo por dónde va. Es posible que el disparo atrajese a su amigo a las colmenas...

—O se dio la fatal coincidencia de que esa noche iba a trabajar con ellas y por eso llevaba el traje colmenero —corregí—, y el criminal disparó al perro y a su dueño por esa nefasta coincidencia, al verse sorprendido.

—No mató jabalí alguno y no le quedarían ganas de volver, naturalmente. No es ninguna tontería, tiene mucho sentido. ¿Quién le ha contado a usted eso de las apuestas?

—Un amigo que a su vez conoce a otro que se lo ha contado un conocido, ya sabe como son estas leyendas —contesté—. Me han especificado que, al parecer, estas apuestas tienen su origen en alguna discoteca, club, garito, o algo por el estilo, en el entorno de la autopista de La Coruña. Es muy posible, porque quien hace este tipo de cosas tiende mucho al exhibicionismo, que en Instagram o en aplicaciones parecidas se suban las fotografías. Quizá ahí encuentren algo, si es que esa leyenda tiene algo de verdad.

—Eso explicaría que hace dos noches, precisamente un sábado, el asesino volviera a las andadas, pero sin víctimas humanas —dijo, satisfecho por cómo tomaba coherencia y nuevos bríos un asunto que estaba en punto muerto—. Investigaremos denuncias de cochinos muertos en las fincas de caza de los alrededores. Y con colmenas dañadas por disparos. Y eso que dice usted de

Instagram.

—Si me lo permite, teniente, yo le sugeriría que pregunte a los que cultivan maíz por la zona. En esta época atrae mucho a los cochinos, porque tienen comida en abundancia.

—Le haré caso, doctor, muy agradecido —el teniente parecía despedirme cuando recordó algo—. Otra cosa, don Álvaro, le agradecería que presentase a doña Elena mis disculpas por la brusquedad que el otro día... ¡en fin...!

—Descuide, teniente. Se le pasó enseguida y no se ha vuelto a acordar. Ese Augusto pertenece a un pasado en el que ya se habían pasado todas las páginas y cerrado el libro. Fue solamente la impresión.

—Una mujer muy guapa, si me permite el comentario.

—Le recomendaría a un buen compañero oftalmólogo si no fuese capaz de apreciar esa belleza —bromea—. Por cierto, quisiera aprovechar para solicitarle permiso para casarme con ella. Se lo he pedido y parece que acepta.

—¡Don Álvaro! Le felicito de todo corazón —Clavijo estrechó mi mano con efusión—. Pero, ¿quién soy yo para darle permiso en asunto semejante?

—En cierta ocasión le dije que tal vez me casaría con ella, siempre que usted no la metiera en la cárcel...

—Con la reaparición del asesino, una vez muerto Carreño la señorita Robledo ha quedado expulsada de la casa del Gran Hermano, como lo fue usted en su día.

—Nos honraría mucho tenerle como invitado en la boda.

—Ahí me tendrá usted que disculpar. Jamás participo en eventos festivos con personas que hayan tenido alguna participación en los casos que llevo.

—Me parece muy ético por su parte. Y muy estético. Lo comprendo y no insistiré.

El viernes previo a esta conversación, Lena y yo fuimos a Madrid. De camino paramos en un centro comercial de esos en los que se venden todo tipo de artículos para deportistas y compramos un remo. Una vez en casa, lo dejamos bien envuelto con plásticos y cinta adhesiva. Por la noche, tras haberme rellenado el tronco con abundante tela bajo el jersey, hasta alcanzar el conveniente aspecto de obesidad incipiente, fuimos sobre las dos de la madrugada al aparcamiento donde habíamos dejado la moto del gusano, entrando yo con el casco ya puesto. Tapé la matrícula con más cinta aislante, acoplé el remo como si fuera un rifle, me puse la ropa de motorista cutre que había dejado en las maletas, pagué la fortuna que me costó el ticket y salí disparado por la Nacional IV. Respeté los límites de velocidad hasta que pasaba

por los radares que yo conocía, donde enroscaba el puño del acelerador hasta su límite. Sobre las tres y media llegué al peaje de San Clemente, pagué en efectivo con la mano izquierda y continué.

Lena me esperaba con su coche en lo profundo de unos pinares cercanos, donde cambié ropa, casco y guantes por otros míos. El remo quedó allí mismo, para desconcierto de los habitantes de una tierra tan poco navegable. La matrícula, despojada de tapujos. Por caminos llegué hasta Malagana, mientras Lena lo hacía con su coche por carretera. Los días previos, valiéndome de una retroexcavadora que tenemos en la explotación, había cavado una profunda zanja en una zona de la finca —llamada el Lavajo Rubio—; un lugar por el que jamás pasa nadie. Allí quedaron enterrados para siempre aquella motocicleta, el casco y la ropa cutre.

EPÍLOGO

Dicen que no existe el crimen perfecto. Es posible, pero habrá que seguir intentándolo. La muerte que le di a Carreño —ya nunca me refiero a él como Gus— es un crimen perfecto, por ahora. Cualquier día un doctorando puede decidir hacer una tesis sobre los registros del pulsioxímetro en los momentos previos a la muerte y uno de los que utilice para su estudio podría ser el de Carreño, apareciendo unas gráficas tan llamativas y discordantes con la lógica que podrían provocar la apertura de una investigación y revisión de las grabaciones de aquel día realizadas por las cientos de cámaras que hay por doquier, donde aparecería un servidor de ustedes con foto y nombre prendidos de la bata, sin que mi presencia pueda justificarse con otra explicación que acabar con el probable asesino de mi mejor amigo, el que chantajeaba a la madre de mi hija, la que sería mi esposa. Un acto de justicia, sí, pero ilegal; un grave delito que garantiza prolongadas estancias carcelarias.

Ya he manifestado mi escepticismo acerca de poder tener una vida permanentemente feliz. Alcanzada esa conclusión, la aspiración que se encuentra en el peldaño inferior es la de llevar una vida en paz con uno mismo, sin inquietudes económicas, libre de amenazas, sin deudas morales ni de otro tipo, cumpliendo con las responsabilidades que la vida te haya asignado, aportando a la humanidad parte de los talentos con los que te ha privilegiado la vida. Haberme convertido en asesino me ha privado para siempre de esa paz. No solo por haber violado el juramento que hacemos los médicos —*primum non nocere*—, sino porque me condiciona a vivir con el desasosiego de que cualquier día aparezca una inesperada prueba acusatoria. O unos colombianos aporreando nuestra puerta. O que cierto corrupto escribano, en un acceso de honradez y arrepentimiento, confiese en la policía sus propias fechorías, implicando a Lena y conduciendo a la Ley hasta Carreño y los colombianos.

O porque las relaciones con Lena, maceradas por el tiempo, degeneren en odio y traición.

Cuando, tras haber acabado con Carreño, regresamos al piso de Lena, esta metió en su lavadora toda la ropa que yo llevaba puesta: bata, pijama y ropa interior. Entonces no caí en la cuenta, pero poco después le pregunté qué había hecho con la jeringuilla de cloruro potásico, que había dejado en el bolsillo de

mi bata.

—¿Qué iba a hacer? Tirarla a la basura —me contestó.

Pero aquel día no sacamos ninguna basura para que el portero la depositase en el contenedor, ni cuando regresamos estaba la jeringuilla por parte alguna. No pude evitar asociar aquello con la historia del cuchillo de doña Dora. ¿La tenía escondida Lena como una prueba incriminatoria, un comodín para poder coaccionarme si no le entregaba la lealtad que ella quisiera exigirme el resto de mi vida? ¡Qué pregunta tan cruel, para ser formulada por un hombre enamorado!

Las inquietudes económicas parece que no han de afectarnos. Lena es una mujer muy rica, doblemente rica: por la fortuna que robó a los colombianos depositada convenientemente en paraísos fiscales a salvo de estados extractores de rentas, y por lo que heredó de su padre: un abultadísimo capital para el que en estos momentos se encuentra negociando su venta a un grupo inversor italiano que quedó apabullado por el vino que Eduardo había elaborado con sus abejas —aunque este secreto quedó bien guardado; está bajo juramento— y estaba dispuesto a quedarse con la totalidad de las acciones de LAS LOBEZNAS S.A. por un valor muy superior al que habría supuesto la venta de la finca en parcelas o por sectores. Acontece también que hace algunas semanas que ha accedido a la presidencia del gobierno de España un ambicioso insensato, apoyado por partidos dedicados a sembrar odio y discordia entre españoles, una semilla que no puede caer en terreno más fértil para dar sus amargos frutos. Esta circunstancia no augura nada bueno, pero ha hecho que se multiplique el negocio suizo de Lena y sus ganancias. Me maravillan las cantidades de dinero que pueden moverse entre sitios muy remotos con un simple ordenador portátil y una conexión a internet. Apenas necesita ya ir a Berna, donde tiene trabajando a tres personas en una oficina para formalizar papeleos. El resto lo puede hacer en cualquier parte con el ordenador y su teléfono.

Así pues, habiendo renunciado a la felicidad permanente y a la paz de espíritu, ya solo aspiro a conservar la libertad, entendida esta como la vida fuera de la cárcel. También he renunciado a mi trabajo en el hospital por ser casi incompatible con mi nueva vida en Madrid pero, sobre todo, porque el trabajo no deja de ser una limitación más de la libertad: un tiempo forzado, rutinario, mal pagado y cada vez más ingrato, debido a la actitud exigente e intolerante de los pacientes, casi siempre amenazantes si no se cumplen las expectativas y derechos que les han hecho creer que se merecen. El apoyo y riqueza de Lena me lo permiten.

Pronto pasaré a ser el cabeza de una familia de bastardos y asesinos:

bastardos Eduardo y mi hija Irene; asesino yo mismo, asesinas Dora y su hija Lena. Es algo propio de las grandes familias, sin necesidad de viajar tan lejos como al renacimiento italiano. Una truculenta historia —que tal vez algún día investigue— debe esconderse en el tránsito de un valioso cuadro desde las manos de un judío holandés a las del bisabuelo de Lena durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Asesino el bisabuelo? El egoísta crimen que llevó a cabo doña Dora es el de una fría criminal, implacable y cruel. Quitándole a los colombianos sus fondos, Lena provocó el asesinato de Carreño, pues la tremenda paliza que le administraron hubiera acabado en una buena dosis de plomo si no les devolvía un dinero que, al no poder ser reintegrado, lo tenía sentenciado. Pero antes habría delatado a Lena, algo que evité yo adelantando la ejecución, muy bien conducido por “la gran manipuladora”; consideración que no puedo evitar si reflexiono con suficiente distancia. En ocasiones, cedo ante la tentación de cambiar la historia, fantaseo con la posibilidad de que Lena hubiera sido realmente la inductora del crimen de su hermano, que se hubiera acercado a mí para seguir de cerca la investigación, manteniéndome seducido para que siempre me inclinase hacia sus intereses e induciendo, a su vez, el asesinato de Carreño, muy al estilo de los servicios secretos con sus sicarios. Lo dramático de estas fantasías es que nada las descarta.

Lena conoce las pruebas que me acusarían: los lugares, las horas, el sitio donde está enterrada la BMW, y tiene el arma del crimen con mis huellas escondida en alguna parte. La hermosa asesina por ahora tiene ganado mi corazón, y yo el suyo. La única certeza absoluta que poseo es que Irene es hija mía. No necesito pruebas de ADN; una fuerza más poderosa que la ciencia me lo asevera sin fisuras. Por tanto, tengo una familia que proteger y esa consideración está por encima de cualquier duda o especulación. Somos cómplices, ya esperamos otro hijo, pronto formalizaremos un matrimonio en una boda antológica que se celebrará en Malagana oficiada por el padre Alberto, muy complacido con la continuidad de la estirpe de los Robledo y su entronque con los Frías.

Pero las cosas son mudables, los afectos cambian, el tiempo nos transforma y no es imposible que, algún día, Lena me vea como obstáculo en su vida.

Estas cautelas son las que me han motivado para redactar este informe y confesión; un convincente argumento que me protegería del chantaje de mi adorable cómplice, o que verá la luz si a mí me sucede algún inexplicable accidente, algún día.

Por ahora, en lo que pienso más a menudo es en cómo estarían transcurriendo nuestras vidas si hace diez años no nos hubiéramos encontrado cuando Lena salía de visitar a su peluquero.

Julio 2018